

MALPERTUIS

JEAN RAY

Dedico este libro a mi buen amigo y colega JULES STÉPHANE.

Para STANISLAS-ANDRÉ STEEMAN:

En la página 111 de su novela «*El maniquí asesinado*», dice usted:

«Habría que derrumbar esta casa: me produce el efecto de un monstruoso apagavelas. El pasado la corroe como un cáncer. Sin embargo, no puedo hacerla estallar, como intentábamos cuando éramos pequeños.»

Estas palabras, Steeman, me obsesionan.

Debería poner «*Malpertuis*» bajo su signo si tuviese derecho a ello. Pero los proyectiles más terribles estallarían junto a ella y no harían estremecerse siquiera los cristales de su fachada.

J. R.

RESEÑA A MODO DE PREFACIO Y EXPLICACIÓN

El asunto del convento de los Padres Blancos no fue malo.

Yo hubiera podido quedarme con muchas cosas de valor, pero no soy un descreído para convertirme en hereje, y la sola idea de apoderarme de objetos del culto, a pesar de ser de oro y de plata macizos, me llena de horror.

Los bondadosos frailes llorarán sus palimpsestos, sus incunables y sus antifonarios desaparecidos, pero darán gracias al Altísimo por haber impedido que una mano impía tocara sus copones y sus custodias.

Creí que la pesada vaina de estaño, que descubrí en un escondrijo de la biblioteca monacal, contendría algunos pergaminos valiosos que un coleccionista poco escrupuloso me hubiera pagado a peso de oro; pero no encontré allí más que unos papelotes escritos con letra ilegible, a cuya difícil lectura me consagré los días que siguieron.

Esos días llegaron en la época en que el producto de mi expedición hizo que me convirtiera en un burgués tranquilo, con aspiraciones pacíficas y regulares.

No hay como el dinero para convertir a un rufián en persona decente, sometido a las leyes humanas.

Voy a dar algunas explicaciones respecto a mi propia persona. Serán breves, porque mi vida pasada exige discreción.

Los míos me destinaban a la enseñanza.

Pasé por la Escuela Normal, en donde fui buen alumno.

Lamento mucho no poder hacer una descripción detallada de la tesis filológica que me valió las más cálidas felicitaciones de los examinadores.

Eso explica el interés que he aportado a mi hallazgo y la obstinación que he puesto en resolver un problema de datos formidablemente misteriosos.

Si fuese recompensado por ello de una de las formas más fantásticas, nadie tendría la culpa más que yo.

Cuando hube vaciado el tubo de estaño y vi mi mesa llena de papelotes amarillentos, tuve que hacer un esfuerzo para volver a la paciencia y curiosidad benedictinas de mi juventud para ponerme a la obra. Al principio, no fue más que una especie de inventario.

En efecto, el conjunto de esas hojas, si hubiese debido ser sometido a un editor, hubiera constituido una obra de dimensiones colosales y de interés mínimo: tan llenas estaban de digresiones ociosas, ideas extrañas y exhibiciones de ciencias dudosas.

Tuve que escoger, clasificar, eliminar...

Cuatro manos temblorosas de fiebre, si no cinco, colaboraron en la redacción de esta memoria de misterio y de espanto.

La primera mano es la de un aventurero genial, que fue hombre de iglesia, porque llevaba alzacuello.

Le llamaré Doucedame el Viejo para distinguirlo de uno de sus descendientes del mismo nombre, que también llevaba sotana: el padre Doucedame.

Este último fue un clérigo santo y digno de veneración. También él colaboró en la

memoria, contando la historia de Malpertuis. Fue, en cierto modo, el porta-estandarte de la verdad en estas embrujadas tinieblas.

Así, pues, Doucedame el Viejo es el primero de los cuatro..., si no cinco..., autores de la memoria, y Doucedame el Joven, el tercero.

Según mis cálculos, la aventura de Doucedame el Viejo se sitúa en el primer cuarto del siglo pasado.

La luz que aportó su nieto, el padre Doucedame el Joven, parece ser que se encendió al comienzo del último cuarto del siglo.

Un joven de excelente educación y, según mi opinión, de fantástica cultura, pero marcado con el hierro candente de la desgracia, es el segundo autor de la memoria. Es a él a quien somos deudores del alma de la historia.

Todo gravita alrededor de él en órbitas tumultuosas y terribles. A la lectura de las primeras páginas debidas a su mano, creí en un Diario, como los que llevaban en el siglo pasado los jóvenes entusiasmados por el *Voyage sentimental* de Sterne. Me desengañé cuando, lentamente, mi trabajo tomó cuerpo. Descubrí entonces que no se había confiado al papel más que en la angustia, en la presciencia de un próximo adiós a la vida.

Un cuadernito, cubierto de una escritura cuidada, que se encontraba igualmente en la vaina de metal, lleva el nombre del cuarto colaborador.

Está escrito por la mano de Dom Misseron, difunto abad del convento de los Padres Blancos, en donde efectué la fructífera expedición que me valió el descubrimiento del tubo de estaño.

En la última página del cuaderno está escrita una fecha, como señal rígidamente inamovible en la fuga desordenada del tiempo:

¡26 de septiembre de 1898!

En quinto y último lugar, me veo obligado a admitirme en el rango de los escribas, que, sin conocerse o casi, han dado a Malpertuis un lugar en la historia de los terrores humanos.

* * *

A la cabeza de esta memoria coloco un breve capítulo cuyo autor es, seguramente, Doucedame el Viejo, aunque no habla en primera persona. Es la similitud de la letra con la de otras líneas cuya paternidad se asigna este hombre de profundo conocimiento, pero de sombría malicia, lo que me lo hace creer.

Según mi opinión, este clérigo renegado había decidido escribir un relato de aventuras verídicas, presentado de una forma objetiva, donde su propio personaje no hubiera sido respetado más que los otros, sino que, por el contrario, estuviera rodeado, cínicamente, de sombras y de infamias.

Pero el desorden de su vida le hizo renunciar, sin duda alguna, a sus intenciones de escritor y se contentó con dejar algunas páginas, de gran interés, no obstante, para la historia de Malpertuis.

He conservado el título que él dio a este principio del relato, que reproduzco a continuación tal cual es.

LA VISIÓN DE ANACARSIS

Construiréis iglesias, jalonaréis los caminos de capillas y de cruces, pero no impediréis que los dioses de la antigua Tesalia reaparezcan a través de los cantos de los poetas y los libros de los sabios.

HAWTHORNE.

La bruma se disipó y la isla, que la furia de las rompientes anunciaba ya de lejos, apareció tan terrorífica que el marinero Anacarsis, agarrado, al timón, se puso a gritar de espanto.

Desde hacía varias horas, su barco, el *Fena*, corría a su perdición, atraído por el amante mortal de esa monstruosa roca batida por altas olas blancas y coronada por la ardiente cólera del rayo.

Anacarsis gritó, porque tenía miedo de la muerte que él veía a su alrededor desde el alba.

La caída de la antena había matado a Mirales, su piloto, y, cuando el pequeño navío tomaba banda sobre estribor, el agua embarcada rehuyendo, veía el cadáver del grumete Estopoulos, con la cabeza agarrada en el imbornal.

El *Fena* no obedecía al timón desde la víspera por la noche, y la maniobra de su patrón era puramente instintiva.

Este se daba cuenta de que había perdido por completo la ruta, tanto por deriva como por vientos contrarios y mareas entrañas. No recordaba haber visto jamás la isla, a pesar de que aquel mar le fuese familiar desde hacía muchísimos años.

De esta tierra mortal, ya tan próxima, le llegaba el olor nauseabundo de los altramuces del diablo, hierba tres veces maldita, y supo que los espíritus impuros estaban mezclados en su aventura.

De ello quedó convencido por completo cuando vio flotar ciertas formas sobre los picos de la roca, Poseían repelentes actitudes humanas y eran, para la mayoría, gigantes más allá de toda comparación.

Eran también de sexos diferentes, según se podía calcular por la fortaleza de unas y la belleza relativa de las otras.

También se diferenciaban por sus dimensiones. Algunas se aproximaban a la normal; otras, parecían enanas y deformes. Pero pudiera ser que la distancia tuviera parte en estas desemejanzas de la visión.

Inmóviles todas, miraban fijamente al cielo tormentoso, cuajadas en horrible desesperanza.

—¡Cadáveres! —exclamó, sollozando—. ¡Cadáveres enormes como montañas!

Y con terror, apartó la mirada de una de ellas que, en su formidable inmovilidad, estaba impresa de una majestad indescriptible.

Otra no flotaba, sino que formaba cuerpo con la roca. Estaba retorcida por la angustia y por el sufrimiento humanos; su costado estaba abierto como una caverna y solamente ella parecía haber conservado terribles latidos de vida y movimientos.

Una sombra planeaba sobre ella; pero como por momentos aparecían remalazos de bruma, el marinero no pudo asignarle una identidad clara.

Sin embargo, hubiera jurado que era un pájaro de enormes dimensiones. Subía y bajaba a capricho del huracán. Empero, era visible que vigilaba con avidez feroz la forma cautiva de la roca.

En cierto momento, se tiró desde lo alto de los aires sobre la presa fantasmal y, cruelmente, hundió en ella garras y pico.

Un torbellino se apoderó del navío, haciéndolo girar como un tiovivo y arrojándolo lejos de las rompientes.

La tercera vela, la colocada a popa, y el bauprés fueron arrancados de cuajo, y el cadáver del grumete saltó por encima de la borda.

Un tablón de pino cayó sobre Anacarsis y le golpeó en la nuca.

Durante algún tiempo perdió la noción de las cosas, y cuando recobró el conocimiento, había abandonado el timón y estaba agarrado al muñón del palo mayor.

Ya no veía la isla, puesto que la niebla había vuelto otra vez, ni las espantosas formas flotantes; pero una cara feroz se inclinaba sobre él.

Gritó, ante los ojos crueles y los labios retorcidos; pero un instante después se daba cuenta de que no tenía nada que temer, puesto que pertenecían a uno de los mascarones de proa, muy feo, sí, pero sin intenciones asesinas.

La cara coronaba un alto estrave puntiagudo que se elevaba por el costado de babor.

Un momento después, el *Fena* recibió un formidable topetazo y se fue a pique.

Pero desde el navío que le había abordado, vieron al marinero, y un garfio, manejado con destreza, lo arrancó del gran peligro del mar.

Anacarsis sufría mucho. Tenía varias costillas rotas y un dolor espantoso le corroía las caderas.

La sangre le corría por los cabellos y por la barba, pero sonreía al verse tendido en una litera de marinero, en un camarote exiguo que iluminaba una lámpara colgada del cardán.

Varios hombres le miraban, mientras hablaban entre sí.

Uno de ellos, enorme y moreno, se rascaba con perplejidad sus poderosas greñas negras.

—¡Que el demonio me confunda si esperaba encontrarme con un cochino navío perdido en estos parajes! —mugía—. ¿Qué dices tú?

Aquel a quien se dirigía no parecía menos sorprendido.

—Habrás que interrogarle —gruñó—; pero debe de hablar un guirigay del que no comprendemos nada. Llama, pues, a ese canalla de Doucedame: es un sabio, y si no está borracho como una cuba, seguramente extraerá algo de él.

Anacarsis vio acercarse un hombre gordo como un cerdo, de cara furfurácea, ojos bizcos y malvados, que, a guisa de bienvenida, le sacó la lengua.

Le habló inmediatamente en el idioma de las islas del archipiélago, que era el del

marinero.

—¿Qué vienes a hacer por aquí?

A Anacarsis le costaba mucho trabajo reunir sus ideas, y más aún hablar, porque parecía como si una montaña le aplastase el pecho; pero dominó sus sufrimientos por complacer a sus salvadores.

Contó su historia lo mejor que pudo: la pérdida de la ruta marina, la horrible tempestad que se había llevado al *Fena* lejos de los parajes familiares...

—Dime tu nombre —ordenó el hombre que se llamaba Doucedame.

—¡Anacarsis!

—¿Eh? ¡Repítelo! —gritó el gordo.

—He dicho Anacarsis... Así tenemos la costumbre de llamarnos de padres a hijos.

—¡Dios! —exclamó el otro, volviéndose a sus compañeros.

—¿Qué puede importar eso, Doucedame? —preguntó uno de ellos.

—¡Que me condene si esto no es una predestinación!

—¡Explícate, mamarracho! —le ordenó el moreno.

—¡Un poco de paciencia, monsieur Anselme! —replicó el gordo, con respeto mezclado de ironía—. He de recurrir a mi memoria y a mi sabiduría...

—¡Al diablo las dos, maestro de escuela en rotura de horca! —tronó monsieur Anselme.

—Anacarsis —explicó Doucedame, haciendo una reverencia a alguien invisible—, es el nombre del filósofo escita que, después de haber recorrido las islas del Atico, apareció, en el siglo sexto antes de Jesucristo, en la ciudad de Atenas, donde quiso introducir el culto a Deméter, comprendido el de Plutón. Esto le costó caro, porque uno no se mezcla siempre impunemente en los asuntos de los dioses. Lo estrangularon.

El patrón del *Fena*, que no comprendía nada de aquella palabrería y que notaba que perdía fuerzas por minutos, le interrumpió para hablarle de las formas terribles que había entrevisto entre la bruma de la isla.

Doucedame, al oírlo, se puso a gritar y a gesticular.

—¡Ésa es! —exclamó burlón—. Yo os prometo un cargamento repleto de oro, amigos míos. Anacarsis, portador de la palabra de los dioses, se ha servido del último descendiente suyo para acabar su misión. ¡Ajá! Los siglos y los milenios no cuentan para los fantasmas.

Monsieur Anselme se había puesto serio.

—Hágale que fije exactamente la última ruta de su navío —ordenó.

—Hacia el Sur —murmuró el herido cuando Doucedame le tradujo la frase.

—¿Y ahora?

—No podemos cargarnos de pasajeros inútiles —decidió monsieur Anselme.

—¡Estaba escrito que los Anacarsis morirían estrangulados! —exclamó el gordo Doucedame.

Anacarsis no comprendía ni una palabra, pero, leyó su destino en el rostro inexorable de los hombres a quienes debía una hora de vida.

Murmuró una plegaria que no acabó en este mundo.

* * *

Antes de someter al lector a la continuación de la narración de Doucedame el Viejo, intercalaré aquí la primera parte del relato de Jean-Jacques Grandsire.

Este relato constituye, como ya dije anteriormente, el alma de la historia.

Alrededor del espantoso destino de Jean-Jacques Grandsire es donde gravita, en suma, todo el horror de Malpertuis.

PRIMERA PARTE

ALECTA

CAPÍTULO I

EL TIO CASSAVE SE VA

El hombre que entra en los misterios de la muerte dejando a los vivos el misterio de su vida, ha robado al mismo tiempo a la muerte y a la vida.

STEPHANE ZANNOVITCH

El tío Cassave va a morir.

Su barba, blanca y temblorosa, se escapa, de su rostro aplomado, por encima del edredón rojo.

Aspira el aire como si oliera perfumes completamente deleitosos, y sus manos, enormes y velludas, agarran todo lo que está a su alcance.

La señora Griboin, que ha venido a traerle té con limón, ha dicho:

—Está haciendo sus maletas.

El tío Cassave la ha oído.

—Aún no, mujer, aún no —ha dicho un poco burlón.

Cuando ella se ha marchado, entre un rumor de faldas asustadizas, ha añadido, dirigiéndose a mí:

—No es que me quede mucho tiempo ya, pequeño; pero, después de todo, morir es una cosa seria, y no hay que darse prisa.

Luego, su mirada se ha puesto a errar por la habitación, deteniéndose sobre cada objeto, como si hiciera un último inventario.

Primero se ha posado sobre un tocador de tiorba imitación a bronce; después, sobre un minúsculo embriagador Adriaan Brouwer; sobre un grabado de cuatro perras que representa una gaitera, y, por último sobre una Anfitrite, de Mabuse, de gran valor.

Llaman a la puerta y entra el tío Dideloo.

—Buenos días, tío abuelo —dice.

Es el único de la familia que llama a tío Cassave tío abuelo.

Dideloo es un funcionario público, un meticoloso. Empezó con la enseñanza, pero sus alumnos le pegaban.

Hoy que es subjefe en una administración municipal, no existe peor verdugo para los escribientes que trabajan a sus órdenes.

—Charles —dijo el tío Cassave—, pronúnciame un discurso.

—Encantado, tío abuelo, si no temiese fatigarte más de lo debido.

—En ese caso, admírame en silencio. Pero hazlo pronto. No me gusta demasiado tu cara.

El viejo Cassave se está volviendo malo.

—¡Ay! —gimió el tío Dideloo—, me veo obligado a entretenerte con lamentables

cuestiones materiales, tío abuelo. Necesitamos dinero...

— ¿De veras? ¡Es asombroso!...

— Tenemos que pagar al médico...

— ¿A Sambucque? Bueno, que le den de comer y de beber, y que le dejen dormir a gusto en un sofá del salón. No pediré más.

— El boticario...

— No termino ninguno de sus potingues y jamás he tocado sus polvos. Lo cierto es que tu mujer, la encantadora Sylvie, que sufre de todas las enfermedades del diccionario, se los lleva todos.

— Otra cosa aún, tío abuelo... ¿Dónde encontraremos el dinero?

— En la tercera bodega, bajo la séptima loseta, a tres metros y medio de profundidad, se encuentra enterrado un cofre lleno de oro. ¿Basta con eso?

— ¡Qué hombre! —lloriqueó el tío Dideloo.

— Me entristezco mucho por no poder decir lo mismo de ti, Dideloo. Y ahora, ¡largo!... ¡Vamos, cabeza de cerdo!

Charles Dideloo me echó una mirada torva y se escurrió fuera de la habitación, tan delgado y tan menudo que apenas necesitó entreabrir la puerta.

Estoy instalado en un sillón a rayas, con el rostro vuelto hacia la cama.

El tío Cassave me brinda su mirada.

— Vuélvete más hacia la luz, Jean-Jacques.

Obedezco. El moribundo me mira con penosa atención.

— No hay que decir que tú eres un Grandsire, a pesar de la pérdida de carácter de tus rasgos —murmura después de un detenido examen—. Ha sido suficiente una sangre un poco suave para reblandecer la dura piel de tus antepasados... Pero, ¡bah!, tu abuelo Anselme Grandsire... Monsieur Anselme, como le llamaban en aquellos tiempos, era un famoso truhán.

Esta injuria era corriente en el tío Cassave, y no le guardaba rencor por ello, porque yo nunca conocí a este abuelo tan mal considerado.

— Murió del beriberi en la costa de Guinea; si no, se hubiera convertido en un truhán mucho mayor aún —continúa Cassave, riéndose—, porque le gustaba la perfección en todas las cosas.

La puerta se abre de par en par y aparece mi hermana Nancy.

Su vestido se le pega a la piel y acusa formas espléndidas; su blusa, muy escotada, no hace ningún misterio de la riqueza de su carne.

Su cara, todo fuego y sombra, revela la ira.

— Has echado al tío Charles —dice—. Está bien, para que no se meta en lo que no le importa. Pero él tiene razón: necesitamos dinero.

— Tú y él; pero ahora es diferente —replica el tío Cassave.

— Bueno. Entonces, ¿dónde está? —pregunta impaciente Nancy—. Los Griboin no tienen ya y muchos proveedores están mandando sus cuentas.

— ¡No hay más que cogerlo de la tienda!

Nancy se echa a reír, con esa risita estridente que le es peculiar y va bien a su altiva belleza.

—Desde la siete de la mañana han entrado seis clientes que han dejado en total seis pesetas.

—¡Y dicen que los negocios prosperan!... —se burla el viejo—. Pero el nuestro, no, queridita. Bueno. Vuelve a la tienda, coge la escalerita de siete peldaños y sube hasta el séptimo. No lo hagas en presencia de ningún cliente, porque llevas la falda muy corta. Como eres alta, empinándote un poco en el séptimo peldaño podrás alcanzar la caja de metal blanco que lleva la etiqueta «Tierra de Siena». Hunde tus blancas y bellas manos en este polvo sin promesas, cariño, y terminarás por descubrir cuatro o cinco rollos bien apretados por su talle. Espera, no te precipites. Tu presencia me agrada. Si la tierra de Siena se te mete por entre las uñas, tardarás horas en arreglarte las manos. Anda, anda, cariño. Y si, en la oscuridad de la escalera, Mathias Krood te pellizca las nalgas, es inútil que grites. Yo no acudiré.

Nancy nos saca una lengua roja y puntiaguda como una llama y se marcha dando un portazo.

Durante algunos instantes se oye sus tacones martillear los peldaños de la escalera sonora; luego, su voz se eleva furiosa.

—¡Cerdo!

El tío Cassave se ríe.

—¡Ése no es Mathias! —dice.

Suena una bofetada.

—¡Es el tío Charles!

El anciano está de excelente humor y, si no fuera por su tez plomiza y el penoso jadeo de su pecho, no lo creería en inminente peligro de muerte.

—¡Por lo menos, es digna del bribón de su abuelo! —declara con evidente satisfacción.

El silencio cae de nuevo sobre la habitación.

La respiración de fuelle anima un brasero invisible.

Las manos agarran las mantas con ruido de lima.

—¿Jean-Jacques?

—¿Tío Cassave?

—¿Habéis recibido, Nancy y tú, esta mañana noticias de vuestro padre... Nicolás Grandsire?

—Ayer por la mañana, tío.

—Bien, bien. ¡Cuentan tan poco los días para mí!... ¿De dónde procede esa carta?

—De Singapur. Papá está bien de salud.

—Si en el transcurso de las doce semanas que ha tardado su carta no le han colgado... ¡Pardiez! Si volviera alguna vez...

Reflexiona, con la cabeza inclinada sobre el hombro como una extraña corneja.

—No volverá... ¿Para qué? Los Grandsire han nacido para correr por la inmensidad del mar bajo el viento del mundo y no para enmohecerse bajo el tejado de los hombres.

La puerta se abre.

Nancy vuelve.

Sonríe, y se le ha pasado el mal humor.

—¡He encontrado cinco rollos, tío Cassave! —exclama.

—El oro es pesado, ¿verdad? —se burla el tío—. Me parece que sabes hacer uso de él, ¿no?

—¡Y cómo! —responde Nancy con procacidad.

Nos abandona y me dice, al cerrar la puerta:

—Jiji, Elodie te espera en la cocina.

En la escalera, se oye reír suavemente y cacarear como una gallina.

—¡Ahora es Mathias! —dice el tío.

Ríe de buena gana, aunque esta alegría levanta una tempestad de estertores del fondo de su pecho.

—¿Dijo cinco rollos? ¡Había seis! ¡Ajá! Vaya con la digna nietecilla de ese truhán de Anselme Grandsire... ¡Estoy muy contento!

Estas visitas, su alegría y sus charlas le han fatigado visiblemente.

—Vete a ver a Elodie, pequeño —dice con una voz que se ha vuelto de pronto cansada y lejana.

No pido nada mejor.

Del fondo de los inmensos y oscuros subterráneos donde está instalada una cocina grande como un salón de conferencias, sube el olor cálido de los barquillos y el fino perfume de la mantequilla derretida, adicionada con azúcar y canela.

Atravieso un pasillo larguísimo, cuya sombra se agujerea a la mitad por un débil cuadrado de luz.

Al fondo de un vestíbulo bañado por una movediza claridad de gas del alumbrado, aparece un panel de tienda, lejano e irreal, como si lo viese por unos gemelos puestos al revés.

Es una historia muy curiosa la de esta tienda añadida a una casa señorial... Pero pronto tendré ocasión de hablar de ello.

Veo un alto mostrador de madera oscura, vasijas de cristal, montones de sacos de papel y las figuras de Nancy y de Mathias, el dependiente, juntas, demasiado juntas, tal vez.

Pero el espectáculo no me inspira más que un mediocre interés.

La golosa llamada de la cocina es tan imperiosa como la de una impulsiva curiosidad de adolescente.

La canción de la mantequilla y el crujido de los barquillos imponen su nota alegre a la calma oscura de la tarde.

—Ya es hora de que bajes —clama mi anciana criada Elodie—. El doctor se iba a comer tu parte.

—Están muy buenos, muy azucarados, como a mí me gustan —cloquea una vocecilla en la sombra.

En la cocina no hay luz de gas. Ese único lujo lo ha destinado el tío Cassave a la tienda. Un quinqué ilumina escasamente la mesa y alumbra la blancura de los platos.

En el reborde de la chimenea, una vela de llama oscilante por el aire caliente de la hornilla, ilumina el molde de los barquillos, de hierro fundido color negro.

—¿Como va el enfermo? —continúa la vocecilla—. Muy bien, ¿verdad?

—¿Va a curarse, pues, doctor?

—¿A curarse?... ¿Quién habla de eso? No, tío Cassave está condenado por la Facultad. Lo cual no impide que yo quiera hacer lo que pueda por él.

A la claridad del quinqué, una mano decrepita y lívida como la cera enarbola un trozo de papel.

—Aquí está el certificado de defunción y el permiso de inhumación *ad hoc*, dispuestos y debidamente firmados por mí. No he dejado en blanco más que la fecha. Ayer indicaban todavía, como causa de la muerte, la pulmonía doble. Pero he reflexionado y me ha parecido que sería más distinguido poner «mal de Bright». Le debo esta atención a mi viejo amigo Cassave, ¿no? Y ahora, volveré a comerme con mucho gusto uno de estos exquisitos barquillos, mi buena Elodie.

Así habla el doctor Sambucque, cuyas visitas acepta el tío, negándose a tomar lo que le receta.

Es bajito, tan menguado que, con el sombrero puesto, apenas llega a la mitad de la cara de Elodie, que es muy bajita también.

Su cara está toda llena de arrugas y cicatrices. La nariz sobresale de esta miniatura arrugada como un cabo de carne rosa.

La mano de cera se vuelve singularmente firme cuando corta el barquillo en cuadraditos regulares, que inmediatamente colma de mantequilla y melaza.

—Creo que soy mayor que él, aunque no puede precisarse nada en este hombre; y si se muere el primero —cloquea alegremente el viejo *gourmand*— es consolador para un hombre de mi edad, porque le da a uno la impresión de que la muerte le olvida... ¿Quién sabe? Quizá pueda ser así también. Hace cuarenta años que Cassave y yo somos amigos leales y sinceros. Le conocí a bordo de una barcaza. Él venía de cazar y había matado dos chochas de mar rojas. Le di mi enhorabuena, porque se trataba de dos disparos magníficos y difíciles. Me invitó a comer las chochas con él. ¿Quién se negaba? Las chochas rojas, cuando están bien cebadas, son más finas aún que las becasas, su pariente más próximo. A partir de ese momento, empecé a entrar en Malpertuis.

—¡Malpertuis!

Es la primera vez que el nombre mana, con tinta negra, de mi pluma aterrorizada.

De esta casa, impuesta como punto final de tantos destinos humanos, por voluntades terribles entretejidas, aún rechazo la imagen. Retrocedo, titubeo, antes de hacerla surgir al primer plano de mi memoria.

Además, los personajes se presentan menos pacientes que la casa, apresurados sin duda por la brevedad de su vida terrestre.

Después de ellos, las cosas permanecen, como la piedra con que se construyen las casas malditas.

Están animados por la fiebre y la prisa de los borregos, que se atropellan a la puerta del matadero.

Candelas humanas, no han de expirar antes de haber ocupado un sitio bajo el gran apagavelas de Malpertuis.

Nancy hace su crujiente aparición en la cocina. A ella no le gustan los barquillos. Prefiere las galletas tostadas, que desgarran con sus crueles dientecillos blancos, como si

fueran trozos de piel quemada.

—Doctor Sambucque —pregunta—, ¿cuándo morirá el tío Cassave? Usted debería saberlo.

—Flor de mis sueños —responde el médico viejo—, ¿te diriges a Esculapio o a Teresias? ¿Al médico o al consultador de estrellas?

—No importa, con tal que sepa...

Con su dedo cerúleo, Sambucque pica y repica en el aire. Llama esto traer a la memoria al planisferio celeste.

—La Polar está en su sitio, como siempre. Es la única persona ordenada del infinito. Aldebarán enciende su fuego de estribor bajo las Pléyades. Saturno rueda por el horizonte, que envenena con su cianuro luminoso... Media vuelta... A esta hora, el Sur es más parlanchín que el Norte. Pegaso huele a la cuadra del Helicón; el Cisne canta como si su ascensión al cenit fuese a hacerle mortal; el Aguila, con los fuegos de Altair en las pupilas, busca el área más cercana al dios de los espacios; Capricornio...

—Basta —dice impaciente mi hermana—. Como siempre, no sabe usted nada.

—En mi época —continúa el médico, cambiando bruscamente de tema—, se perfumaban los barquillos con agua de azahar. ¡Los dioses no conocían regalo más delicado! ¡Ah! Sí, me hablabas del excelente Cassave, mi rosita. Tiene para ocho días aún, en realidad; aunque ésta no es más que una forma tonta de hablar, porque necesitará todavía siete para que su hermosa alma se lance al rayo divino de los astros.

—Animal —dijo mi hermana—. Tres días serán suficientes.

Mi hermana tuvo razón.

La señora Griboin mete la cabeza en la cocina.

—*Mamzelle* Nancy, han llegado las señoras Cormelon...

—Introdúzcalas en el salón amarillo...

—Pero, *mamzelle*, ¿no hay allí fuego!

—¡Precisamente por eso!

—También han venido madame Sylvie y su hija, que vienen en busca de monsieur Charles.

—¡Al salón amarillo!

Me revuelvo repentinamente.

—Pero, si Euryale acompaña a tía Sylvie...

—Vamos, vamos. Fuego o hielo, tempestad o calma, Euryale se ríe de ello como el gusano de la manzana. ¡Eh, Griboin! ¿Está allí también el primo Philarete, por lo menos?

—Está en nuestras habitaciones, en nuestra cocina, *mamzelle* Nancy, bebiendo con Griboin, porque tiene la barriga fría, como él dice.

—¿Ha terminado su trabajo para el tío Cassave? Si no, póngale de patitas en la calle.

—¿El ratón disecado? Sí, sí, *mamzelle*. Lo trae. Y está precioso.

El doctor Sambucque se ríe, haciendo un gluglú en su garganta.

—¡Es la última pieza en el cuadro de caza del valiente Cassave! Un ratón que corría por el edredón y que él estranguló suavemente entre el índice y el pulgar. Hace cuarenta años mataba aún las chochas de mar rojas. ¡Ajá, ajá!

—Todo el mundo al salón amarillo —ordena Nancy—. Tengo que hacer una

comunicación a esas gentes.

La Griboin se aleja, arrastrando las chancas.

—¿También yo? —pregunta molesto el doctorcito.

—Sí... Termine de devorar su barquillo.

—En ese caso, me llevo una taza de café con ron y con mucha azúcar. A mi edad, una estancia en el salón amarillo, vale, por sus consecuencias, como una siesta en un glacial —rezonga Sambucque.

El salón amarillo es el más horrible, el más pobre, el más siniestro, el más glacial de todas las habitaciones que, siniestras y glaciales, se reparten el interior de Malpertuis.

Dos candelabros de siete brazos lo iluminan muy mal, pero estoy seguro de que Nancy no encenderá más que tres, quizá cuatro, de las velas de cera.

Las personas que allí estarán, sentadas en altas sillas de recto respaldo, solo serán sombras confusas. Sus voces resonarán como los rumores del desierto, y no dirán más que cosas lúgubres, malignas o desesperadas.

Nancy se apodera del quinqué, porque los pasillos, a esta hora, están llenos de tinieblas opacas. Lo dejará a algunos metros de la puerta, sobre el zócalo de una estatua del dios Termo, porque no se molesta en proporcionar un suplemento de luz a aquel mundo que detesta.

—Te dejo la vela, Elodie.

—Tengo suficiente para rezar el rosario —acepta nuestra criada.

La reunión del salón amarillo es, efectivamente, lo que yo espero, formada por figuras negras e indistintas.

Instalado en la única silla baja, en forma de reclinatorio, necesité algún tiempo para reconocerlos.

Las hermanas Cormelon, todas con velos de un luto sempiterno, ocupan un sofá de felpa negra: tres mantis religiosas a la espera de un insecto nocturno que pase al alcance de sus manos.

No saludan a nadie, secas e inmóviles; pero siento sus ojos, provistos de un furor frío, fijos en nuestra entrada.

El primo Philarete, mal vestido, grosero, nos grita desde la puerta abierta:

—¡Buenas tardes a todos! ¿Quieren ver mi ratón?

Alza una tablita en donde está pegada una forma gris y rosada.

—Hubiera querido presentarlo en la actitud de una ardilla, pero no quedaba bonito —dice, con su tosca jovialidad de hombre vulgar.

El matrimonio Dideloo se encuentra en la zona de luz de los candelabros.

El tío Charles tiene los ojos obstinadamente bajos, puestos en sus brillantes botas; la tía Sylvie, neutra, una don nadie, grisácea, nos sonríe con labios fofos y, al menor gesto, el peto de azabaches de su blusa se estremece y crepita.

No tengo ojos más que para su hija, mi prima Euryale, vestida como una *madelonnette*, pero más bella aún que Nancy, con su magnífica cabellera pelirroja, que parece cuajada de chispitas, y sus ojos de jade.

Los tiene cerrados, y lo siento. Le gustaría a uno jugar con ellos como con las gemas, hacerlos rodar por entre los dedos, despertar sus destellos verdes, avivarlos con su soplo.

De pronto se eleva una voz de urraca:

—¡Queremos ver al tío Cassave!

Es Eleonore, la mayor de las hermanas Cormelon, quien ha tomado la palabra.

—Lo verán todos, y todos juntos, dentro de tres días, y por última vez. Les hablará.

El notario Schamp asistirá a esa reunión y también, como testigo, el padre Eisengott. Tal es la voluntad del tío Cassave.

Nancy ha hablado de un tirón.

Ahora se calla y fija los ojos en las llamas de las velas.

—Me imagino que será para el testamento —pregunta Eleonore Cormelon.

Nancy no le contesta.

—Me hubiera gustado verle —dice el primo Philarete—. Seguramente me hubiera felicitado por el ratón. Pero su voluntad es su voluntad, y no seré yo quien la contravenga.

—Ahora que estamos reunidos... —comienza a decir el tío Charles.

—¿Nosotros? ¡No hable de nosotros como si fuéramos un todo o algo que se tiene! —replica mi hermana—. Y si estamos reunidos, no es para hablarnos. Ya sabe lo que tiene que saber. Se puede marchar, pues.

—¿Sabe, señorita, que hemos hecho más de media hora de camino para venir aquí?

—grita Rosalie, la segunda de las hermanas.

—Por mi parte, pueden venir de las antípodas y regresar —respondió Nancy con mal contenido furor.

De pronto, una inquieta atención tensa todos los rostros, excepto el de Euryale. Fuertes pisadas hacen sonar las losas del vestíbulo, como si estuviesen huecas.

Luego se abre la puerta, chirriando sobre sus goznes.

—¡Me pregunto dónde se oculta el que apaga siempre las luces! —exclama una voz plañidera.

—¡Dios mío! Las luces se apagan de nuevo... —gime la tía Sylvie.

—Había una luz junto al dios Termo, y cuando iba hacia ella, contento por su fulgor, él la sopló.

—¿Quién? —implora la tía Dideloo.

—¿Quién lo sabe? Jamás he intentado verle, porque lo presiento negro y terrible. Apaga todas las luces. La que es rosa y verde, y daba tan bonitos colores a la escalera, ardía en el piso. Una mano ha apretado el pabito y la oscuridad se ha extendido sobre la escalera como agua infernal. Hace cinco años, o tal vez diez, o quizá toda mi vida, que le busco, pero no lo encuentro. ¿He dicho que lo quiero? No, no, no creo que lo quiera. Pero apaga siempre las luces, las sopla o aprieta el pabito hasta que la llama se apaga.

Un hombre extraño acaba de entrar.

Es altísimo y tan delgado que mete miedo. Si no se encorvara, pasaría del metro noventa.

Una casaca rojiza flota alrededor de este ser esquelético, de rostro completamente comido por una repugnante barba desaliñada.

Se acerca a las velas, arrebatado.

—¡Ajá! Éstas no las apaga... Es estupendo ver la luz... Eso reemplaza en mí a la bebida y a la comida.

—Lampernisse, gusano de la harina..., ¿qué vienes a hacer aquí? —pregunta el doctor Sambucque.

—Tiene derecho a estar aquí —responde Nancy—. Será de la próxima reunión.

—Habrá velas encendidas y quinqués —dice jubiloso el viejo monstruo—. En mi tienda arde una luz bella como el día, pero no puedo regresar allí. Así lo han querido las fuerzas...

—Lampernisse... —comienza a decir el tío Dideloo, reprimiendo mal un estremecimiento de miedo o de malestar.

—¿Lampernisse? Es mi nombre: Lampernisse. Colores y barnices. Ese rótulo se encuentra encima de la puerta, en bellas letras tricolores. Vendo todos los colores, todos. Mechaz azufradas, aceites secantes, aceites de esquisto, masilla gris y blanca, ocre, barniz, blanco y oscuro, blanco de cine y de plomo, grasa como crema, talco y ácidos cáusticos. Me llamo Lampernisse, y gozaba de los colores. Ahora me han dejado en la oscuridad. A veces he vendido negro animal y negro carbón, pero jamás me he servido del negro de noche para nadie. Soy Lampernisse. Soy bueno también... y me han arrojado al fondo de la noche ¡por alguien que apaga siempre las luces!

Ahora el monstruo llora y ríe a la vez. Tiende sus patas de araña hacia las llamas de las velas y se quema las uñas. No hace caso y continúa dando curso a su pobre alegría.

No temo a Lampernisse, que vive en la casa, en alguna parte donde no se le busca nunca. Los Griboin se contentan con poner, una vez al día, en alguna escalera perdida de los pisos, una escudilla con cualquier bazofia, que él vacía de cuando en cuando.

Pero los otros parecen empequeñecerse, como ante un mal próximo. Solo Nancy y Euryale no reaccionan.

Mi hermana quita de las manos de Sambucque la taza de café con la que hace un ruido insoportable.

Mi prima finge dormir, pero un poco de fuego verde se escapa por entre sus párpados cerrados: debe de espiar la lamentable aparición del gusano de la harina.

—¡Váyanse! —dice bruscamente Nancy, dirigiendo a los reunidos.

—Es usted muy cortés, señorita —se burla Eleonore Cormelon.

—¿Esperan que los arroje a la calle?

—Nancy, por favor... —interviene el tío Dideloo.

—Usted..., usted... —refunfuña Nancy—. ¡Cállese y márchese el primero!

—¿Manda usted aquí, señorita Grandsire? —pregunta Rosalie Cormelon.

—Ha tardado usted mucho tiempo en enterarse.

—Ella enciende las velas —exclama Lampernisse—, velas que no se apagan, que nadie sopla. ¡Dios la bendiga!

Se bambolea delante de las luces, proyectando sobre la pared del fondo una sombra desaliñada, que el primo Philarete, que no comprende gran cosa, diríase, en la fiebre de estos breves y desagradables acontecimientos, trata de evitar como si fuera tangible y maléfica.

—¡Mis colores! —grita Lampernisse, danzando de alegría ante los minúsculos fuegos—. ¡Allí están todos! No los venderé, ni nadie podrá hacerlo.

Se queda perplejo y, desde el fondo de su inmundicia pelambrera gris, sus ojos suplican

a Nancy.

—Si éste no es el que sopla las luces... ¡Oh diosa!

Con un ademán, Nancy pone fin a la reunión, ademán de segador, al derrumbar la gloria de las espigas.

—Volveremos a verles dentro de tres días.

Las sombras avanzaron hacia la puerta en la marcha procesional.

Euryale se ponía al paso de su madre. Había abierto los ojos, que apenas parecían ver porque carecía de llamas verdes.

El tío Dideloo titubeó un momento en el umbral.

Creo que hubiera querido decir algo a Nancy, pero cambió de idea y se deslizó en la oscuridad del vestíbulo.

Esta breve detención le hizo perder el puesto en la fila, y Alice, la más joven de las señoras Comelon, le pasó.

Le oí de pronto lanzar un «¡Oh!» de dolor.

Nancy dejó escapar su risita estridente

—La manía la tiene en los dedos —se burló.

El doctor Sambucque, que había desgarrado de alguna parte un delgado tallo de mimbre, pegó sin miramientos al lamentable Lampernisse.

—¡Ooooh! —se quejó el fante gris—. Los diablos siempre me pegan. Quieren mis colores. Mala suerte... Ya no los tengo. No podría darlos. ¡Y me pegan, me pegan!...

Se arrojó a la escalera, gritando.

Vimos su deforme figura escurrirse, simiesca, por las paredes iluminadas por las luces escalonadas de descansillo en descansillo.

—¡A la una! —aulló de pronto.

Algo negro e informe parpadeó en las paredes y en las altas vidrieras.

—¡A las dos y a las tres! ¡Ooooh! Está allí y no puedo verle. Luz y colores. Se los ha llevado todos. Me arroja en la noche.

—Vengan todos a la cocina —ordenó Nancy—. El loco no miente. ¡Lo que sopla las luces está allí!

Yo no sé quién, en la sombra, repitió lentamente:

—Lo-que-so-pla-las-lu-ces...

Nancy se encogió de hombros. Siempre he querido mucho a mi hermana, pero siempre me ha desconcertado. A través de los acontecimientos que nos han sacudido como ramalazos de borrasca, las mujeres me han parecido más firmes que los hombres. ¡Ay! Desde mis primeros pasos por el mundo del misterio hago conjeturas, y tal vez para acusar a mi hermana de indiferencia, porque si ella hubiese sabido, ¿no se hubiera apartado del más fatal de los destinos?

—Vamos —dijo Elodie, dejando el rosario.

Luego, sin decir una palabra más, calentó vino, azúcar y especias.

—Es una buena noche —dijo Sambucque—. ¿Qué les parecería, niños míos, una cena de medianoche? Al bueno de Cassave le gustaban mucho. Después de las doce de la noche, los manjares y los vinos tienen mejor sabor y más exquisito olor. Esto lo descubrió la antigua sabiduría.

Aquella cena de medianoche fue colosal, y cuando sirvieron una lengua en salsa, el doctor Sambucque aprovechó la ocasión para hablar del banquete de Xanthus, el *Frigio*, donde Esopo hizo servir lenguas y nada más que lenguas, proclamándolas una vez el mejor y la otra el peor regalo de la tierra.

Sambucque, ahíto e hinchado como un pequeño pitón, y Nancy, retirada a su dormitorio, nos quedamos Elodie y yo velando a la cabecera de la cama del tío Cassave, dormido.

Para la noche le habían puesto una especie de cofia de tela de Bérgamo con borla de plata, que le daba aspecto tan ridículo a la lívida claridad de la mariposa de aceite, que me eché a reír en silencio.

* * *

En efecto, el tío murió al tercer día, y durante las horas que precedieron a su marcha de este mundo, estuvo extraordinariamente lúcido y locuaz. Pero sus ojos estaban ya hundidos, en parte, en las tinieblas, porque en varias ocasiones gritó colérico:

—¿Por qué han quitado el cuadro de Mabuse? Charles Dideloo, eres un ratero. ¡Devuélvelo a su sitio! Nada saldrá de la casa, ¿me oyes? ¡Nada!

Nancy logró calmarle.

—Guapa —dijo, cogiendo las manos de mi hermana entre sus garras peludas—, dime los nombres de los que están en el dormitorio, porque no hay más que sombras donde debería haber hombres.

—El notario Schamp está sentado junto a la mesa, con papel, plumas y un tintero.

—Bien. Schamp conoce su oficio.

El notario, un anciano de austera, pero honrada cara, saludó, aunque se dio cuenta de que el moribundo no podía verle.

—¿Quién está sentado a su lado?

—Solo hay una silla vacía, tío.

—¿Has convocado a Eisengott, hija del diablo?

—Claro que sí, tío. A tu lado está mi hermano Jean-Jacques.

—Muy bien. Eso me agrada... ¡Ajá! Jean-Jacques, mi joven amigo, tu abuelo, que también fue amigo mío... ¡y qué amigo!... era un famoso pillastre... Debe de estar esperándome en algún rincón de la Eternidad y estoy muy satisfecho por eso.

—Las señoras Cormelon están presentes.

—¡La carroña atrae a los buitres! Eleonore, Rosalie y hasta tú, Alice, aunque más joven diríase y bastante más bonita, sois antiguas y buenas amigas. ¿Me comprendéis? Naturalmente. *Ya es hora de que comprendáis.* ¡Ajá! Feas son vuestras caras, pero el demonio les proporcionó dignos cerebros. Os hago donación de algunas de mis últimas palabras y, puesto que pienso que os debo algo más, voy pronto a saldar esa deuda.

—El primo Philarete...

—Es primo mío; su sangre es la mía. No puede evitarlo, ni yo tampoco. Está aquí con pleno derecho, aunque el Creador no haya podido, me atrevo a creerlo, dar vida a otro hombre tan estúpido como él.

Philarete saludó como si el tío Cassave acabase de cantarle las más bellas alabanzas.

Cassave vio el ademán y sonrió.

—Philarete no fue un mal servidor —dijo con dulzura.

—¿Mathias Krook? —preguntó Nancy, tras ligera vacilación.

El tío Cassave pareció descontento.

—Al alejarle de esta reunión como lo hago —dijo—, es posible que cometa con él una injusticia. ¡Bah! Ya se consolará. Que regrese, pues, a la tienda. A él le gusta.

El anciano se había vuelto penosamente de un lado para tratar de ver al joven. Creí leer una especial indecisión en su mirada.

—A veces me he equivocado en esta vida, Krook. En verdad, no con mucha frecuencia. Pero no tengo ya tiempo para reparar mis equivocaciones. Sea justo o no, ¡váyase!

Mathias Krook se eclipsó, con una leve sonrisa de vergüenza en su guapa cara, y la mirada de Nancy despidió fuegos.

—El doctor Sambucque entra en este instante.

—Que le hundan en un sillón con algo que llevarse al pico.

—El matrimonio Griboin está aquí.

—Fueron mis buenos y obedientes servidores desde hace tantos años que renunció a contarlos. Se quedarán.

—Lampernisse está sentado en el último peldaño de la escalera. Vigila una luz que continúa luciendo.

El tío Cassave estalló en una risa siniestra.

—Que se quede allí hasta el momento que la apaguen de un soplo, porque la apagarán.

—Aquí están el tío Charles Dideloo, la tía Sylvie y Euryale.

El moribundo hizo una mueca.

—Hubo una época en que Sylvie era bella, ya no lo es. Me alegro mucho de no poder verla. Era aún bella cuando Charles la descubrió y...

—¡Tío abuelo! ¡Tío abuelo! —gritó Charles con voz angustiada—. ¡Te lo suplico!

—Vamos, Euryale, mi adorable florecilla, ve a sentarte al lado de tu primo Jean-Jacques. Tú eres la doble esperanza que yo me llevo de esta tierra.

Fuera, una voz suplicó:

—No, no..., ¡no apaguen la luz!

Un hombre de aspecto imponente entró y se sentó junto al notario Schamp, sin parecer vernos.

—¡Eisengott ha llegado! —exclamó la voz del tío Cassave.

—Ya he llegado, sí —dijo una voz que vibraba como una campana.

Miré al recién llegado con terror y respeto.

Tenía una cara muy pálida y muy larga, que la inmensa barba cenicienta alargaba más. Sus ojos eran negros y de mirada fija, y sus manos, tan bellas, que parecían arrancadas de un ángel. Iba mal vestido, y su levita verde brillaba por las costuras.

—¡Schamp! —dijo el tío Cassave—. Estas personas son mis herederos. Diles a lo que sube mi fortuna.

El notario se inclinó sobre sus papeles y pronunció lentamente una cifra.

Era tan enorme, tan fabulosa, tan fantástica, que el vértigo se apoderó por un instante de todos los espíritus.

Fue tía Sylvie quien rompió el encanto del número dorado, al exclamar:

—¡Dimitirás, Charles!

—Desde luego —se burló el tío Cassave—. No podría hacer otra cosa.

—*Esta fortuna* —declaró el notario— *no será dividida.*

Un murmullo de decepción atemorizada se alzó; pero el notario lo cortó de golpe al continuar:

—*Cuando Quentin-Moretus Cassave haya muerto, todos los aquí presentes vivirán y continuarán viviendo bajo este techo... so pena de verse excluidos inmediatamente de la herencia y de perder todas las ventajas futuras.*

—Pero ¡nosotras tenemos una casa propiedad nuestra! —gimió Eleonore Cormelon.

—No me interrumpa —dijo, severo, el notario—. *Vivirán aquí hasta su muerte, pero cada cual recibirá una renta anual, vitalicia, de...*

De nuevo se oyó una cifra fabulosa, pronunciada por los delgados labios del oficial ministerial.

—Venderemos la casa —se oyó murmurar a la mayor de las Cormelon.

—*Todos tendrán derecho a albergue y manutención, para los cuales el testador exige la máxima perfección. Los esposos Griboin, aunque gocen de las mismas ventajas que los otros, continuarán siendo los criados y no lo olvidarán jamás.*

El notario hizo una pausa.

—*La casa Malpertuis no experimentará ningún cambio y toda la fortuna pasará a manos del último de los herederos que quede vivo.*

La tienda de pintura será tratada como la misma casa, y Mathias Krook permanecerá en ella como dependiente con triple sueldo y mantenido mientras viva. Solamente el último de los herederos tendrá derecho a cerrar dicha tienda.

Eisengott, que, no gozará de ninguna ventaja, a quien nada le toca en suerte, y que no querría nada, será testigo de la perfecta ejecución de estas voluntades.

El notario cogió la última hoja del expediente.

—Hay un codicilo: *Si los dos últimos supervivientes son un hombre y una mujer... el matrimonio Dideloo está descartado, de hecho... se convertirán en marido y mujer y la fortuna pasará a ellos en partes iguales.*

Un silencio cayó sobre los reunidos. Los espíritus no estaban todavía a la misma altura del acontecimiento.

—¡Así lo he querido! —dijo el tío Cassave en voz fuerte.

—¡Y así se hará! —respondió gravemente el sombrío Eisengott.

—¡Firmen! —Ordenó el notario Schamp.

Todos firmaron.

El primo Philarete puso una cruz.

—¡Váyanse! —gritó el tío Cassave, cuyo rostro se desencajó de pronto—. Usted se quedará, Eisengott.

Nos retiramos a la penumbra del salón amarillo.

—¿Quién subvendra a nuestra instalación en esta casa? —preguntó la mayor de las Cormelon.

—Yo —decidió Nancy.

—¿Y por qué *usted*, señorita?

—¿Quiere que se lo mande a decir con Eisengott? —preguntó suavemente mi hermana.

—Me parece... —intervino el tío Charles.

—¡En absoluto! —exclamó Nancy—. Además, aquí está Eisengott.

Avanzó hasta el centro del salón, cubriéndonos con sus terribles y Temáticas miradas.

—Monsieur Cassave desea que Jean-Jacques y Euryale vayan a asistirle en sus últimos momentos.

Todas las cabezas se inclinaron, hasta la de Nancy.

El tío Cassave respiraba con dificultad y sus ojos reflejaban la luz de las velas como si fueran dos globos de cristal.

—En tu sillón, Jean-Jacques... Siéntate en tu sillón... y tú, Euryale, acércate a mí.

Mi prima se acercó a él, sumisa, aunque espléndidamente indiferente a la extraña majestad del momento.

—Abre los ojos, hija de los dioses —murmuró el tío con voz completamente cambiada y que parecía encerrar un aterrorizado respeto—. Abre tus ojos y ayúdame a morir...

Euryale se inclinó sobre él.

El tío dio un profundo suspiro y yo oí algunas palabras deslizarse y disolverse en el silencio.

—Mi corazón en Malpertuis..., piedra en las piedras...

Mi prima permaneció tanto tiempo inmóvil, que tuve miedo.

—Euryale... —supliqué.

Se volvió hacia mí con extraña sonrisa en su boca.

Sus ojos, semicerrados, no dejaban filtrar más que una mirada lejana, sin llamas ni ideas.

—El tío ha muerto —dijo.

Entonces, un largo lamento estalló en la escalera.

—Ha soplado la vela... Yo la vigilaba y, sin embargo, la ha apagado. ¡Ooooh!... ¡La ha apagado!

CAPÍTULO II

PRESENTACIÓN DE MALPERTUIS

El genio de la noche se llevó la cabeza del zorro para adornar su casa y honrarla.

Los cuentos de Hussein

¡El sol! ¡Dame el sol!

IBSEN: *Espectros*

Los dioses menores, como los dioses domésticos, los brownies, los Glassmännchen, no son nunca espíritus, sino minúsculas encarnaciones, absolutamente materiales, que toman su poder de la tierra en donde viven.

WORTH: *Folklore comparado*

No tengo más remedio que presentar a Malpertuis y me considero impotente.

La imagen retrocede como los castillos de Morgane; el pincel se vuelve de plomo en la mano del pintor; tantas cosas, que yo quisiera fijar, por descripción o definición, desaparecen de mi vista, o se hacen vagas y se envuelven en brumas.

Sin mi excelente maestro, el buen padre Doucedame, que me obligó frecuentemente a ver en lugar de mirar, me hubiera apartado de la tarea emprendida.

Seis semanas antes de la muerte del tío Cassave, habíamos abandonado nuestra casa del Quai de la Balise por Malpertuis.

La casa del *quai* permanecerá grata a mi memoria. Era pequeña y construida de forma rara: sus ventanas, de cristales verdosos, la sumían en una luz de acuario de una suavidad infinita; olía a verbena y a tabaco, al tabaco que fumaba el padre Doucedame, nuestro fiel huésped.

La puerta se abría sobre un vestíbulo, el único espacio amplio que abrigaba su tejado estrecho; vestíbulo donde velaba el retrato de mi padre, el capitán Nicolás Grandsire, guardado a su vez por terribles panoplias.

El capitán nos enviaba bastante dinero para pagar el alquiler y permitírnos vivir sin demasiados agobios.

Pero, hacia la época en que mi tío Cassave nos llamó a su lado, los cheques de los bancos de Singapur, de Shanghai o de Cantón se hacían cada vez más raros y menos cuantiosos.

En los tiempos de nuestra relativa holgura, Elodie trataba a algunos amigos a cuerpo de rey, y el padre Doucedame era, en verdad, el más estimado, así como el más asiduo.

Era un hombre bajito, rechoncho y gordo como un tonel, de cara jovial de luna llena, de sotana grasienta.

Amaba la buena cocina..., y la de Elodie era excelente..., el vino añejo, el tabaco holandés y los libros antiguos.

Su nombre no se ha sumido por completo en el olvido, y es justo, porque está ligado a ciertas publicaciones que conservan todavía algún prestigio y autoridad.

Así, le deben un estudio muy riguroso sobre los grabados de Wendell Dietterlin, una biografía muy original de Gérauld Dow y trabajos de investigación sobre las forjas artísticas del siglo XV.

Continuó los curiosos estudios del doctor Mises, de Leipzig, sobre las figuras, el lenguaje y la anatomía comparada de los ángeles.

Pretendía que estos espíritus celestiales expresan su pensamiento por la luz y emplean los colores a modo de sonidos.

Decía regularmente su misa, no robaba jamás un minuto a su breviario, llevaba una vida ejemplo de castidad y humildad, pero no era muy querido por sus superiores.

La continuación de los estudios del doctor Mises lo había valido, en efecto, una reputación inmerecida de heresiarca y hasta algunos castigos en severos monasterios.

Pero la juventud de este padre había transcurrido bajo cielos lejanos y peligrosos, donde la gloria de Dios se defiende a precio de la sangre y de los sufrimientos de los soldados de Cristo, y hasta los obispos más severos y quisquillosos no se hubiesen atrevido a olvidar.

¿Había conocido Doucedame al capitán Nicolás Grandsire en el seno de aquellas peligrosas aventuras? Jamás se habló de ello, y mi padre se contentaba con redactar sus cartas con *vivas amistades al santo varón Tato, que Dios guarde para dicha de los pobres Mortales y su acceso a la gloria eterna*.

—¿Qué es un tato? —preguntaba Elodie, desconfiada.

—Es un animal gordo, de mi estilo —explicaba el Padre Doucedame—, pero permanece a las orillas del Amazonas, lo cual yo no he hecho, puesto que estoy aquí para beber buen vino, comer buenos manjares y merecer, bien que mal, la misericordia divina.

—¿Cómo explica usted el nombre de Malpertuis, que la casa de tío Cassave parece llevar como una maldición? —le pregunté, haciendo como que tomaba notas.

El padre Doucedame tomó entonces un aire de grave atención, que le sentaba muy mal, para explicar:

—En el célebre y truculento *Roman de Renart*, los clérigos dieron ese nombre al antro del zorro, el muy ladino. No creo que me equivoque demasiado al opinar y al afirmar que ese nombre significa la casa del mal o, más bien, de la malicia. Ahora bien: la malicia es, por excelencia, patrimonio del Espíritu de las Tinieblas. Por extensión del postulado así expuesto, diré que es la casa del Maligno o del Diablo...

Hice una mueca de terror.

—Yo prefiero lo del zorro. En los dinteles de las ventanas duplicadas de la fachada se encuentran algunas figuras muy feas...

—Pulpos, serpientes, erizos... —detalló el padre.

—Y entre ellas, las cabezas de zorros son las más simpáticas. Las ménsulas de piedra que sostienen los balcones están formadas por las mismas esculturas.

—Son perros orejudos y nada más. Pero todo delicado, todo delicado, mi joven amigo. La cara de zorro pertenece, de derecho, a la demonología. Los japoneses, que son maestros en esta ciencia sombría y espantosa, han hecho del zorro un hechicero, un taumaturgo de gran poder, y un espíritu de la noche con poderes infernales muy extendidos. He visto algunos libros de conjuros, cuya lectura debo condenar sin merced, en los que los grabados, que representan la lucha de San Miguel con el ángel rebelde, dan al Malo tirado por los suelos la cara socarrona y perversa del zorro... Desgraciadamente, los archivos, que yo he consultado tantas veces, no me han revelado la razón de esta designación para la casa del tío Cassave. Creo que se la debemos a los monjes barbusquinos, dueños, en el siglo pasado, de las principales dependencias de esta casa, que yo presiento triste y amenazadora.

—Hábleme de la orden de los barbusquinos —dije con brusquedad, sabiendo muy bien que no le gustaba tratar de ese tema.

Sus bracitos, redondos y gordos, hicieron ademanes de impotencia y de disgusto.

—Esa orden..., esa orden... Escucha, pequeño: en realidad, no existió nunca, y la denominación es simplemente popular... Los buenos conventuales de quienes tú quieres hablar eran los bernardinós, que sufrieron mucho de los bribones de tierra y de mar en los tiempos de la gran revolución de los Países Bajos contra su majestad católica...

Sin embargo, insistí.

—Acaso esos monjes llevaran barba.

—No, no. No caigas en un error tan vulgar. Esos monjes llevaban barboquejos en señal de penitencia, y tal vez se encuentre en eso la razón de su nombre simplemente. Pero yo no me atrevería a proclamarlo y menos aún a escribirlo. Deja a los muertos en paz: sobre todo cuando fueron hombres santos con méritos multiplicados por el sufrimiento y la persecución.

—¡Oh padre! A mí me parece que la tradición decidió todo lo contrario.

—¡Cállate! —suplicó el padre Doucedame—. La tradición es una detestable mercachifle de errores, de los cuales el diablo, ¡ay!, hace la vida larga y tenaz.

Después de esta entrevista, que no fue única, sino que se repitió algunas veces de la misma forma, me siento más capacitado para reanudar la descripción de Malpertuis.

Corrientemente me he inclinado sobre antiguos grabados que representaban calles antiguas llenas de gran aburrimiento, rebelde a todos los esfuerzos intentados para animarlas con luces y movimiento.

Entre ellas no tuve ninguna dificultad en encontrar la calle del Vieux Chantier, donde se encuentra Malpertuis, y sin demasiadas búsquedas encontré la casa entre las altas y siniestras mansiones vecinas.

Está allí, con sus enormes balcones, sus escalinatas franqueadas de masivas balaustradas de piedra, sus torrecillas crucíferas, sus ventanas duplicadas con travesaños, sus esculturas gesticulantes de serpientes fantásticas y de tarascas, sus puertas claveteadas...

Rezuma el hedor de los grandes que la habitan y el terror de los que se rozan con ella.

Su fachada es una máscara seria, donde se busca en vano alguna serenidad. Es un rostro retorcido de fiebre, de angustia y de ira, que no logra ocultar lo que hay de abominable tras él.

Los hombres que duermen en sus inmensos dormitorios se ofrecen a la pesadilla; los que pasan allí sus días deben habituarse a la compañía de las sombras atroces de los atormentados, de los desgarrados vivos, de los emparedados, qué sé yo...

Así debe pensar el peatón que se detiene un instante a su sombra y que huye inmediatamente hacia el final de la calle donde crecen algunos árboles, se alza una fuente murmurante, un palomar de piedra blanca y una capilla de la Virgen de los Siete Dolores.

¡Ay!... He aquí que me aparto de golpe de mi proyecto.

El padre Doucedame dijo todo lo que los viejos archivos podrían decir sobre esta casa, pero estoy seguro de que no es así.

He entrado en Malpertuis. Le pertenezco. No nace ningún misterio de su interior. Ninguna puerta se ha obstinado en permanecer cerrada, ninguna sala se ha negado a mi curiosidad. No existen ni cámara prohibida, ni pasadizo secreto y, sin embargo...

Sin embargo, es un misterio a cada paso, y rodeará cada paso de una cárcel movediza de sombras.

El padre Doucedame manifestó a veces curiosidad por el jardín, que es amplio como un parque y al que rodea una tapia tan alta, tan formidable, que el sol no proyecta la sombra de las alabardas de su remate más que hacia el mediodía.

Cuando se asoma uno a las altas ventanas de la casa, este jardín se asemeja a una amplia pradera de hierba de donde surgen las trombas de verdor de árboles seculares; en verdad, esta hierba es dura y extraña, los boneteros están mutilados y las breñas son escasas. Solamente las avenas y las acederas silvestres triunfan del suelo ingrato y copan la base de las tapias.

Los árboles montan una guardia hostil a la luz y se muestran complacientes a las vidas larvarias y a la riqueza lívida de los criptogramas.

Pero la vida, tal como se sueña entre los árboles, está exiliada. Es en vano que se espíe el paseo descarado de los mirlos, la fuga de las palomas torcaces, la cólera de los grajos...

Una vez, a medianoche, oí el tenue canto del lulu, la misteriosa alondra de las tinieblas, y el padre Doucedame vio en ello una señal de desgracia y de amenaza.

Sin embargo, en los saeteros del estanque central habita una polla de agua de largas patas que, de cuando en cuando, lanza su chillido al frío, y, en los días brumosos, los desamparados chorlitos lloran bajo el cielo.

Este estanque, de considerable tamaño, aparece bruscamente tras una barrera de nogales y robles, que se dan codo con codo y entrecruzan sus cortos y nudosos ramajes.

El negro de tinta de las aguas oculta una enorme profundidad. Están heladas, hasta el punto de producir a la mano que se introduce en ellas la impresión de una mordedura.

A pesar de eso, están llenas de peces, y Griboin pesca allí con red carpas brillantes, percas nacaradas y enormes anguilas azuladas.

A veinte pasos de la orilla sur del estanque se alza otra valla, la de las altas y toscas coníferas, que se duda en atravesar: tan hosca es.

Pasado este telón sumido en sombras, erizado de puntas, se encuentra uno ante un edificio de inverosímil fealdad, de piedras negras, podridas de lepra, de ventanas rotas y de tejado destrozado: las ruinas del antiguo convento de los barbusquinos.

Hacia la única puerta, blindada en hierro, conduce una escalinata gigantesca de quince altos peldaños, encerrados entre balaustradas enmuralladas.

Le fue preciso a mi excelente maestro Doucedame un arranque de valor para subirlos y dedicarse inmediatamente a la exploración de los más tristes lugares, defendidos por tanta fealdad.

Se propuso, a continuación, consagrarles un folleto. Ciertamente es que tomó algunas notas sueltas y febriles, pero jamás redactó la obrita de la que pensaba obtener algún renombre.

«Estoy asombrado —escribió— de la incomodidad con que los buenos monjes vivían allí, y me atrevo a pretender que buscaban en ese lugar una forma de santa penitencia. Las celdas son estrechas, bajas, carentes de aire y de luz. En el refectorio, las mesas y los bancos son de tosca piedra gris. La capilla es tan alta y tan oscura que tiene la apariencia de un pozo. En ninguna parte existen trazas de chimeneas, ni de hogares, con excepción de las amplias, pero repelentes cocinas. Una parte de las bodegas parece haber sido destinada a laboratorio, porque en ella se encuentran aún potentes chimeneas, un alambique de mampostería cuyas proporciones son considerables, conducciones de agua y huecos de forjas. En los siglos pasados, los sabios conventuales se dedicaban, a veces, a la espagiria (química), aunque su práctica les estaba prohibida.

«Tengo que asombrarme igualmente de la extensión desacostumbrada de los subterráneos, hoy inexplorables por los continuados derrumbamientos, las inundaciones parciales y la vegetación crecida entre los escombros, que presentaría para un botánico experto cierto interés. Es evidente que la época, tristemente fecunda en persecuciones, empujó a los buenos monjes a instalarse en este edificio, apartado de toda retirada de los medios de comunicación o de huida.»

Hubiera querido confiar al padre la exploración, segura y más fácil, de Malpertuis, pero se negó a ello con una obstinación que a veces rayaba en el mal humor.

Tras las raras visitas que él hizo a Malpertuis, se hundía en su sillón, con la cabeza baja, los labios apretados, las manos húmedas y temblorosas, y tengo la sospecha de haberle oído murmurar, durante los largos minutos de silencio, complicados exorcismos.

Sin duda que Dios, del cual era el más humilde y fiel servidor, le había permitido entrever la terrible suerte que le reservaba a esta casa de la gran malicia, y que él había aceptado como los santos aceptan el martirio.

Solamente la cocina encontraba merced ante sus aterrorizados ojos. Elodie le ayudaba a soportar, tal vez hasta a desafiar, otras presencias, ocultas, invisibles, pero ¡cuán espantosas!...

Nuestro pobre y querido hombre sufría por no poder arrancarse la condenable gula de los pecados capitales. Suspiraba profundamente ante las frituras de seso, las piernas de

cordero al ajillo y las aves, en su jugo, que nuestra criada colocaba delante de él sobre la inmensa mesa de nogal pulimentado.

Con el alma llena de remordimientos, picaba el tenedor en los jugosos pichones, cortaba los filetes, rebañaba el plato de compota... Al comer, sus labios, ungidos de salsa, esbozaban una sonrisa que hubiera deseado amarga y triste, pero que terminaba por ser muy dulce y muy feliz.

Al final, llegaba a convencerse de la inocencia de su alegre gula.

—Si Dios ha llenado de setas los huecos tranquilos de las praderas, puesto una cresta carnosa sobre la cabeza puntiaguda del gallo, hecho florecer el ajo al fondo de los caldeados valles y dejado madurar las uvas de Madeira a la cálida temperatura de los meridianos del Sur, no ha sido para hacer salamis, cuyo gusto rechazan todos, y que es un agente de perdición y condenación. Además, se comía mal en la mesa de Minos...

Así discurría. Pero, al pronunciar el nombre del rey de los infiernos, se estremecía y un ligero asomo de angustia turbaba su bondadosa mirada azul...

Con frecuencia le hacía preguntas que le desconcertaban, sobre todo cuando se referían a Malpertuis, al tío Cassave y hasta a mi padre, Nicolás Grandsire.

—Son libros cuyas páginas, una vez leídas, no se vuelven jamás —pontificaba—. La vida está atacada de tortícolis sempiterna, lo cual le impide mirar hacia atrás. Hagamos como ella. El pasado pertenece a la muerte, que se muestra celosa de su tesoro.

—Sin embargo, tuvo que dejar a Lázaro que se le escapase —respondía yo.

—¡Desgraciado! ¿Quieres callarte?

—Lázaro no era un charlatán... ¡Ah, si hubiese podido dictar sus memorias!

El padre Doucedame se enojaba entonces.

—Tus preguntas, carentes de conocimiento y de respeto, me obligan a penitencias suplementarias muy penosas —se quejaba.

Cuando se despedía de Malpertuis en el umbral, yo le retenía a veces por uno de los faldones de su vieja sotana.

—¿Por qué compró tío Cassave una tienda?

Le acompañaba hasta la calle y le obligaba a volverse hacia las fachadas unidas de forma extraña: la de la altiva casa señorial y la de esa tienda grotesca de escaparates empañados.

Su tejado, en forma de casco empenachado, coronado de una veleta y de un cimborrio de piedra rojiza, se inclinaba hacia atrás como si le hubiesen propinado un puñetazo en el estómago. Sus ventanas apenas eran unas troneras dobles con cristales de color verde botella que, a primera vista, brillaban como dados con cera.

Encima de la puerta persistía aún el viejo rótulo:

LAMPERNISSE

Colores y barnices

—¿Por qué?... ¿Por qué? —insistía yo—. Nancy y Mathias Krook, que pasan todo el día en ella, no venden casi nada.

El padre Doucedame tomaba a veces un aire misterioso para responder:

—Los colores... ¡Ah, mi querido pequeño, recuerda los magníficos estudios del doctor Mises! Colores..., palabras de los ángeles... El tío Cassave quiso robar algo a nuestros celestiales amigos. Pero, ¡calla!, no es bueno hablar de estas cosas, porque nunca se sabe cuáles son las entidades que están a nuestro alrededor, a la escucha de nuestras palabras y de nuestros pensamientos.

De un tirón seco, libraba su sotana y huía sin volver la cabeza.

En los días de vendaval, el viento huracanado hacía de su manto dos amplias alas negras.

Mi buena Elodie, que era mujer sencilla, pero con un gran sentido común, respondía a mis inútiles discursos:

—Dios guarda sus misterios y castiga a los hombres que tratan de profanarlos. ¿Por qué el Diablo, que imita al Creador en todo, no va a hacer lo mismo con los suyos? Conténtate, Jean-Jacques, con vivir según su Ley; procura renunciar a Satanás y a sus pompas, y rezar todas las noches, con fervor, el rosario. También es bueno llevar el escapulario al cuello e invocar el nombre venerado de algunos santos de reconocido mérito.

Sí, sin duda...

Sí. Como se verá más adelante, la marca de espantos rugió alrededor de Elodie como alrededor de todos nosotros, pero la magia negra de Malpertuis no pudo alcanzarla directamente.

* * *

La entronización —la expresión es un poco pomposa, lo admito sin reservas— de los nuevos habitantes de Malpertuis se hizo sin demasiados tropiezos ni conmociones.

El primo Philarete llegó el primero, con su escaso equipaje en una carretilla, de la que tiraba él mismo.

Nancy le había reservado una amplia habitación que daba al jardín, de la que se declaró inmediatamente muy satisfecho, y que dos horas más tarde olía a formol, yodoformo y espíritu de vino.

Cargó la mesa de cúpulas, vaciacráneos, pinzas, bolas de algodón, platillos llenos de ojos de cristal y de polvos colorantes.

Una fauna muerta, pero con magnífica apariencia de viva, surgió como por encanto en las estanterías y sobre los muebles: un martín pescador, la elegancia negra del halcón, la cautelosa aparición de una comadreja plateada al acecho de un lagarto australiano... De la suavidad plumífera de los mergos rosas a la pálida delgadez de los reptiles.

—Primo Jean-Jacques, podríamos entendernos perfectamente —propuso Philarete—. En ese enorme jardín, tú podrás capturar muchos animales, de pluma o con pelos, eso no tiene importancia, que yo haría más bellos que vivos.

—Yo no he visto en él más que una fea polla de agua —respondí sin entusiasmo.

—Cógela, dámela, ¡y ya verás si la encuentras después tan fea como aseguras!

Los Dideloo hicieron su entrada sin ruido.

Cuando fui a verlos al amplio apartamento del primer piso que Nancy les había destinado sin rencor, la tía Sylvie estaba ya bordando en un gran bastidor y el tío Charles reparaba chapuceramente una tela de la pared que estaba desclavada.

Mi prima Euryale se había retirado a su aposento particular y no se dignó mostrarse.

Como era de esperar, las tres Cormelon se mostraron menos acomodaticias.

Claro que mi hermana las relegó al fondo de un pasillo de mosaicos, que resonaba a hueco, en una *suite* de habitaciones tan altas que tenían aspecto de capillas. Encontraron motivos para criticarlo todo, y hasta los admirables gobelinos que decoraban las paredes les parecieron detestables a sus ojos.

—¡Son figuras que le producen a una pesadillas! —gimieron.

—Necesitaremos treinta velas, por lo menos, para alumbrar convenientemente cada una de estas habitaciones —protestó Eleonore.

—No hay más que seis por habitación —respondió seca, Nancy—. Pero ustedes tienen medios para comprar las dos docenas suplementarias, ya que el notario Schamp ha adelantado las primeras mensualidades.

—Nosotras gastaremos *nuestro* dinero como mejor nos parezca, señorita, y sobre esto no admitiremos ningún consejo de usted —fue la agria respuesta.

Al doctor Sambucque le dedicaron una habitación curiosa y muy divertida, completamente redonda, que formaba parte de la torre que franqueaba el ala oeste de la casa. La encontró a su gusto, ya que prefería, según proclamaba, la espléndida suavidad de las puestas del sol al insolente ardor de las salidas del astro rey.

Nancy descubrió a Lampernisse en el momento que vertía aceite en una de las lámparas del vestíbulo y le propuso una habitación pequeña, bastante clara y cómoda, del anexo sur.

Se negó iracundo.

—No, no. No quiero esa..., ¡oh Diosa!... Es preciso que *Él* ignore donde yo vivo. ¡Yo me oculto donde *Él* no pueda descubrirme ni robarme la luz y los colores!

Nancy sonrió, como siempre, y él escapó, lamentándose.

El comedor, donde los habitantes de la casa debían encontrarse dos veces al día, durante la comida del mediodía y la cena de las siete, era amplísimo y, seguramente, la única pieza lujosa de esta torva vivienda.

Los muebles, de madera oscura, incrustados de ébano y nácar rosada, tomaban, a la claridad de las lámparas de aceite y de los altos cirios, brillantes profundidades de aguas preciosas. Cascadas de venturinas rielaban en el espacio donde los rayos del sol de mediodía apuñalaban a los cristales.

Una chimenea de inusitadas dimensiones daba al comedor, una vez prendidos los leños, un calor de horno. Morillos y tenazas de plata maciza la flanqueaban.

Los esposos Griboin, ayudados voluntariamente por Elodie, servían la mesa, y, según voluntad del difunto tío Cassave, cada comida tenía categoría de banquete.

Aunque los convidados parecían haberse sentado a la mesa con evidente intención de mostrarse tan serios y distantes como les fuera posible, confieso que la primera comida fue casi divertida.

Las Cormelon comían como buitres, repitiendo de cada plato, con el propósito de

consumir en lo posible lo que les correspondía por derecho propio.

La tía Sylvie, después de haber hecho remilgos a los entremeses, atacó con furia los asados y se atracó, ensuciando la servilleta y manchando el mantel.

El tío Dideloo apreció en seguida la buena calidad de los vinos, y sus encendidas miradas no se apartaban de las admirables formas de mi hermana.

El doctor Sambucque, vecino de mesa del primo Philarete, se entendió inmediatamente con éste.

—¡Ah! —exclamaba el taxidermista, lleno de celoso entusiasmo—. ¡No sé lo que como, pero está endiabladamente bueno!

—Es un filete al oporto con puré de nueces —explicó el anciano médico.

—¿No podrían darnos más mañana? —preguntó Philarete, dándole con el codo.

Sintió gran placer al admirar las figuras que decoraban la maravillosa porcelana de Moustiers, en la que nos sirvieron el arroz al ron y a la crema.

—¡En mi plato hay un diablillo con seis cuernos! —exclamó—. ¿Y en el suyo, doctor?... ¡Ajá! ¡Un tipo bebiendo en un tonel!

Pretendió mirar los de los otros, con gran furor por parte de las Cormelon, que taparon los suyos con sus servilletas mientras preguntaban al primo Philarete si carecía de sociología.

El buen hombre no veía malicia en aquello, y afirmó que, respecto a la sociedad, acababa de entrar en la mejor de todas.

Nancy, que no era mala muchacha en el fondo, parecía experimentar un verdadero placer en esta primera toma de contacto; pero yo me sentía un poco desconcertado con respecto a Euryale.

Se mantenía erguida y envarada en su silla, comiendo poco y con visible disgusto. Sus ojos, perdidos en el vacío, carecían de luz, y hasta cuando se posaban en mí, por casualidad, me daba cuenta de que no me veían.

Llevaba puesto un mezquino vestidito de color indefinido, demasiado estrecho, que apretaba sus formas hasta hacerlas estallar. Solo su terrible cabellera se iluminaba de brillantes reflejos al menor movimiento de su cabeza, y parecía vivir.

Una vez quitada la mesa, el tío Charles propuso jugar.

Con gran asombro mío, las Cormelon aceptaron una partida de *whist* en la que el tío Charles fue el cuarto.

El primo Philarete gritó de contento al ver que el doctor Sambucque le desafiaba a las damas.

La tía Sylvie se apelotonó en su sillón y se durmió.

Nancy desapareció de repente, con visible desencanto del tío Dideloo.

Euryale se encontró a mi lado sin que yo la hubiera visto acercarse.

Sentí en mi nuca una sensación extraña, casi dolorosa. Su mano se había posado allí y sus dedos eran duros y fríos. Permanecieron tanto tiempo, que mi ser se coaguló en la eternidad.

Un reloj dio las once con pura voz de cristal.

Las Cormelon cloqueaban de alegría: el tío Dideloo perdía cuarenta francos.

—Es usted mejor de lo que yo suponía, Philarete —decía el doctor Sambucque con

un dejo de reproche.

—Jugaba con regularidad a las damas en el Petit Marquis —se disculpaba el taxidermista—; pero Piekenbot, el zapatero remendón, me ganaba siempre.

—Será preciso que aprenda a jugar al ajedrez —declaró Sambucque.

La tía Sylvie se despertó, bostezando, y un fulgor de oro se encendió en su boca.

—Jean-Jacques... —murmuró Euryale.

—¿Qué? —respondí en voz baja, pero con gran dificultad, porque una extraña torpeza me atenazaba desde que su mano se había posado en mi nuca.

—Escúchame, pero no me contestes.

—Bien, Euryale.

—Cuando todos los aquí presentes hayan muerto, excepto tú y yo, tú te casarás conmigo...

Hubiera querido volverme para verla pero su mano se hacía más firme y más fría aún sobre mi nuca, y no pude hacer movimiento alguno.

Pero, frente a nosotros, un espejo de cuerpo entero nos devolvía nuestras imágenes.

Vi brillar en él dos llamas verdes, inmóviles, como enormes piedras de luna arrancadas del fondo de agua nocturna.

CAPÍTULO III

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Yo vi al capitán, con la cabeza clavada al palo mayor, y me di cuenta de que había sido castigado por los dioses.

HAUFF: *El barco fantasma*

El otoño pasó sin pena ni gloria por la ciudad.

Es posible que más allá de las murallas dorase a los bosques, rellenase los baches de los caminos de delicados sembrados, suaves a la marcha; que hiciera sonar el himno de la fecundidad en el arpa de los vergeles y que sembrase con mano generosa los sanos y robustos placeres, pero una vez en la ciudad de los hombres se mostraba avaro de larguezas y de sonrisas.

Las fachadas lloraban, asediadas de inmensas penas; un ruido trepidante de agua corriente llenaba las calles. Detrás de cada puerta, de cada ventana, una mano fantasma se impacientaba a causa de la lluvia.

Los árboles, exiliados en los caminos y en las avenidas, no eran más que ligeros trazos marcados con carboncillo, y las hojas secas adquirían, al capricho del viento, un maléfico poder de manos que abofetean.

Las chimeneas blasonadas de Malpertuis escupían potentes columnas de humo en el aire gris, porque en todas las habitaciones ardían amplios fuegos de troncos y de carbón mineral.

Desde el momento que los relojes daban las cuatro con sus voces argentadas y el perfume triunfante del café subía de la cocina, los Griboin recorrían la casa a pasos apresurados, llevando lámparas encendidas que situaban en los puntos estratégicos: curvas de los pasillos, descansillos de la escalera, nichos del vestíbulo...

Malpertuis no parecía entonces más que una sombra constelada de estrellas lejanas y humosas.

En esos momentos, la perspectiva alejada de la tienda de pinturas y barnices, que podía entreverse al fondo de uno de los vestíbulos laterales del piso bajo, tomaba el aspecto tranquilizador de un aura de luz. Yo me hubiera dirigido allí frecuentemente si no me hubiese molestado la silenciosa hostilidad de Nancy y de Mathias Krook.

Aquel dominio era suyo, y dejaban entrever que no estaban dispuestos a compartirlo con nadie.

A veces, una sombra hundida en el hueco de una escalera suspiraba y gemía a mi paso: era Lampernisse que, desde lejos, espiaba su paraíso perdido.

Yo hubiera querido trabar amistad con él, porque me inspiraba una extraña piedad y hasta una especie de confuso afecto, pero me evitaba de la misma forma que nos huía a

todos.

Sin embargo, insistí, tratando de encontrarme en su camino para cambiar con él algunas frases de buena amistad.

En parte me vi recompensado por esta obstinación, si es que puede llamarse recompensa al primer descubrimiento angustioso que hice en Malpertuis gracias a Lampernisse...

El primer fantasma que se alzó ante mí fue el de todas las vidas encerradas: el aburrimiento.

Llovía y venteaba a lo largo del día, y en ciertos momentos la lluvia adquiría caracteres de diluvio.

No era preciso contar con el jardín y sus repelentes misterios para sustraerse a las horas negras y silenciosas de la casa. Los árboles se peleaban entre ellos a golpes de ramas secas; el suelo flagelado se alzaba en hinchazones y en pústulas que reventaban en barro. Durante los cortos momentos de respiro, en que las ramas y los ramajes recobraban el aliento, se oía el chapoteo lleno de agresión del estanque.

En la casa había una rica biblioteca, pero no soy gran lector; además, los volúmenes encuadernados en cuero oscuro olían a moho y a humedad.

Una vez que me aventuré por ella, encontré instalado allí al tío Dideloo y a Alice Cormelon, la más joven de las tres hermanas.

Sorprendí ademanes molestos y el tío trató de ponerse serio:

—Un joven de buena educación nunca entra en una habitación sin llamar.

—Es que yo no soy un joven de buena educación —respondí—. Además, ¿si hubiese creído que iba a encontrar otra cosa que ratones...!

Salí, golpeando con fuerza la puerta, al modo de Nancy, y me dije que Alice Cormelon no era muy fea después de todo.

Desde aquel momento, el tío Charles se mostró muy frío conmigo, pero la más joven de las Cormelon me echaba miradas donde la ansiedad se disimulaba bajo una vaga sonrisa de cómplice.

Yo encontraba siempre un refugio al lado de Elodie; a veces, durante el tiempo que la cocina no la reclamaba, se dedicaba de lleno al rosario y a su breviario.

—Rezaremos una plegaria a la intención de santa Veneranda, para que cese este mal tiempo y que un poco de sol permita que puedas salir a pasear al jardín. «Noble y santa Veneranda, te ofrezco humildemente...»

No sé lo que yo ofrecía humildemente a santa Veneranda, porque abandonaba la cocina mucho antes de terminar la piadosa evocación y me iba a pedir asilo al primo Philarete.

Creo que, sin la agobiante atmósfera de la habitación, hubiera encontrado allí un bienestar bastante duradero, pero la nube fénica que flotaba casi visible me revolvía el estómago.

El taxidermista trabajaba continuamente en cualquier repugnante maravilla, que a él le gustaba enseñarme con repugnante explicación.

—Tendrás que traerme animales, pequeño. Nunca tengo bastantes y, a decir verdad, tengo cierta dificultad en procurármelos aquí. Si la lluvia quisiera dejar de caer, ¿no

podrías tú conseguirme la polla de agua que viste en el jardín?

Un día que un olor nuevo flotaba entre los espantosos perfumes, exclamé con alegría:

— ¡Oh primo Philarete, nunca te he visto fumar!

— No fumo, primo Jean-Jacques.

— Sin embargo, aquí huele a tabaco, ¡y hasta a buen tabaco!

— Es el padre Doucedame quien ha fumado, no yo.

— ¿Cómo?... ¿Viene aquí el padre Deucedame? — pregunté con asombro.

— Ha venido — respondió seco, Philarete.

Y me volví la espalda.

No solo estaba sorprendido sino también dolido al saber que mi excelente maestro había venido a Malpertuis sin yo saberlo.

No hablo de Eleonore y Rosalie Cormelon, cuyo encuentro evitaba, y a las que mi compañía no les agradaba, de eso estoy seguro.

En cuanto a los Griboin, sus habitaciones de criados carecían de alegría como ellos mismos. Cuando, por casualidad, empujaba la puerta de estas habitaciones, estos criados, siempre corteses y fieles, me hacían el mismo recibimiento que se reserva al desconocido que ni se atiende, ni se espera. Me hacían preguntas sobre mi salud, comentaban el tiempo del día anterior y del presente, profetizaban el del día siguiente y me despedían, cuando me marchaba, con las mismas muestras que se hacen a los que se van para una larga temporada.

Tampoco tengo nada que decir de la tía Sylvie que adoptaba, durante las visitas a su salón particular, una inmovilidad y un silencio de estatua, ni, ¡ay!, de Euryale.

Euryale, a la que deseaba con la fiebre de un buscador de oro y que, aparte de las horas comunes de las comidas, desaparecía como una sombra; a la que no se encontraba jamás al volver la esquina de un pasillo; quien no empujaba nunca una puerta; a la que no podía esperarse encontrarla en un salón; quien jamás se asomaba a una ventana abierta...

El aburrimiento aleteaba alrededor de mí con sus alas de murciélago y me empujaba a la búsqueda del incomprensible fantoche que frecuentaba tan extrañamente la sombra de su sombra: Lampernisse.

Un día, el primo Philarete me llevó aparte.

— He construido una nueva trampa para ratones. Es un aparato muy bonito, grande y espacioso, que ni hiere ni mata a los capturados. Tú, que conoces la casa, primo, deberías instalármelo en un buen sitio, en las buhardillas, por ejemplo.

— Se cazarán ratones o ratas.

— Sin duda, sin duda; pero ¿qué sabemos? El mundo de esas viejas buhardillas es muy extraño. Recuerdo que un tal monsieur Likkendorf, que vivía en las proximidades del puerto, cogió con trampa una magnífica rata rosa de especie desconocida. Y mi amigo Piekenbot, el zapatero, me ha asegurado que en la buhardilla de su madre, habitaban ratones con trompa. En otra ocasión...

El doctor Sambucque interrumpió a mi interlocutor.

— ¡Hala Philarete, a tus lecciones de ajedrez!

El taxidermista me entregó una ratonera bastante grande, provista de trozos de tocino y de corteza de queso.

—Buena caza, primo... ¡Quién sabe!

La cosa en sí no me inspiraba ningún interés, pero la idea de explorar las buhardillas de Malpertuis me prometía un antídoto pasajero al aburrimiento.

Subí interminables escaleras: unas, amplias y majestuosas, que parecían querer dar acceso a las salas de un templo; las otras, dificultosas, estrechas y en espiral, que conducían a trampas que tuve que levantar a fuerza de hombros.

Y me encontré en ellas de golpe y porrazo.

Se trataba de una hilera penumbrosa de poliedros huecos, agujereados por la luz gris de las claraboyas y de los ojos de buey.

Estaban completamente vacíos. Ninguna silla estropeada se refugiaba en un rincón; ningún baúl anticuado se apoyaba contra las paredes de ladrillos barnizados para evitar que se llenaran de polvo; ninguna serie de maletas apolilladas jalonaban el suelo, limpio como puente de paquebote.

Hacía frío, y el viento, rasando las tejas del tejado, llenaba el espacio de maullidos y suspiros.

Coloqué la trampa al azar y me batí en retirada, prometiéndome limitar a esta corta intrusión en las buhardillas de Malpertuis el servicio prestado al primo Philarete.

Transcurrieron un par de días.

Esa mañana me desperté más pronto que de costumbre por un ventarrón tan brutal que estuvo a punto de arrancar los postigos de la ventana de mi dormitorio.

Vi, a la grisácea luz de un amanecer siniestro, pintado de fulgores cetrinos hacia el levante, el jardín presa del furor rabioso de una lluvia semejante al diluvio.

Me estremecí.

Un frío húmedo se deslizó como una culebra por debajo de las mantas. Pensé que a esta hora Elodie estaría avivando ya el fuego de la cocina y que allí se estaría caliente y agradablemente.

Abandoné mi dormitorio a toda prisa.

Una lívida claridad rodaba por los pasillos, donde las lámparas apagadas esparcían un olor graso a aceite enfriado y a mechas carbonizadas.

Alancé el vestíbulo del piso bajo, que conducía a las escaleras de las cocinas, cuando de repente, en la sombra, a través de los barrotes de la barandilla, una mano descarnada me agarró por el hombro.

Di un grito.

—¡Calla! ¡Calla!... No llames a nadie... Es preciso que no se sepa —suplicó una voz lamentosa.

Me encontré frente a Lampernisse.

Temblaba de arriba abajo, y su esquelética figura se agitaba como arbolillo zarandeado por el huracán.

—Eres tú quien pusiste la trampa —gemía—. Así pues, ¿sabes? Yo no me hubiera atrevido jamás... Sí, uno de ellos ha caído en la trampa. Ven a verlo. Yo no me atrevería nunca a ir solo. Me mantendré detrás de ti, lejos... ¿Crees tú que son ellos los que apagan las luces?

Era inútil oponerse a la voluntad del viejo. Su mano atenazaba mi brazo como un

cepo y me arrastraba hacia la escalera con sorprendente vigor.

Volví a realizar la ascensión de hacía dos días, esta vez a una velocidad desconcertante, porque Lampernisse casi me llevaba en volandas. Jamás debió ser tan locuaz como en estos momentos febriles, ni más feliz tampoco, porque, en la infame maleza de mi cara, sus ojos brillaban con alegría de brasero.

Se acercó a mí con aire de misterio, como para hacerme una grave confidencia.

—En el fondo, sé perfectamente que es *Él*... Pero, ¿por qué no podría olvidar *Él* también, y olvidarme a mí al mismo tiempo? Las horas y los poderes están sometidos aquí a voluntades desconocidas que, de cuando en cuando, imponen el olvido y el recuerdo. ¿Y si *Él* hubiese olvidado y fueran ellas las que apagan las luces? Creo conocerlas. Por rabia de ser pequeñas, remedan lo que es grande. Pero no están inscritas en el libro del destino, ni tienen encomendada tarea alguna. Así pues, es posible cazarlas con una simple ratonera, ajá..., y dar buena cuenta de ellas. Las mataría, las torturaría y conservaría mis luces encendidas, sin que nadie se atreviera a robarme ya los colores.

—No sé de lo que habla, ni le comprendo, Lampernisse —dije con dulzura.

—¡Ah! —exclamó—. En realidad, a eso no se podría responder de otra manera.

Su febril ardor se desvaneció cuando alcanzamos los últimos peldaños de la escalera de las buhardillas.

—Espera—murmuró—. ¿No oyes nada?

Temblaba de tal forma que sus estremecimientos se comunicaban a mi cuerpo como breves descargas eléctricas.

Sí. Oía, en efecto...

Era un ruido débil, pero agudo, que atravesaba el tímpano. Como el de una lima minúscula manejada con frenesí.

De cuando en cuando, se interrumpía brevemente y entonces se oía como un piar de pájaro rabioso.

—¡Dios mío! —sollozaba Lampernisse—. ¡Lo están libertando!

Rechacé aquello, tomándolo a broma.

—¿Desde cuándo las ratas se sirven de limas de acero para abrir las ratoneras a sus camaradas?

Los pálidos dedos del anciano se abatieron sobre mí como garras de ave rapaz.

—No digas nada más... ¡Y, sobre todo, no abras la trampilla! Se esparcirán por toda la casa y no habrá luz jamás! ¿Me oyes, desgraciado? Ni luz, ni sol, ni luna... Sería la noche eterna de la condenación. ¡Vámonos!

Tras la trampilla oí un chasquido de alambre roto, una llamada aguda y, luego, risas.

¡Oh, sí, risitas, pero tan estridentes que parecían limas!

Me debatí contra la garra de Lampernisse y, de un tremendo tirón que le arrancó un gemido de dolor, me libérté.

—¡Quiero ver! —exclamé con energía.

El viejo lanzó un ronquido de fiera salvaje y se dejó caer al suelo.

Un momento después le oí bajar corriendo la escalera, lamentándose lúgubrementemente.

Ahora reinaba el silencio detrás de la trampilla.

La empujé con el hombro.

Pálidos fulgores de aurora se filtraban por las claraboyas.

A algunos centímetros de mí se encontraba la ratonera con los barrotes rotos.

La alcé con terror y malestar: una ola roja brillaba débilmente sobre el diminuto suelo de madera encerada: una lágrima de sangre fresca...

Y a unos milímetros, atrapada en uno de los cepos...

Una mano.

Una mano cortada, seccionada con limpieza.

Una mano perfecta, de piel fina y morena, grande como... una mosca corriente.

Pero de cada uno de los dedos de esta espantosa miniatura, salía una uña puntiaguda como una aguja, de largura desmesurada.

Arrojé lejos de mí, al rincón más oscuro, la trampa y su repugnante contenido.

Aún estaba oscuro en las buhardillas, donde la aurora apenas hacía acto de presencia, y en la semioscuridad vi...

Vi algo cuyo tamaño no sobrepasaría el de una rata corriente.

Era un ser de formas humanas, pero repugnantemente enanas. Tras él, se apretaban otros seres idénticos.

Se trataba de monigotes, inmundos insectos que habían robado a la Divinidad una imagen maldita por el parecido. Y estos seres a pesar de su pequeñez, poseían la expresión misma del horror, de la rabia, del odio y de la amenaza.

Lancé un grito estridente... previendo el asalto de aquellos minúsculos monstruos, y mi retirada se pareció en todo a la de Lampernisse. Me dejé caer al suelo, salté desde lo alto de la escalera y atravesé como una flecha el amplio espacio de los descansillos.

Y vi a Lampernisse.

Galopaba a lo largo de los pasillos, blandiendo una antorcha de larga llama roja. Iba de lámpara en lámpara, encendiendo las mechas, haciendo nacer la luz amarilla en la oscuridad.

Yo asistí, impotente y aterrorizado, a su inútil lucha contra las tinieblas de Malpertuis.

Apenas había encendido una lámpara cuando una sombra veloz se destacaba de la pared, caía sobre ella, soplabla y reinstalaba la noche en el lugar.

Lampernisse gritó.

La antorcha estaba apagada en su mano.

* * *

Durante los días que siguieron no volví a ver al fantoche; pero, a las horas de oscuridad, le oía pasar, como siempre, quejándose.

El primo Philarete no me habló más de la ratonera, y yo no tuve ganas de hacerlo por mi parte.

Otro acontecimiento, siniestro entre todos, debía acaparar y colmar la angustia de mi ser.

En el vestíbulo del piso bajo, el *gong* acababa de sonar anunciando la cena.

Todo el mundo se apresuraba a contestar a esta llamada.

La puerta de la habitación del primo Philarete era la primera que se abría y, en la escalera, el buen hombre llamaba con voz jovial a su amigo, el doctor Sambucque.

—¿Qué tenemos de cenar esta noche, doctor? Estoy hambriento... Nadie sospechará jamás cómo ahueca el estómago la taxidermia.

Y el anciano médico respondía:

—¡Tendremos, seguramente, pierna de cordero y pato asado!

Las pisadas de las Cormelon sonaban sobre las huecas losetas con ruido de escuadra. En cuanto a los Dideloo, siempre se hallaban instalados en el comedor antes que sonara el *gong*.

Oíase chirriar la polea del montaplatos y apresurarse a los Griboin.

Nancy, como perfecta ama de casa, era la primera que estaba en su puesto, junto a la mesa y a los servicios.

Corrientemente me sorprendía la llamada en una de las partes alejadas de la casa; otras, en el jardín, cuando el tiempo no era demasiado malo.

Aquella tarde me hallaba en el salón amarillo, donde acababa de robar dos o tres cirios que pensaba colocar junto a la escudilla de la comida de Lampernisse, porque sabía que el regalo le entusiasmaría.

Cerraba la puerta y me encaminaba sin prisas al comedor, cuando vi al fondo del pasillo el tablero luminoso de la tienda de pinturas.

Me quedé sorprendido.

Regularmente, Mathias Krook apagaba el gas y cerraba la tienda en cuanto Nancy se marchaba. Iba de prisa a cenar en una tabernucha de la vecindad y, con el último bocado, volvía a reunirse con mi hermana a la puerta de Malpertuis, donde permanecían hablando y riendo hasta que era noche cerrada.

Desde hacía tiempo me había forjado el plan de contar a alguien mi aventura de las buhardillas, a alguien que aceptara mis extrañas confidencias sin sonreír.

Naturalmente, pensé en el padre Doucedame, pero no había vuelto a aparecer por Malpertuis.

Yo sentía hacia Mathias Krook una gran simpatía, aunque no hubiese tenido ocasión de charlar extensamente con él.

Tenía un bonito rostro de muchacha, sonreía con toda la boca, mostrando unos soberbios dientes blancos y me hacía, desde lejos, algunos gestos amistosos.

Su agradable voz de *tenorino*, que subía, a veces, desde el fondo de su despacho, hacía olvidar los demasiado pesados silencios de Malpertuis.

Nancy aseguraba que él mismo componía sus canciones, y una de ellas sonará lúgubremente en mi memoria hasta el término de mis días.

El tono muy atrayente, con ritmo de vals lento, se adaptaba, con algunas vacilaciones, a las magníficas frases de *El cantar de los cantares*:

Yo soy la rosa de Saaron, y el lirio del valle...

Tu nombre es como un perfume derramado...

A Nancy le gustaba mucho y, en sus momentos de buen humor, no dejaba de

tararearla.

Cuando yo miraba la tienda iluminada, la voz de Mathias se elevó y *El cantar de los cantares* habló de amor y de belleza en la noche hostil de la casa.

Esperaba desde hacía mucho tiempo la ocasión de poder entrevistarme a solas con Mathias Krook para que dejara escapar aquella melodía.

A buen paso recorrí el pasillo y entré en la tienda de pinturas.

Con gran asombro la encontré vacía de toda presencia humana, mientras que la canción se elevaba muy cerca de mí.

—*Yo soy la rosa de Saaron...*

—Mathias! —llamé.

—*Y el lirio del valle...*

—¡Mathias Krook! —repetí.

—*Tu nombre es como un perfume derramado...*

La canción cesó. No oí más que el murmullo apresurado de la espita del gas al extremo de su tubo de cobre.

—Mathias, ¿por qué se oculta? Quisiera preguntarle... No, quisiera contarle más bien...

—*Yo soy la rosa de Saaron...*

Di un salto hacia atrás, tropezando con el mostrador.

La voz se alzaba de nuevo. Era la de Mathias, de eso no cabía duda; pero se elevaba con una amplitud desmesurada.

—*Y el lirio del valle...*

Me llevé las manos a las orejas. La canción parecía un trueno, haciendo vibrar los tarros de cristal y los escaparates.

—*Tu nombre es como un perfume derramado...*

No pude resistir más. Aquella no era una voz humana, sino una catarata furiosa, un macareo de sonidos y notas que se estrellaba contra las paredes, conmovía la bóveda y aullaba a mi alrededor como espantoso turbillón sonoro.

Iba a huir pidiendo socorro cuando vi al cantante.

Se hallaba en el ángulo que formaba la puerta con la pared y era inmenso, porque sobrepasaba el mostrador mucho más que Mathias Krook.

Mis miradas se deslizaron a lo largo de su cuerpo.

No le veía la cabeza, sumida en las sombras, sino sus manos, largas y blancas; sus rodillas, que tenía un poco salientes y se señalaban por debajo del paño del pantalón, y, por último, sus pies...

¡Ah! La danzante claridad que iluminaba la piel de sus zapatos pasaba por debajo de ellos.

¡Había luz bajo los pies de Mathias!

Y sus pies repasaban, inmóviles, en el vacío... Pero él cantaba, cantaba, con voz espantosa que hacía estremecerse los vasos graduados del mostrador, la balanza romana de pesados platillos de cobre, las miles de cosas que no se movían nunca.

Yo me encontraba ya al otro extremo del vestíbulo, muy cerca del comedor, cuando encontré una voz para gritar el horror que experimentaba.

—¡Mathias ha muerto!... ¡Está ahorcado en la tienda!

Detrás de la puerta oí el ruido argentino de un tenedor que caía al suelo; luego, la caída ruidosa de una silla.

Las voces no se elevaron hasta después de un largo minuto de enorme silencio.

Mientras tanto, yo repetía con furor:

—¡Ahorcado en la tienda! ¡Ahorcado en la tienda!

E iba a añadir:

—¡Y continúa cantando!

Cuando los dos batientes de la puerta se abrieron de golpe, todo el mundo se lanzó como un torrente al pasillo.

Alguien me arrastró en seguimiento suyo. Yo creo que fue el primo Philarete. No volví a ver a Mathias, porque las hermanas Cormelon se apretaron codo con codo en el umbral de la puerta y ocultaban la visión de todo.

Por encima de las cabezas del tío Dideloo y de la tía Sylvie, vi, a lo lejos, los brazos desnudos de mi hermana levantados en un gesto final de ahogada.

Oí al tío tartamudear:

—Pues no... Yo te digo que no...

Luego, la voz del doctor Sambucque, cortante como el filo de un cuchillo:

—No... Krook no está ahorcado... Tiene la cabeza clavada a la pared.

Yo repetí tontamente:

—¡Tiene la cabeza clavada a la pared!

Aquí experimento gran dificultad en ordenar la continuación de mis recuerdos.

Pienso en las palabras de Lampernisse:

«Voluntades desconocidas te imponen, de cuando en cuando, el olvido y el recuerdo.»

Añado que unas veces, los habitantes de Malpertuis parecen actuar con pleno conocimiento de causa, que no existe misterio para ellos, y que en otras no son más que pobres criaturas temblorosas de miedo ante lo desconocido que se prepara.

Creo a veces que bastaría un esfuerzo para que, a ciertas horas, la luz se hiciera en mi cerebro, pero que un fatalismo tranquilo impide que me desenvuelva.

Por el momento, sin pensarlo, me libré al reflujo que me arrojó, con sombras gesticulantes y chillonas, al comedor.

Pero, antes de llegar allí, una rápida visión me pasó por delante de los ojos.

Al lado del busto del dios Termo, junto a una lámpara que poseía una afilada punta de fuego, se hallaba Lampernisse, con las manos sobre los hombros de Nancy, y creo que le oí murmurar:

—¡Oh, diosa!... ¡Tampoco él ha podido guardar los colores ni la luz!

No puedo decir cómo apareció entre nosotros, de manera inesperada, Eisengott. Estaba en pie, delante de los habitantes de Malpertuis, como un juez en el momento solemne de la sentencia.

Decía:

—¡Que cesen las lamentaciones y las palabras huecas!... ¡Nadie ha de saber lo que pasa en Malpertuis!... ¡Ni podría saberlo!

Entre frase y frase hacía una pausa, como si respondiese a preguntas inaudibles para nosotros.

El primo Philarete avanzó y dijo:

—Eisengott, haré lo que haga falta.

Salió, seguido del doctor Sambucque, cuya ínfima estatura había crecido. Sus pasos se dirigieron hacia la tienda de pinturas; se apagaron en seguida.

—¡Y todos ustedes vuelvan a hacer su propia vida, como lo quiso Cassave! — concluyó Eisengott.

Su barba era de nieve pura y sus ojos brillaban como carbunclos.

Solamente Elodie habló.

—Yo rezaré —dijo.

Eisengott no se volvió hacia ella, aunque esta frase fuese dirigida a él principalmente.

La vida continuó su curso, en efecto, como si una gran esponja hubiese sido pasada sobre el atroz acontecimiento de aquella tarde.

Nancy reanudó, a la mañana siguiente, su tarea en la tienda. Permaneció allí sola bajo la claridad rojiza del gas, sirviendo a los clientes cada vez más escasos. Ni la vi llorar ni la oí quejarse.

Tal vez fuese yo solo el que pensaba aún en ello, aunque este pensamiento fuese vago y confuso.

Traté de recordar cuál fue la actitud de mi prima Euryale durante los momentos trágicos, y adquirí la escalofriante certeza de que ella no siguió a la riada horrorizada de los otros hacia la sangrienta tienda, sino que permaneció inmóvil en su silla, con los ojos fijos en su plato, en una actitud de indiferencia o de completa ausencia mental.

La formidable voluntad de Malpertuis acababa de manifestarse a sus prisioneros, los cuales, sin más, agachaban la cabeza.

Así, pues, yo no dije a nadie que una mano del tamaño de una mosca yacía, truncada, en uno de los rincones más oscuros de las buhardillas, ni que Mathias Krook, muerto, con la cabeza clavada en la pared, cantaba atronadoramente *El cantar de los cantares*.

CAPÍTULO IV

LA CASA DEL QUAI DE LA BALISE

¿Quién anda, vela y espía en esta casa?

PORITZKY: *Gespensstergeschichte*

No puedo pretender que las horas de terror, en Malpertuis, se continuasen según una norma inexorable; que adoptasen, en lo espantoso, una regularidad de marea o de fases lunares, como en la casa fatal de los Astridas.

Remitiéndome a los hermosos estudios de monsieur Fresnel, me vería inclinado a invocar el fenómeno de las interferencias para tratar de explicar el flujo y el reflujo en el desencadenamiento de las fuerzas malignas de Malpertuis. Así se produce, en cierta forma, un fenómeno de «latido», donde la intensidad de estas fuerzas varía con el tiempo.

El padre Doucedame, que manifiesta una aversión cada vez más marcada por un tema de conversación semejante, se ha dignado hablarme de un cierto «pliegue en el espacio» para explicar la yuxtaposición de dos mundos, de esencia diferente, del cual Malpertuis sería un abominable punto de contacto.

Esto no es más que una imagen, y el padre Doucedame pretende, con sombría satisfacción, que me serían precisos conocimientos de matemáticas muy amplios para que ella se presentase, nítida y luminosa a mi entendimiento.

De esta manera me deja, sin remordimientos, la venda en los ojos, porque yo no fui ni seré jamás un tonel de ciencia ni de sabiduría.

En la desgracia y en la abominación existen treguas, durante las cuales el espíritu de las tinieblas se recoge o nos olvida, dejándonos gozar de paz y de quietud.

El primo Philarete aprende bien el ajedrez y deja estupefacto a su maestro, el doctor Sambucque, que gruñe, con la nariz metida en el tablero:

—Philarete, amigo mío, tú eres un misterioso que has descubierto en alguna parte un excelente tratado de ajedrez, o bien un perillán a quien la Fortuna le pone ojos tiernos.

El taxidermista se zarandea en su silla, bebiéndose un vaso de leche, y Sambucque continúa:

—Esta combinación del caballo y la torre, apoyada en el sacrificio del peón y del alfil... bueno, bueno, muchacho... Ha sido una trampa, y me he dejado coger en ella...

La tía Sylvie ha bordado un almohadón complicado y Eleonore Cormelon la lisonjea sin reparos.

—¡Es una obra antigua, señora!

Rosalie no quiere ser menos que su hermana:

—Diríase un gato dormido. ¡Qué bello!

La tía Sylvie se explica:

—Euryale me ha proporcionado el modelo.

Mi prima condesciende a iluminar sus mentes.

—Es el león de Gebel.

Alice le dedica una sonrisa que no carece de seducción.

—Dibuja usted muy bien, señorita Euryale, y lo que usted hace en este momento es un retrato, pero me pregunto de quién.

Euryale dijo:

—Es la cabeza de la princesa Nofrit.

Me mezclo en la conversación.

—Es arte egipcio.

—Gracias por la aclaración —responde Euryale con una ironía que me duele.

Le echo una mirada asesina que ella desdeña: estoy muy próximo a amarla con todas las fuerzas de mi ser o a detestarla con el mismo ardor. Desde la primera noche en que su mano se posó en mi nuca y que una prodigiosa promesa salió de sus labios, finge ignorar mi presencia.

En varias ocasiones, y cada vez con mayor timidez, le he deslizado algunas proposiciones de cita en el jardín o en la biblioteca. A veces, ella me ha respondido con una negativa breve y dura; otras, me ha vuelto la espalda sin despegar los labios.

Pienso que lleva vestidos de solterona, que sus cabellos causarían la desesperación de un desmarañador, que tiene una cara de piedra, que es fea, fea, fea...

Este día, le dije:

—Escucha, Euryale: ¡mañana cumplo veinte años!

Ella me respondió:

—Casi estás ya a punto de salir del cascarón.

Me he prometido vengarme de esta injuria, sin saber todavía cómo me las compondré para lograrlo.

No obstante, tengo una idea, sí; pero vaga, confusa, que me hace estremecer y enrojecer.

Nancy no ha cambiado en absoluto su modo de vivir. Me parece un poco más pálida, y sus ojos están cercados de ojeras. Eso la hace más bella, y el tío Dideloo se estremece cuando, por casualidad, se roza con ella.

Afuera, la lluvia ha cesado, pero el otoño, al despojar al cielo de nubes, ha dejado en libertad un viento del Este, cortante y seco, que anuncia ya al próximo invierno.

El jardín no afecta ya esta apariencia hostil y me he decidido a consagrarle algunas horas cuando el sol, aún relativamente tibio, toma posesión de él.

Pero este proyecto aborta regularmente.

Apenas si me decido a llegar hasta el estanque. Una vez allí, el frío se apodera de mí, me hace tiritar, me aprieto alrededor del cuello la bufanda de seda sin la cual no me deja salir Elodie, y me vuelvo a la casa.

Me digo, entonces, que volveré mañana, pero no vuelvo. ¿Por qué?

Me doy cuenta de que la razón está *fuera de mí*.

Algo, una fuerza sin duda, estima que yo no tengo nada más que hacer allí, que *lo que vería allí* no pertenece ya al tiempo, y he vuelto a las horas tristes de la vida cotidiana.

Después de las comidas, permanecemos mucho tiempo reunidos en el comedor, y, a veces, en un saloncillo circular, vulgar, pero familiar, y que tiene un magnífico fuego.

Los sillones son allí, amplios y profundos; la alfombra de gruesa lana es espesa y blanda. En uno de los muebles se encuentra un amplio bar con licores, que los hombres aprecian mucho.

Hoy estamos instalados allí. Hasta Nancy es de los nuestros. Ha consentido en sustituir al tío Dideloo en la partida de *whist* con las Cormelon.

Nancy juega mal. Alice apenas es más hábil, y sus hermanas están descontentas.

De repente, Rosalie exclama:

—Juegas como un niño. Nadie diría que pronto vas a cumplir treinta y cinco años, Alecta.

Alice sufre un sobresalto y veo un fulgor de miedo y de rabia en sus oscuros ojos.

Acaso no le haya gustado que pusieran al descubierto su edad.

Acaso...

Diríase que la mayor no aprueba tampoco las palabras de la mediana; su mano se posa sobre el brazo de Rosalie, que contiene una mueca de dolor. ¿Por qué la ha llamado Alecta?

Claro que ese nombre no difiere mucho del de Alice, pero tengo la impresión de que la causa del descontento de Eleonore Cormelon se halla ahí.

Sambucque también lo ha observado.

Alzó la cabeza y la expresión de su arrugado rostro me pareció muy enigmática.

Encojámonos de hombros...

Es preciso que los días sean tranquilos para que pueda prestarse alguna atención a cosas tan insignificantes.

En el fondo, a pesar de mi rencor, no tengo ojos más que para Euryale, quien inclinada sobre un cuaderno, con el lápiz en la mano, dibuja.

Pero de pronto mi ser se crispa. Aunque no me dedica la más ligera mirada, la astuta me ha estado observando por un espejo, y el retrato que se muestra, grotesco, desfigurado por el lápiz, ¡es el mío!

Abandono el salón con el corazón traspasado. Solo la sonrisa de Alice acompaña mi partida.

Vago por la casa vacía, donde ya lucen algunas bujías. Desde hace muchísimos días no se apagan y Lampernisse no ronda ya, como lamentable alma en pena, por los desiertos pasillos. Hasta se le encuentra, de cuando en cuando, en la cocina, donde consiente en gustar los barquillos y las cremas de Elodie.

Vuelvo a una ocupación que, desde hace algún tiempo, me proporciona un placer muy inocente: ¡espíar a los Griboin! Pobre pasatiempo, si lo fuese, y que apenas es fecundo en descubrimientos.

Por una ventanita cuadrada, cuya cortina está bajada a medias, consigo observarles sin ser visto. Su apartamento de porteros, que le sirve igualmente de cocina, es muy exiguo y más oscuro que cualquiera otra habitación de la casa. Una luz lívida penetra allí por una ventana de imposta, alargando los menores objetos en sombras grotescas.

Cuando los servicios de la casa no los reclaman, los Griboin permanecen allí junto a

una mesa de madera blanca cubierta con un viejo tapete de peluche rojo.

Griboin, tocado con un gorro griego con boina, fuma una larga pipa oscura; su mujer, con las manos colocadas de plano sobre las rodillas, sueña, los ojos fijos, sin ver, sobre las figurillas de una tosca estampa de Epinal que decora la pared de enfrente. Es muy raro que se dirijan la palabra.

En realidad, no hay nada que ver en esta doble inmovilidad y, sin embargo, paso un tiempo apreciable detrás de la ventanita de cortina semiechada, espiándolos y tratando de comprender lo que pasa en el interior de cada uno de ellos, criaturas dichosas de su inercia y de su silencio.

Hay momentos, no obstante, en que los Griboin sacuden la tapa de plomo que los aplasta.

La mujer desaparece en un rincón donde la oscuridad la cubre por completo. Cuando reaparece, sostiene un saco de piel oscura. Entonces, Griboin deja la pipa y se pasa una lengua puntiaguda por sus negros labios: van a contar su dinero.

¡Cuentan! ¡Cuentan!

Sus rostros cambian.

Ahora son dos enormes ratas, con patas, en forma de garras, que construyen pilas de escudos y de soberanos.

Sus labios resecos se mueven, y leo en ellos un número que va aumentando, entrecortado por una palabra de orden inaudible.

—¡Economicemos! ¡Economicemos!

Las monedas de oro y de plata no suenan, y cuando la mujer las rastrilla con gesto de araña para reintegrarlas a la bolsa de piel, tampoco hacen ruido alguno.

La mujer vuelve a hundirse en el rincón. Luego, vuelve a sentarse en su sitio, junto a la mesa, sus manos posadas sobre sus rodillas, y Griboin enciende de nuevo la pipa en un tizo, cuyo olor infecto llega hasta mis narices a través del cristal de mi puesto de espionaje.

Entonces surge en mí la idea de que puedo asustarlos.

Un día, sin saber por qué, grité bruscamente:

—¡Tchiek!...

Un temblor de tierra no hubiese sacudido más a los dos retirados, ebrios de dinero y de soledad.

Tuve que retroceder muy atrás para comprender la causa de aquello.

En Malpertuis no hay otros visitantes que los que ya he nombrado, con la excepción de una criatura tan borrosa que la mayoría de los habitantes de la casa continuaron ignorándolo siempre.

Una vez por semana, la Griboin procede a una limpieza general de la inmensa casa y, gracias al que le ayuda en esta tarea, todo reluce y resplandece allí en pocas horas.

Este servidor, vestido con un grosero traje de estameña, tocado con una especie de tricornio que parece atornillado en su enorme cabeza redonda, se presenta bajo la repugnante forma de una barrica montada sobre gruesas piernas con pies de olla; unos brazos, de una longitud simiesca, terminan este tosco croquis de cuerpo humano. Sube enormes cubos de madera llenos de agua, maneja con indescriptible fuerza unas escobas fantásticas, así como bayetas del suelo amplias como mantas.

Los más pesados objetos parecen deslizarse o elevarse por sí mismos cuando él se acerca a ellos. A pesar de su masa, se desplaza y trabaja con increíble velocidad. Cuando divide en trozos menudos la leña destinada a la lumbre, su hacha vuela en el aire y las astillas danzan a su alrededor como si fueran granizos.

Me guardé mucho de preguntar a los Griboin que quién era: *en Malpertuis no se hacen semejantes preguntas.*

Esta es una regla que se adopta allí inmediatamente, sin vuelta de hoja.

Quise un día ver su cara, lo cual me valió un retroceso de aversión: carecía de cara.

A la sombra del tricornio no había más que una ancha superficie de carne rosada y brillante, que presentaba tres hendiduras en el lugar de los ojos y de la boca.

La Griboin le mandaba con el gesto y jamás le dirigía la palabra. Por su parte, él sólo emitía a raros intervalos un sonido único y breve, como el picotazo de una chotacabra crepuscular.

—¡Tchiek! ¡Tchiek!

¿De dónde procedía ese tipo? ¿Adónde se iba, una vez terminada la tarea?

Una sola vez vi a la Griboin conducirlo por el jardín y desaparecer con él bajo los árboles.

Un día, cuando los esposos, después de gozar de su alegría de avaros satisfechos, habían recobrado su triste actitud, lancé el grito de «¡Tchiek-Tchiek!»... y, palabra, que lo imité muy bien.

Griboin dejó caer la pipa y su mujer alzó los brazos al aire, aullando ferozmente.

Echaron a correr al mismo tiempo hacia la puerta, corrieron los cerrojos y pusieron como barricada la mesa y las sillas.

Griboin descolgó de alguna parte de la habitación envuelta en sombras un largo sable de abordaje y le oí gritar con rabia:

—¡Eres tú!... ¡Eres tú!... ¿Quién otro podría ser sino tú?

La mujer gemía, huraña:

—¡Y yo te digo que eso es imposible! ¡Completamente im-po-si-ble!

Consideré acertado no repetir aquel golpe tan bien dado, temiendo no sé qué espantoso descubrimiento; pero supe que Malpertuis encerraba un secreto más.

Una mañana de la semana en que cumplí mis veinte años bajé a la cocina, a la hora en que Elodie activaba sus hornillas para la comida del mediodía.

El doctor Sambucque le hacía compañía mientras se bebía un dedito de vino español y masticaba barquillos.

—Elodie, dame la llave de nuestra casa —le dije.

—¿De nuestra casa? —repitió la criada, asombrada.

—Sí, sí: de nuestra casa del Quai de la Balise. Quiero ir después de comer.

Era la primera vez, desde nuestra entrada en Malpertuis, que decidía escaparme de allí durante algunas horas.

Elodíe dudaba. Leía en su clara mirada la desaprobación y el temor.

Sambucque tarareó

—Cuando el deseo empuja...

Elodie se ruborizó y dijo muy bajito:

—¡Hay que tener vergüenza!

—¡Bah, bah! —protestó el doctor—. Al contrario. Si el emperador de Cathay vivió entre la admiración, el respeto y el amor de sus cien millones de súbditos fue porque a los diez años «contentaba» ya a setecientas esposas.

—Yo he tenido a Jean-Jacques en mis brazos, recién nacido, y pensar que...

Elodie se volvió y le oí sollozar.

—De todas formas, déle la llave, Elodie.

Con un profundo suspiro fue a rebuscar en el cajón de una enorme cómoda y me entregó la llave pedida, sin añadir una palabra.

Me esfumé, con una extraña y deliciosa angustia en el corazón.

En la oscuridad de la escalera oí el roce de un vestido, pero no vi a nadie.

Durante la comida apenas probé los platos y sufrí las bromas del primo Philarete, que hacía ampliamente honor a grandes cantidades de carne asada y de pollo en su jugo.

Disimuladamente espiaba a los otros, como si mis menores gestos traicionasen mi plan de magnífica evasión.

Como siempre, se mostraban indiferentes a todo lo que no guarnecía sus respectivos platos.

El tío continuaba lanzando miradas a Nancy, que tenía los pensamientos lejos; Sambucque atraía la atención de Philarete sobre las delicias y delicadezas del *menú*; las hermanas Cormelon, con la excepción de Alice, la de las sonrisas a flor de labios, comían como si hubiesen estado toda su vida en ayunas; la tía Sylvie rebañaba el plato con la ayuda de un enorme zoquete de pan; Euryale miraba los rayos del sol que daban en su vaso; los Griboin se deslizaban silenciosamente de un lado a otro, como peleles montados sobre ruedas.

En el momento de franquear la puerta de la calle, me sobrevino el temor de que una intervención misteriosa impidiese poner en práctica mi plan.

Eché una mirada asustada a mi alrededor; pero nada se movía en la penumbra eterna del lugar. Solo, a lo lejos, el dios Termo me miraba con sus ojos de piedra blanca.

La calle me recibió con amplia sonrisa; en un rayo oblicuo de sol los gorriones se peleaban por un trocito de paja; a lo lejos ronroneaba la carraca de un vendedor ambulante.

De repente, otras caras surgieron en la dorada claridad de la tarde. Pertenecían a gentes cualquiera, que realizaban tareas vulgares, que no se volvían a mi paso; pero yo hubiera besado de buena gana todas aquellas mejillas desconocidas.

Sobre un puente, por debajo del cual corrían las aguas verdes de un río, un viejecillo pescaba con el anzuelo hundido en la corriente.

—A pesar del frío, he pescado dos sargos —me gritó cuando pasaba por su lado.

Ante el escaparate de una panadería, un panadero, cubierto de harina, repartía una hornada de panecillos todavía calientes, y en la ventana de una taberna, con las cortinas completamente descorridas, dos fumadores de pipa bebían, muy serios, sus vasos de gres azul desbordantes de cerveza.

Todas estas imágenes tan simples respiraban la vida a pleno pulmón. Aspiré el aire fresquito de la calle que parecía perfumado con el olor de los panes calientes y la cerveza,

y animado por la canción del río y la alegría del viejo pescador de caña.

Al volver la esquina del Quai de la Balise apareció nuestra casa, con sus postigos verdes cerrados.

La llave no funcionaba bien en la cerradura, pero al fin funcionó y la puerta se abrió chirriando ligeramente sobre sus goznes. Fueron los únicos reproches que me hizo aquella tranquila y acogedora casa por tan largo abandono.

Saludé a Nicolás Grandsire, corpulento y severo en su cuadro de marco dorado, y corrí al saloncillo, testigo de tantas horas de tranquilidad.

Un suave olor a casa cerrada y a espicanardo flotaba en el ambiente; pero, en la chimenea, los leños estaban preparados para prenderles fuego.

A las primeras llamas, la casa se despertó y se hizo acogedora. El amplio diván, sobre el cual Nancy amontonaba una inverosímil cantidad de almohadones, me invitó al reposo. Libros abandonados, pero jamás olvidados, mostraban sus lomos encuadrados detrás del cristal de un armario biblioteca.

Las figurillas intentaban hacer olvidar, por coquetería, que un poco de polvo empañaba su belleza. Cuando me acercaba, las caracoles rosadas poníanse a imitar el ruido del mar. Innumerables ternuras menudas se fundían en una sola para acogerme y retenerme entre ellas.

En un rincón de la chimenea descubrí la pipa de cerezo silvestre del padre Doucedame, así como su bote de tabaco de gres barnizado.

Yo temía las ásperas alegrías del tabaco, pero un pensamiento enternecido hacia mi maestro, mi excelente maestro, hizo que llenara esta pipa y la encendiera.

Me asombraré siempre de la forma triunfal con que entré en el paraíso de los fumadores: mi ser no conoció ninguna revulsión y, desde las primeras chupadas, mi gozo fue inmenso.

Fue el triple placer de mi libertad, reconquistada temporalmente; el decorado reencontrado y la solitaria iniciación al tabaco, lo que me hizo olvidar lo que yo esperaba...

Yo esperaba no sé qué; pero había abandonado Malpertuis en la certidumbre de esta espera.

Y esta certidumbre, la formulé en voz alta:

—Yo espero... Yo espero...

Tomaba como testigo las cosas que me rodeaban; pedía una respuesta a las figurillas vestidas de ligera capa de polvo, a los rugidos de las caracoles marinas, a las finas volutas del humo azul...

—Yo espero... Yo espero...

De repente llegó la respuesta: una tenue campanilla se agitó tímidamente en el vestíbulo de entrada.

Se me oprimió el corazón y, durante algunos instantes, el temor me retuvo cautivo en el diván, entre la delicia tibia de los cojines.

La campanilla repitió su llamada con más energía.

Me pareció que transcurría un tiempo muy largo desde el momento en que me levanté del diván y el que, tras pasar por delante del retrato de Nicolás Grandsire en el vestíbulo, abrí la puerta.

Una figura velada estaba allí, en la calma dorada de la tarde.

Entró sin hacer ruido; se deslizó, como una sombra por el vestíbulo hacia el salón donde la recién llegada se dirigió hacia el diván.

Cayeron los velos. Reconocí una sonrisa. Manos firmes me agarraron por los hombros, haciendo que me curvara, mientras unos labios ardientes se posaban en los míos.

Había venido Alice Cormelon...

Ahora sabía que era a ella a quien yo esperaba...

Que no podía ser más que ella...

Los leños encendidos soplaban, al aire, un perfume tórrido de resinas chamuscadas. El humo del tabaco olía a especias y a miel, y de los velos y de la ropa de Alice, que caían sobre la alfombra de lana áspera, haciendo *floc, foc*, se elevaba un vaho de rosas y de ambar que adormecía los sentidos.

* * *

El crepúsculo se deslizaba por la pendiente de los tejados en sombras; el fuego se convertía en ceniza y los espejos se llenaban de agua negra cuando Alice se peinó su larga cabellera de ébano y azabache.

—Hay que marcharse —murmuró, en un soplo.

—Nos quedaremos aquí —dije, apretándola ferozmente contra mí.

Ella se desprendió sin dificultad de mi abrazo. Bajo el maravilloso marfil de sus brazos, músculos sin desfallecimientos se hallaban al servicio de su voluntad.

—Entonces, volveremos.

Estaba ya demasiado oscuro para que yo pudiese leer en sus ojos.

—Quizá —suspiró.

La ropa volvía a tapar las formas que habían dejado al descubierto el adorable misterio desvelado.

De pronto, ella me cogió en sus brazos, temblando de terror.

—Escucha... ¡Andan por la casa!

Escuché y me estremecí a mi vez. Unos pasos lentos y pesados avanzaban, haciendo un sordo agujero en el silencio.

No hubiera podido decir si bajaba del piso o si subía de los sótanos. Su ruido llenaba el espacio, reinaba en él como dueño y señor, y, sin embargo, no despertaba sonoridades ni resonancias.

Avanzaba por el vestíbulo y, de repente, se detuvo delante de la puerta del salón donde Alice y yo estábamos, inmóviles, petrificados por el terror.

Esperaba ver abrirse, en cualquier momento, esa puerta, lentamente, girando sobre sus goznes; abrirse al misterio de aquel ruido.

No se abrió.

Pero en la noche, una voz sombría y lenta habló:

—¡Alecta! ¡Alecta! ¡Alecta!

Sobre la madera sonaron tres golpes espaciados. Mi corazón dio un salto dentro del

pecho, como si aquellos golpes golpearan el fondo de mi ser.

Alice titubeó, se irguió y, bruscamente, abrió la puerta.

El vestíbulo estaba vacío. La claridad tenue de la vidriera se deslizaba por él, como un rayo de luna olvidado.

—Ven —dijo Alice.

Nos encontramos en la calle a la hora agradable en que las luces se encienden.

—Alecta... —dije.

Dio un grito salvaje y me apretó el hombro hasta hacerme daño.

—Jamás, ¿lo oyes? ¡Jamás!... No pronuncies jamás ese nombre, si quieres evitar que la desgracia y el espanto caigan sobre ti...

En el rincón del puente, me abandonó sin una palabra de adiós y no supe qué camino tomaba para regresar a Malpertuis, puesto que se encontraba allí antes de mi regreso y yo no había perdido un minuto en volver.

Elodie recuperó la llave de mis manos, sin hacerme ninguna pregunta.

Me senté junto al fuego, donde los asados lloraban suavemente en las cacerolas.

—Elodie, me he traído la pipa del padre Doucedame y su bote de tabaco. Creo que gozaré extraordinariamente fumándolos.

El doctor Sambucque, que acababa de entrar y me había oído, aprobó mis palabras, diciendo:

—Pequeño, tus palabras me han agradado mucho. Al saber que vas a fumar en pipa, experimento la sensación de que un hombre más vive bajo los tejados de Malpertuis, ¡y Dios sabe que carecemos de ellos!

Elodie no dijo ni palabra., Era evidente que se hallaba de mal humor.

Abandoné la cocina seguido de Sambucque.

En el descansillo, el doctor me cogió del brazo.

—¡Escucha! —dijo.

A lo lejos se oían sollozos.

—Es Lampernisse que vuelve a empezar. ¡Las luces se apagan de nuevo!

Huyó con su paso menudo, saltando como un pajarillo.

En el vestíbulo me tropecé con Nancy.

Me llevó a un rincón, aquel donde reinaba el dios Termo, y me miró largamente a la claridad de la lámpara de cristal que allí ardía.

—¡Oh Jiji! ¿Qué sucede?... ¿Qué te ha pasado? Eres otro completamente... y hace apenas unas horas que me dejaste. Tú..., tú, de pronto, has adquirido una gran semejanza con el retrato de nuestro padre.

Posó sus labios sobre mis cabellos, pero se echó bruscamente hacia atrás, dando un grito de dolor.

—Hueles a rosa y a ámbar... ¡oh, mi Jiji!

Huyó en la oscuridad y la oí llorar violentamente.

Permanecí en mi sitio sin moverme, acodado en el zócalo del dios de piedra, cuando una voz triste, de una tristeza desgarradora, se alzó en las tinieblas:

—La diosa llora... ¡Han robado la luz a sus ojos y a su corazón!

La noche se acabó en el salón en rotonda: ajedrez, *whist* y bordado..., bordado, *whist* y

ajedrez.

Alice no cometió ninguna falta en el juego y fue felicitada. Se ruborizó de placer.

Euryale se levantó, dejó caer el lápiz que manejaba suavemente y dio la vuelta a la mesa.

Cuando llegó detrás de Alice, se detuvo y pareció como si se interesase en sus cartas. Pero no eran los naipes lo que atraían sus miradas, me di cuenta en seguida, sino el cuello de Alice, ese cuello blanco, un poco largo, infinitamente gracioso, de donde mis labios se habían apartado con tanto trabajo.

El cuerpo de Euryale trepidaba de vida maligna, sus manos se alzaban, subiendo hasta la altura del cuello de Alice.

Alice no dejaba de sonreír, con el pensamiento ausente, ignorando la ira muda de mi prima.

Yo no experimentaba temor alguno. Un orgulloso triunfo estallaba en mi corazón.

—¡Está celosa! ¡Euryale está celosa!

No me preguntaba si ella estaba al corriente de mi aventura amorosa. Lo único que podía hacer era sentir un inmenso júbilo en mi interior.

—¡Está celosa!

Por un momento, me hubiera gustado ver sus garras engarbarse en el cuello de Alice, pero nada de eso ocurrió. Las manos de Euryale volvieron a descender y se desvanecieron entre los pliegues de su vestido negro. Continuó su lenta vuelta a la mesa y se deslizó detrás de mí.

Yo tenía la mirada fija en el espejo de enfrente. Por falta de claridad, se encontraba en la penumbra.

De repente, dos espantosas luciérnagas agujerearon su oscuridad, y volví a ver, por segunda vez, los terribles ojos de tigre que me miraban fijamente; pero en esta ocasión, en lugar de dejar fluir enigmáticos fulgores de ópalo, ardían de indescriptible rabia.

No volví la cabeza.

CAPÍTULO V

MUTIS DE DIDELOO... MUTIS DE NANCY... MUTIS DE TCHIEK

Existen crímenes que solo Dios puede vengar.

El libro de Enoch

Por tercera vez deslicé en la mano de Alice, al pasar junto a ella en la escalera, una notita en la que le pedía una segunda cita en la casa del Quai de la Balise.

—Pon tu respuesta debajo del busto del dios Termo —le supliqué como final.

El dios Termo y Cupido, príncipe de los amores, son dos.

A la tercera petición, apremiante y dolorosa, un trozo de papel cuadrado llevaba impresa una breve y única respuesta:

«¡No!»

Todos mis intentos por llegar a celebrar una entrevista con la más joven de las Cormelon fracasan.

Espío a Alice como una presa.

Ella se aparta de mí con una habilidad que sugiere la malicia, hasta el momento en que, por casualidad, me entero de la razón de su negativa y acaba por destrozarme el corazón.

Fue uno de esos días neutros que nada turban el extraño sueño de Malpertuis, que todo lo que la casa encierra de misterioso y terrible está ausente o sometido a la oscura ley de la tregua.

En el salón amarillo donde nos instalamos rara vez, tan hostil es para nosotros, el tío Dideloo escribía apresuradamente.

La puerta se hallaba entreabierta y le vi inclinado sobre su escritura, la frente húmeda, los ojos febriles.

Por fin, con ademán nervioso, secó con el secante la hoja escrita, la metió en un sobre y abandonó de prisa la habitación.

Cuando él se marchó, entré yo y me apoderé del secante.

La letra del tío Dideloo era grande y clara, trazada además con una pluma de oca bastante gruesa, lo que hacía que el secante la reprodujera fielmente al revés.

De eso a ponerla delante de un espejo no había más que un paso. Mi corazón, mi pobre corazón de veinte años.

«Mi Alice adorada:

»Quiero volver a verte. Pero nuestras entrevistas en el propio Malpertuis se hacen cada vez más aventuradas. Tengo que decirte que nadie nos ve; sin embargo, noto ojos atentos y cuán dañinos fijos en nosotros desde el fondo de las sombras. Tenemos que

evadirnos durante algunas horas de esta casa peligrosa. He buscado un techo que cobije nuestras ternuras y, al fin, lo he encontrado.

»Retén bien la dirección: calle de la Tête Perdue, siete.

»Se trata de una callejuela que casi todo el mundo ignora y que empieza al fondo de la plaza de Ormes, para terminar en el Pré-aux-Oies.

»En el número siete de esta calleja vive la tía Groulle, una anciana medio sorda y medio ciega que adora el dinero; pero no lo suficientemente sorda para no oír los tres campanillazos que le hacen abrir la puerta a cualquier hora de la noche. Ella te abrirá, pues, aunque llames a medianoche, y no te reconocerá, ni siquiera te mirará. Subirás la escalera que se encuentra delante de ti; dos puertas dan al descansillo.

»El dormitorio, *nuestro dormitorio*, es el que da sobre el jardincillo; no podrá menos de agradarte. En la época de su antigua gloria, la tía Groulle tuvo que ser mujer de muy buen gusto.

»Te espraré esta noche a las doce en punto. No es difícil abandonar Malpertuis, donde el sueño es general a las diez de la noche, cuando no se insiste demasiado en el *whist*.

»Esto es un deseo... ¡Ay, mi Alice adorada, no me obligues a convertirlo en orden! En tal caso te llamaría Alecta...

»Tu *Charles*.»

Dejé caer el secante revelador de tanta felonía y corrí al jardín a ocultar mis lágrimas de rabia y de vergüenza.

No fue hasta que se hubieron secado al áspero viento del Norte que sacudía los árboles, cuando recordé la última frase y su amenaza:

«¡En tal caso, te llamaría Alecta!...»

¿Por qué ese nombre, tan similar al de Alice, llenó de ira los aterrorizados ojos de Eleonore Cormelon?

¿Qué voz misteriosa lo pronunció en el crepúsculo de nuestra casa del Quai de la Balise, y por qué Alice gritó de espanto, hasta el punto de amenazarme?

Las penas del corazón no están exentas de acre voluptuosidad. No me di cuenta de ello hasta que regresé al salón amarillo para volver a leer las frases que me habían causado tanto daño.

Ya no estaba allí.

No me preocupé del asunto, ya que supuse que el tío Dideloo habría recordado su imprudencia y se lo habría llevado.

Durante la comida vi a Alice: un ligero rubor en sus mejillas y un poco de fiebre en sus ojos me dieron a conocer que la carta había llegado a su destino.

Por otra parte, la actitud triunfal del tío Dideloo no me dejó duda de cuál había sido la respuesta.

¡Alice aceptaba la aventura galante de medianoche!

Quizá todo hubiera terminado para mí en una crisis de lágrimas, un poco de rencor y un olvido saludable, si Dideloo, envanecido por su victoria, no se hubiese burlado imprudentemente de mi juventud.

El doctor Sambucque, en vena de discusión filosófica, se puso a discurrir sobre las virtudes de la edad adulta, invocando *De senectute*, de Cicerón.

Dideloo lo aprobaba, exagerándolo.

—¡Y decir que los educadores —crítico— dejan esta obra maestra en manos de mocosos de la categoría de nuestro Jean-Jacques! ¡Ah! ¡Eso es algo que podría calificarse de inútil! ¡Como si se arrojaran rosas a los puercos!

Enrojecí de ira, lo que pareció complacerle mucho.

—No te enfades, pequeño —concluyó con tono suave y protector—. Aún te quedan el trompo y los güitos para jugar.

Apreté los dientes y abandoné bruscamente el comedor, donde le oí reírse a carcajadas.

—¡Canalla! —gruñí. —Ya veremos qué piensas cuando...

Otra vez mi plan fue vago y confuso, no precisándolo hasta la hora de la cena, cuando volví a ver a Alice.

Los celos me taladraban el corazón; el rencor se me subía a la cabeza como vino traidor.

Aquello decidió la aventura...

* * *

En la esquina de la calle del Vieux Chantier, un sereno, portador de un chuzo, cantó las once y media cuando yo cerraba la puerta a mi espalda.

El tío Dideloo había profetizado bien el momento del sueño en Malpertuis: a partir de las diez todo quedó tranquilo y oscuro en la casa, a parte de las sempiternas luces que estrellaban los pasillos y que ningún espíritu de las sombras iba a amenazar.

Una fiesta cualquiera animaba aún a la ciudad, porque detrás de las ventanas iluminadas de las tabernas se oían canciones y risas y, a veces, me cruzaba con borrachos que hablaban a la luna.

Por aquí y por allá, al fondo de las calles desiertas, lucían aún algunos fuegos mortecinos de farolillos venecianos.

Para llegar a la plaza de Ormes tenía que atravesar una calle de dudosa reputación, donde se daban codo con codo las tabernas vergonzosas. En el umbral de una de ellas un grupo de máscaras me interpeló:

—¡Eh, guapo mozo, invítanos a beber!

Continué mi camino sin volver la cabeza, perseguido por insultos y bromas groseras.

La calle se acababa en la oscuridad, a lo largo de una hilera de casas tristes, iluminadas por un farolillo suspendido.

A su claridad, un noctámbulo se hallaba inmóvil, con los ojos alzados al cielo. Iba vestido con un manto negro provisto de capuchón y, al acercarme, vi que él también participaba de la fiesta que acababa, puesto que su cara estaba cubierta con una careta.

Pero ¡qué careta!

Recuerdo que, cuando niño, Elodie quitó de uno de mis libros de imágenes un grabado que representaba al demonio pintando caretas. El Maligno se inclinaba sobre una

cara de cartón que él transformaba, con rápidas pinceladas, en un horror sin nombre.

Sólo de entrever brevemente aquel dibujo me dieron ataques y Elodie lo sustrajo para siempre de mi horrorizada atención.

Ahora bien: la careta que se alzaba hacía las estrellas lo evocaba de una forma tan escalofriante que di un salto de lado.

El solitario no se movió ni pareció darse cuenta de mi presencia ni de mi terror.

Estaba pegado contra la pared, con la cabeza levantada, y la luz del farolillo bañaba la espantosa mueca de su falsa cara.

Le pasé a buen paso.

Cuando llegué a la esquina de la calle, volví la cabeza: había desaparecido.

Me encontraba en la plaza de Ormes; las casas estaban separadas, dejando sitio a algunos árboles y al descubierto un trozo de cielo donde reinaba la luna en cuarto creciente.

Durante un instante desapareció la luna al pasar por delante de ella una enorme sombra. Sin embargo, ninguna nube empañaba la pureza de este cielo satinado.

La sombra pasó por encima de los árboles. Luego, por encima de las casas.

Algo cayó al suelo, delante de mí, con ruido fofó: vi una lechuza muerta, cuyo vientre plateado sangraba.

* * *

Llamé tres veces en el número siete de la calle de la Tête Perdue; una vieja me abrió, agarró sus dedos al coger las monedas de plata que le tendía y me volvió inmediatamente la espalda.

Una escalera de estrechos peldaños e iluminada con una lámpara veneciana conducía al primer piso.

En alguna parte del piso bajo, la vieja se puso a decir en voz alta cosas extrañas, dirigiéndose a su gato.

Inclinándome sobre la barandilla de la escalera, podía verla hundida en un enorme sillón de peluche, con el gato, que ella llamaba Lupka, sobre las faldas.

Me daba cuenta de que, desde hacía años, la luz había desaparecido en gran parte de sus ojos y de que la vieja vivía en un continuo semisueño que le hacía inútil el descanso total.

Cuando la campanilla sonaba, un estremecimiento recorría el lomo de Lupka, y la vieja sabía que debía recibir visitas y dinero.

¡Oh, sí! Eran cosas extrañas las que ella salmodiaba.

—Los dioses le toman gusto a la vida, Lupka, pero no a la vida detestable de los hombres y nada más que a sus placeres... ¡Está bien hecho, está bien hecho, y yo me regocijo por ello! ¡Atención! No te gusta que te lo diga... ni a Él tampoco, pero yo me burlo de todo... porque fue mi parte triste... Tres veces el agua de terciopelo ha corrido sobre tu piel, Lupka. He abierto, y él me ha puesto una moneda de oro en la mano. El oro está caliente y, a través del casco de mi carne, acaricia mi corazón. La plata está más fría y su tibieza no sube tan alto por mis venas. ¿Cómo es el hombre que mis ojos se niegan a ver?

Dímelo, Lupka, puesto que tus estremecimientos son tu lenguaje. Bueno, bueno, ya lo sé ahora: Una babosa pegada a la rueda del destino, sobre la cual se alza el pie de Dios... He recibido oro, caliente como el amor... y la mano que rozaba la mía no era, en realidad, la de un hombre. Poco me importa... ¿Quién pretende oponerse a la marcha del destino?... ¿Quién es él?... ¿Dónde está?... ¿Qué hace?... Qué me importa, digo; pero, puesto que esta noche el soplo que anima la selva de tu maravillosa piel es muy charlatán, no puedo por menos de prestarle oídos. ¿Una llama que palpita al viento del dolor y del temor?... ¿Cómo dices?... ¿Se mueve en la otra habitación, atento a todo lo que pasa o pasará en la de al lado? ¡Ah, Lupka! Hubo un tiempo en que eso se traducía por una sola palabra: ¡Juventud!... ¡Cállate, cállate! Te prohíbo que veas, Lupka... Ésa no ha tirado por tres veces de la campanilla del amor, ni lo necesita. No ha dado oro, porque no he debido abrirle la puerta. ¡Cállate, cállate! Las chispas refulgen sobre todo tu ser, y tú, que eres un demonio, le rindes un terrorífico homenaje. ¡Ajá! Tres campanillazos. Tengo que abrir... Lo demás pertenece a la noche.

Así soliloqueaba, en los confines del sueño, la tía Groulle.

* * *

Por la caja de la escalera subían ruidos.

Abandoné mi puesto de observación, no sintiendo ya ningún interés por aquellas vanas palabras y reprimiendo la náusea que me subía a los labios ante tanta caducidad.

Alcancé el dormitorio que daba al jardín.

Como la puerta estaba entreabierta, entré. Estaba vacío.

Con el corazón traspasado, reconocí que el canalla de Dideloo no había mentido ni exagerado al prometer a Alice un nido digno del amor.

Me pregunto aún cómo esta casa, baja y fuliginosa, donde el aire manchaba, donde todo olía mal, podía albergar, bajo su techo musgoso, tal maravilla de cálida ternura.

En candelabros de nácar ardían velas veladas de una capa de seda transparente; el fuego de menudos leños crepitantes danzaba, rosa y azul, en el fondo de una chimenea de mármol exótico.

Se precisaba algún tiempo para que los ojos descubrieran formas exactas de muebles. Todo era blanco, malva y delicado, como en el corazón de una enorme bola de nieve.

Un olor obsesivo a nardos flotaba en el cálido ambiente, y sobre una consola de plata, una clépsidra contaba los segundos con la caída cristalina de sus lágrimas.

Durante unos minutos permanecí quieto bajo el influjo del encanto hasta que me di cuenta de que en este decorado de sueño azul iba a morir mi primer amor; pero el áspero sentimiento de los celos quedó reemplazado inmediatamente por otro: un terror sin nombre reinaba en aquella atmósfera de abandono.

Notaba, sin embargo, que yo permanecía ajeno a esta inconmensurable angustia; que ella actuaba aparte de mí; que, aunque me rozaba, ella perseguía otro designio.

Sentí un deseo violento de advertir a Alice y hasta al tío Dideloo del peligro que yo presentía; pero una voluntad opuesta a la mía se apoderaba ya de mis acciones.

Abandoné la habitación retrocediendo y, como un sonámbulo, gané la otra estancia.

Los pasos se acercaban en la escalera.

¡Puaf!

Una cloaca sucedía al Edén blanco y malva. Por las ventanas, que no velaban ni cortinas ni postigos, un insolente rayo de luna iluminaba sin vergüenza la fealdad y la sordidez del lugar.

La puerta de mi refugio estaba abierta y la lámpara veneciana alumbraba el descansillo. La figura del tío Dideloo se dibujó sobre el confuso fondo desprovisto de color.

Me pareció feo y ridículo dentro de su grueso abrigo-capa con esclavina y con su sombrero de fieltro rígido.

Mientras subía las escaleras silbaba uno de esos ritmos vulgares que me habían seguido por las calles en fiesta.

Le oí rezongar de placer al entrar en el dormitorio maravilloso y un instante después, con enorme rabia por mi parte, comenzó a cantar, con su voz temblona, *El Cantar de los Cantares*, del pobre Mathias Krook.

—*Yo soy la rosa de Saaron... Tu nombre es como un perfume derramado...*

¡Ah, el miserable!

A esta canción tan emotiva, sagrada por la sangre de Mathias, añadió de su colete unas estrofas crapulosas que me sublevaron el corazón:

—*Perfume derramado, derramado.*

Turlututu, turlututu...

Treinta y seis piernas hacen dieciocho...

Se necesitaba la grandeza del espanto para impedirme correr hacia él, arrojarle mi desprecio a la cara y abofetearle con toda la fuerza de mi brazo.

Pero el espanto llegó...

Una forma negra, inmensa, subió silenciosamente los escalones, traspasó la barandilla de la escalera, se deslizó hacia la cámara del amor donde Dideloo continuaba blasfemando...

Reconocí la repugnante máscara de la calle.

Pasó por delante de mi puerta y el rayo de luna lo inundó.

Entonces vi que lo que había tomado por una careta de cartón era una realidad alucinante.

El capuchón había caído hacia atrás y dejaba al descubierto la cabeza del intruso en todo su horror. Era enorme, de blancura de tiza y agujereada por dos pupilas sangrientas donde vacilaban llamas. La boca, inmensa y negra, se reía burlona dejando al descubierto una dentadura de felino, con caninos desmesurados, que lamía una lengua bífida.

Un vapor negro formaba una monstruosa aureola alrededor de esta máscara infernal. Lo vi subir y bajar como la pez en ebullición y puntearse, de repente, de innumerables ojos fijos y crueles: serpientes saqueadas de tinieblas se retorcían y se peleaban alrededor de esta cabeza demoníaca.

Aquella monstruosidad quedó por unos instantes inmóvil, como para dejarme tiempo de llenar mi visión con su fealdad sin límites. Luego, arrojó al suelo su manto, y unas alas membranosas... y unas garras de hierro relucientes, aparecieron.

Con un aullido que hizo tambalearse toda la casa, se lanzó como un rayo dentro de la habitación donde Dideloo cantaba.

* * *

A mi vez, lancé un grito de terror y quise salir corriendo de la habitación. Hasta creo que, a pesar de mi indecible espanto, quise llevar mi socorro al desgraciado Dideloo.

Algo me retuvo.

Estaba apoyado en mi brazo y pesaba como el plomo.

Era una mano grande y muy bella, como esculpida en marfil antiguo.

Salía de la oscuridad y no veía más que a ella.

Me atrajo lentamente hacia la ventana y vi el cielo. Estaba presa de un inverosímil tumulto. Vi alas gigantescas moviéndose a los rayos de la luna; ojos, encendiéndose de un violento furor rojo; seres monstruosos agarrándose como garfios al espacio asediado...

En el centro de estas formas atormentadas por rabia infernal, a poco espacio del suelo, se debatía con desesperación un ser humano. Reconocí al tío Dideloo.

Grité; pero unos truenos y unos rayos ahogaron este débil grito de angustia.

La mano de marfil ya no pesaba sobre mi brazo. Sin embargo, la veía aún, alejándose de mí, como una llama blanca.

Pero ahora formaba parte de un cuerpo, que se silueteaba de forma vaga en la oscuridad de la habitación.

Una larga levita... una barba plateada, grandes ojos severos y, al mismo tiempo, infinitamente tristes...

—¡Eisengott!

Ya no había nadie para responderme. El fantasma se había desvanecido.

Sollozando, me lancé fuera de la detestable casucha.

La tormenta había cesado bruscamente. El cielo era purísimo, al esplendor brillantado de las estrellas y a la suavidad lunar.

Corrí hacia la plaza de Ormes y, desde lejos, vi el cuerpo tendido del tío Dideloo.

Pero no me acerqué.

Una figura rechoncha se destacaba de la sombra de los árboles.

Reconocí al primo Philarete.

Anduvo hacia el cadáver, lo alzó sin emoción y se lo llevó.

* * *

¡Y nadie habló más del tío Dideloo!

¡Nunca!

¿Bajo el dominio de qué misteriosa voluntad vivíamos, para no ocuparnos más de él, como si no hubiese sido uno de nosotros, como si jamás hubiese existido?

En la mesa, y a partir de entonces, la tía Sylvie se sentaba al lado de Rosalie Cormelon, antes vecina del tío, y eso parecía la cosa más natural del mundo.

Una vez que estábamos solos en la cocina, pronuncié el nombre del desaparecido

delante de Elodie.

Ella me contestó, sin levantar los ojos, que tenía fijos en el fuego:

—¡Recemos! Nos hace falta rezar mucho en esta vida.

Cuando se acercaba la Navidad, mi hermana Nancy nos abandonó.

Lo hizo de la forma más sencilla.

Una mañana que tomábamos el café en la cocina, Elodie, el doctor Sambucque y yo, Nancy entró vestida con un sencillo manto de lana y llevando un saco de viaje en la mano.

—Os dejo —dijo—. Renuncio a todas las ventajas que me habían prometido. Si Dios quiere, velaré desde lejos por ti, Jiji.

—Que Dios te acompañe —murmuró Elodie sin manifestar el menor asombro.

—¡Adiós, querida! —dijo Sambucque, mientras mordía una galleta untada en mantequilla.

La alcancé en la escalera y la retuve por uno de los pliegues de la capa; pero me rechazó suavemente.

—Mi destino no es quedarme aquí, en Malpertuis. Sin duda, tampoco es el tuyo, Jiji —dijo, muy seria.

—¿Regresas a nuestra casa del Quai de la Balise, Nancy?

Movió su espléndida cabeza negra.

—¡Oh, no! ¡Oh, no!

Partió sin volverse y la puerta de la calle retumbó tras ella con ruido definitivo de trueno.

Me dirigí a la tienda de pinturas: estaba vacía.

Toneles, vasos, balanzas, cajas y botellas... todo había desaparecido.

Oí como un roer de ratón en un rincón y allí encontré a Lampernisse, vaciando su escudilla de comida.

Le conté la marcha de Nancy, pero no pareció oírme, tanto placer demostraba en su pobre comida.

Después de esto, con un tiempo de hielo y nieve, llegó Nochebuena y Navidad.

* * *

Antes de referirme a esta noche memorable, que trajo a las otras personas la paz y la esperanza, pero que vertió sobre Malpertuis oleadas de inmundo terror, conviene que relate un doble intermedio que aumentó mi turbación y mi temor.

Lo más corriente era que yo vagase por toda la casa, donde todo el mundo se evitaba fuera de las ineludibles horas de la comunidad de las comidas.

Dos o tres veces, este vagabundaje sin objeto me condujo al último piso, al pie de la escalera que conducía a la trampilla de las buhardillas.

No la alcé.

Detrás de esa barrera reinaba el silencio, aunque me parecía escuchar, a veces, pasos muy ligeros que hubieran podido tomarse por huidas asustadas de ratones o despertares furtivos de murciélagos atrancados por unos instantes a su somnolencia invernal.

Sentado en los escalones bajos de esta escalera, esperando un no sé qué que tuviese la

habilidad de arrancar de mi mente la inquietud y el abandono que oscurecían mi vida, sacaba del bolsillo la pipa del padre Doucedame y solicitaba un poco de olvido a la moderada delicia del tabaco.

Durante uno de estos minutos de relativa euforia, se abrió una puerta con precaución y oí murmullo de voces.

—Pues bien, Sambucque, ¿estaba equivocado, o no?

Era el primo Philarete. Hablaba de una forma que me pareció llena de ansiedad.

—Sí, diríase que sí... —respondió el doctor—. Efectivamente, es el olor de su condenado tabaco holandés. Solo él es capaz de fumarlo.

—Le digo que el padre Doucedame ronda por aquí. ¡Hay que desconfiar de ese clérigo!

—¡Hace ya dos semanas que no viene! —gruñó el anciano médico.

—Te digo, Sambucque, que hay que desconfiar de él. ¡Un Doucedame siempre es un Doucedame aunque lleve sotana!

—Paciencia, amigo mío. De todas formas, ya no faltan muchos días para la noche de la Candelaria.

—¡Chiiis! Dices cosas imprudentes, muy imprudentes, doctor, cuando toda la casa está ahora impregnada del olor de ese detestable tabaco.

—Te digo...

—¡No digas nada!

La puerta volvió a cerrarse con violencia.

Un rumor grave subía del piso bajo, entrecortado de rabiosos «¡Tchiek! ¡Tchiek!».

Era día de limpieza y la Griboin debía guiar al informe doméstico por los pasillos.

Las enormes pisadas de la vigorosa masa de carne llegaban ahora hasta mis oídos; de repente, cesaron.

Me incliné por encima de la barandilla de la escalera para ver a la Griboin en el preciso momento que daba media vuelta bruscamente y volvía a bajar los escalones de cuatro en cuatro, abandonando a su ayudante.

Tchiek estaba en pie inmóvil, como un autómatas cuyos resortes se han roto de pronto, con las piernas separadas y los brazos colgando.

Abandoné mi observatorio y me acerqué a él hasta rozarle.

—¡Tchiek! —murmuré—. ¡Tchiek!

No se movió. Le toqué la mano y la noté fría y dura como una piedra.

—¡Tchiek!

Mi mano rozó su frente.

La retiré con repugnancia. Tocaba de nuevo piedra helada, pero esta vez viscosa, como si acabase de ser extraída de un sumidero.

—¡Chiiis!... ¡Atención, amito!

Levanté la cabeza súbitamente. Lampernisse se inclinaba por encima de la barandilla de la escalera a medio metro de mi cara.

—¡Atención, amito, la Griboin vuelve!

—¿Qué es eso? —pregunté en voz baja, señalándole la repugnante estatua de carne. Se echó a reír.

—¡Nada!

—Pero, ¿entonces...?

Lampernisse reía a carcajadas.

—Dentro de un rato, cuando la Griboin haya terminado con él, no tienes más que bajar al jardín. ¿Sabes dónde se encuentra la pequeña cochera de madera donde Griboin guarda sus aparejos de pesca?... ¿Sí? Pues bien, levanta sus redes. Pero ya te lo digo: no es nada..., nada...

Y como permanecía frente a él, indeciso y descontento, recobró ese aire misterioso-confidencial que le vi un día en las proximidades de las buhardillas.

—Nada... Pero fue algo grande, enorme. Este bruto levantaba montañas con la misma facilidad con que hoy acarrea los cubos de agua para la Griboin. ¡Ebrio de poder y de orgullo, emprendió la más formidable de las rebeldías! Tchiek... Tchiek... es el ruido que hacen los cuerpos de los vencidos que se deslizan en él abismo... Tchiek... Tchiek... ¡Apenas el chillido de un pájaro moribundo!

Huyó de pronto y cesó de reír, porque la Griboin volvía.

Retrocedí en la oscuridad y un instante después oí de nuevo los «¡Tchiek! ¡Tchiek!» de la informe criatura.

Por la tarde seguí el consejo de Lampernisse.

La cochera se encontraba en la cercanía de la alta tapia que rodeaba el amplio jardín de Malpertuis. La puerta, carente de picaporte y de cerradura, estaba entreabierta.

Los aparejos de pesca del tío Griboin se encontraban allí cuidadosamente alineados en un rincón, al lado de algunos aperos de jardinería y de una carretilla fuera de servicio. En otro rincón, gruesas redes oscuras se amontonaban hasta gran altura.

Las levanté y mis manos temblaron al tocar un tosco sombrero de duro fieltro.

Tchiek estaba allí, comprimido sobre sí mismo, frío e inerte.

—Ya te lo dije: ¡nada!

Me volví y vi a Lampernisse blandiendo un dardo mohoso.

—Nada... nada... ¡Mira!

Antes que pudiese detener su mano, el dardo golpeó de lleno la cara de piedra.

Grité de terror cuando oí un silbido de serpiente y vi a Tchiek desplomarse y desaparecer.

—¡Ya has visto! —exclamó triunfal Lampernisse.

En medio de las redes de gruesa cuerda oscura no había ya más que una piel arrugada mezclada con un sayal pringoso.

—Lampernisse —supliqué—, es preciso que me explique lo que acaba de suceder.

—He demostrado que él era... nada —se rió Lampernisse.

Pero, de repente, volvió a mostrarse desagradable y reservado.

—Un esclavo, y es justicia... ¡Bah! Philarete, ese innoble lacayo de Cassave, se ocupará de ello así es que vale aún la pena —gruñó, mientras me dejaba.

Volví a la casa.

Cuando subía la escalinata de entrada, sentí una caricia helada en mi mejilla.

¡Los primeros copos de nieve volteaban en el crepúsculo!

CAPÍTULO VI

LA PESADILLA DE NOCHEBUENA

¿Quién quiere turbar los designios divinos con discursos sin fondo?

ZACARÍAS

¿Qué serían los dioses sin el espanto?

Imitación de la Escritura

Llegó la víspera de Navidad desprovista de la gozosa ansiedad de la cercana fiesta grande.

Yo había encontrado la cocina, aquella mañana, oscura y fría, con el fuego, apagado.

Llamé a Elodie. No me contestó y comprendí que ella también nos había abandonado, marchándose sin decirnos adios, sin echar una mirada atrás, a todo lo que había amado.

Al mediodía, los Griboin sirvieron un almuerzo detestable, que nadie tocó.

Algo indefinible flotaba en el ambiente.

¿Temor?

¿Angustia de espera?

¿Anuncio de desgracia? ¡Qué sé yo!

El doctor Sambucque, encogido en su silla, parecía una comadreja, escuálida y arisca, aprestándose para dar la dentellada final.

El primo Philarete me miraba fijamente con sus grandes ojos glaucos, pero no me veía. De eso estaba yo completamente seguro.

Las Cormelon eran sombras inmóviles. Como a contraluz, no podía verles las caras.

Tía Sylvie, con la espalda pegada al respaldo de su silla, dormía con la boca abierta, los dientes brillantes...

Euryale...

Su silla estaba vacía. Sin embargo, hubiese jurado que, un momento antes, ocupaba su sitio acostumbrado, con su triste vestido de *madelonnette*, los ojos perdidos en el vacío u obstinadamente fijos sobre un dibujo del mantel o de su plato.

Me volví y vi a los Griboin en su puesto, junto a las mesas del postre, con las caras de una blancura repulsiva.

Es posible que el reflejo de la nieve fuese la causa de eso.

Esta nieve que, desde hacía días, se amontonaba con toda su paciencia blanca, ya no caía más que a ligeros copos.

Experimenté deseos de sacudir la inmensa torpeza que pesaba sobre todos nosotros

y, con enorme dificultad, logré articular algunas palabras:

—¡Mañana es Navidad!

—¡Ding!

El reloj dio una campanada estridente.

La Griboin acababa de poner sobre la mesa un budín de uvas, que quedó intacto.

Observé que todos los ojos estaban fijos en este compacto e incombible postre.

—¡Ding! —volvió a dar el reloj.

El budín ocupaba el centro de una gran fuente de estaño mate, adornada de figurillas masivas. Mis miradas se aferraban a una de ellas.

Esta fuente figuraba, corrientemente, sobre la mesa a la hora de los postres y jamás solicitó mi especial atención ni la de los otros, creo; sin embargo, en aquel momento, parecía haberse convertido en el centro de una angustiosa preocupación, cuya razón trataba en vano de buscar yo.

—¡Ding!

La que ahora daba era la última campanada de las tres.

Ella desató el ataque de las fuerzas del mal que Malpertuis guardaba encerradas.

—¡Ah!

¿Fue un suspiro o un estertor lo que se escapó de todos los pechos apretados en el estuche del espanto?

¿Suspiro de alivio ante una cosa tangible al fin?

¿Estertor de terror ante esta primera manifestación de la ira infernal?

La figurilla se destacó de la fuente.

Vi un hombrecillo, rechoncho y torpe, como si todo él estuviese construido de estaño y plomo. Su cara, para no ser más grande apenas que un dedal, era tan repugnante que su vista dañaba los ojos. Con los brazos alzados en ademán de locura rabiosa, corría sobre el mantel, dirigiéndose a Philarete. Y entonces me di cuenta de que le faltaban las manos.

El taxidermista no se movía. Tenía los ojos fuera de sus órbitas y la boca se le había abierto completamente en un grito de locura que nadie oía.

El monstruoso monigote se acercaba a Philarete cuando una mano gigantesca hendió el aire y cayó sobre él.

Oí el ruido repulsivo de un huevo al aplastarse y una gran mancha púrpura estrelló la blancura del mantel.

La formidable y justiciera mano se retiró y se ocultó en la oscuridad de un amplio vestido, el de Eleonore Cormelon.

Sambucque estalló en risa frenética, que le hacía retorcerse en todo su ser.

—¡Bien hecho! —exclamó, hipando de tal forma que la baba se le desparramó por la boca.

—¡Hazle callar, Griboin! —ordenó una voz terrible.

Y vi a Rosalie Cormelon extender una mano tan grande y tan fea como la de su hermana mayor.

—¡En realidad, él no es de los nuestros! —continuó la voz.

La figura leñosa de Griboin se destacó de la pared.

Le vi inclinarse, abrir la boca y *soplar un haz de llamas rojas* sobre el cuerpecillo

contorsionado del doctor... Después, en la silla de cuero no hubo más que una extraña forma cenicienta que echaba humo. Me puse a gritar con todas mis fuerzas.

—¡Es un sueño, es una pesadilla!... ¡por amor de Dios, que me despierten!

Un fantástico oleaje se llevó todo lo que me rodeaba; todas las figuras se fundían, rodaban las unas sobre las otras. Las tres Cormelon, reunidas en una masa compacta de velos, saltaban a través del espacio como una gruesa bola de bruma negra donde hormigueaban indistintos horrores. Durante algunos segundos vi el rostro lívido y suplicante del primo Philarete, reemplazado inmediatamente por el de la tía Sylvie, plácido y dormido.

Luego, la cabeza de Griboin surgió fosforescente.

De pronto, me sentí agarrado por los pelos y echado violentamente hacia atrás.

Cuando recuperé la noción de las cosas, corría por el amplio vestíbulo de la casa al lado del primo Philarete.

—De prisa, de prisa —me soplab—. A la tienda... Allí podemos defendernos aún.

—Pero, ¿qué pasa? —supliqué—. Oh, primo, dime que estamos soñando...

—¡Dios sabe! —gimió, empujando la puerta de la antigua tienda.

Estaba tan clara y tan tranquila que me parecía llegar a un abra maravillosa tras la tempestad más atroz. El gas ardía con una bonita llama y Lampernisse, sentado sobre el mostrador, nos miraba llegar con aire bonachón y muy contento de sí.

—Lampernisse —dijo Philarete—, tenemos que aceptar la batalla, pero temo que sea muy desigual, compadre.

Entonces comenzó entre los dos hombres un corto pero incomprensible diálogo.

—Tú no eres de los suyos, Philarete; pero la sombra de Cassave te protege aún.

—¡Tú sí eres de los suyos!

—¡Ay!.. Pero tendré, no obstante, la peor parte.

—Yo te salvaré, Lampernisse.

—No eres tú, pobre Philarete, quien podrías cambiar el destino, asentado sobre el granito de los siglos.

—¡A mí!...

—¿A quién te diriges?... ¿A esos?... Vamos, tú sabes muy bien que son menos que el soplo del viento en los árboles.

Lampernisse había levantado la mano y su dedo señalaba hacia la parte menos iluminada de la oficina.

Tres hombres estaban sentados allí, inmóviles.

Uno de ellos me sonreía tristemente; el otro evitaba, vergonzoso, mi mirada; el tercero era más inerte que la misma piedra, y grité de loco terror.

Acababa de reconocer a Mathias Krook, al tío Dideloo y al informe Tchiek.

Lampernisse se rió estridentemente.

—Míralos, mi amito... ¡Y decir que Philarete se ha creído Dios, arrancándolos de la muerte!... ¡Mira!

Hinchó las mejillas y sopló sobre los Lázaros.

Una vida especial los animó inmediatamente. Pusieron a moverse, a balancearse, a tropezarse como harían bolas de goma, y, de repente, se elevaron, de un salto, hasta el

techo, donde quedaron pegados.

—¡Pellejos! Nada más que pellejos dentro de los cuales se sopla como si fueran caracolas. ¡Pobre, pobre Philarete!

Pegué la cara contra el suelo cuando un espantoso clamor se elevó en la casa.

—Ahí están, no podemos nada contra ellos. A menos que...

La puerta fue arrancada brutalmente de sus goznes y, en la oscuridad del vestíbulo, vi tres espantosos rostros, parecidos a los que había visto en la casa de la tía Groulle, que venían por nosotros.

* * *

Seis garras de hierro, seis ojos de fuego líquido, seis alas de dragón estaban allí, aprestándose a interpretar su papel infernal en la comedia.

Pero, contra lo que se esperaba, los monstruos no franquearon el umbral.

Una voz potente, que creí reconocer, tronaba en el espacio.

—¡Navidad! ¡Navidad! ¡Cristo ha nacido!

Un canto inmenso se alzó en la lejanía y me atreví a levantar mi cara hundida en las losetas.

Mis ojos se apartaron de las horribles apariciones de las tinieblas y miraron, por la ventana del fondo, hacia el jardín donde se elevaba el magnífico canto.

La blancura de la nieve estaba salpicada de amplios cuadrados de luz dorada y, a través de las ramas, desprovistas de hojas, de los árboles, reconocí el convento cuyas ventanas vacías brillaban con cegadora claridad.

Lampernisse se tapó la cara, poniéndose a sollozar.

—¡Los barbusquinos!—gimió.

Y yo no hubiera podido decir si era alegría o dolor lo que vibraba en este grito.

Pero yo asistía ahora a una escena tan grandiosa como terrible.

El jardín estaba lleno de gente.

Reconocí altas figuras monacales provistas de capirotos y vestidas con sayal.

Avanzaban en apretadas filas, con paso firme y majestuoso, blandiendo cruces de madera negra hacia el cielo ensombrecido.

Se acercaban lentamente hacia la casa, cantando magníficos himnos que agitaban a los árboles como huracán.

—¡Navidad! ¡Navidad!

Entonces, una voz de mando potente se elevó de nuevo:

—¡Dejad sitio al verdadero Dios! ¡Atrás los fantasmas infernales!

Los primeros monjes habían llegado a la altura de la ventana y vi lucir, por los agujeros de los capirotos, ojos rojos de fiebre y de santo furor.

—¡Los barbusquinos! —murmuró una vez más Lampernisse.

Y él también cayó cara contra el suelo.

Tuve la impresión de que me volvía ligero, que flotaba en el aire, que mis manos separaban las impalpables muselinas de una nube.

En alguna parte de un espacio irreal, vi enormes y repugnantes cosas muertas que

huían como ciervos bajo la tormenta.

Llamé a alguien, no sé a quién, y durante un momento vi aparecer, sonreír, llorar y luego desaparecer el rostro del padre Doucedame.

* * *

—¡Todo esto no es más que una pesadilla!

Era la pobre voz de la razón que intentaba hablar al fondo de mi ser; pero se calló y no repitió más sus consoladoras palabras.

Estaba sentado en la oscura cocina.

Ante el fuego apagado, una vela de llama vacilante hacía saltar las sombras de un rincón a otro.

No podía decir cómo había llegado allí. Sea como fuere, fue allí donde recobré lo que se llama los ánimos.

Grité, llamé a todos los que habían vivido conmigo bajo el maldito techo: nadie respondió.

Estaba solo en Malpertuis: ¡SOLO!

Y entonces tuve el increíble valor de partir en expedición a través del horror nocturno de esta casa infernal.

Las formas grotescas de Mathias, del tío Dideloo y del informe Tchick no flotaban ya en el techo de la tienda desierta.

Fui hasta el alojamiento de los Griboin.

Estaba vacío.

Busqué por todas partes a Lampernisse, pero tampoco estaba.

Vacía se hallaba la habitación del primo Philarete; vacíos los departamentos de las hermanas Cormelon, sombríos y vacíos los reservados al tío Dideloo y a su familia.

Sentí la extraña curiosidad de entrar en el comedor para ver los restos repugnantes del doctor Sambucque; pero ya no estaban allí. Su silla permanecía vacía y limpia.

—¡Pesadilla! —repetí, sosteniendo en alto como una antorcha la vela que chorreaba cera.

Di un grito... de alegría tal vez.

Tía Sylvie estaba allí, en su silla, erguida y tranquila.

—¡Tía Sylvie!

Sus ojos estaban cerrados y mi grito no la sacó de su sueño.

Me acerqué y puse mi mano sobre su hombro.

Su cuerpo se deslizó lentamente hacia un lado y cayó sobre el *parquet* con ruido de trueno.

No era un cuerpo humano sino una estatua de piedra lo que acababa de romperse contra el suelo.

* * *

Entonces, en la oscuridad, se elevó una voz muy clara:

—¡Ahora estamos solos en Malpertuis!

Grité:

—¡Euryale!

Pero mi prima no apareció.

Corrí como un loco por toda la casa, suplicándole que acudiese a mí.

No la encontré.

Regresé a mi punto de partida, con el alma desesperanzada. Al llegar delante del dios Termo, mi vela se apagó, y vi avanzar hacia mí, desde el fondo de las tinieblas, los terribles ojos verdes.

Sentí que un frío enorme invadía todo mi ser; mi cuerpo se derrumbó sobre el pavimento y, lentamente, mi corazón dejó de latir.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

CAPÍTULO INTERCALADO

LA CAPTURA DE LOS DIOSES

—¿Quiénes son, Tisos? ¿No están muertos por mi mano?
—Tú los has matado en tu corazón, Menelao, y permanecerán terribles
para siempre...

Los atridas

Yo, que asumí, después de robar en la biblioteca de los Padres Blancos —y tal vez para expiar ese robo—, la formidable tarea de coordinar los diversos documentos contenidos en el tubo de estaño para reconstruir la historia de Malpertuis, interrumpo aquí, por algunos instantes, la transcripción de las hojas debidas al pobre Jean-Jacques Grandsire.

Y es que quiero intercalar algunas páginas redactadas por Doucedame el Viejo.

Ya hice algo parecido, al comienzo de este libro, cuando separé, del manuscrito de este malvado padre, las páginas que él mismo había intitulado *La visión de Anacarsis*.

Las páginas que copio aquí son las últimas que confiaré de su prosa redundante que, por lo demás, sólo es una exposición —llena de suficiencia— de ciencia maldita; sólo un montón desordenado de blasfemias peligrosas.

Se observará, claramente, que Doucedame el Viejo, llevado por su desmedido orgullo, abandona el modo impersonal para emplear el «Yo» aborrecible.

«La isla pertenece al grupo de las Cícladas; debe de estar muy cerca de Paros; pero desde hace varios días, debido a las furiosas tempestades, navegamos a la deriva por parajes peligrosos. A través de los jirones de bruma, desgarrados por los huracanes e inmediatamente vueltos a soldar, hemos entrevisto las murallas rocosas de que habló Anacarsis. No nos mintió, estoy seguro.

»Anselme Grandsire ha venido a mi encuentro. Me ha hecho un razonamiento muy extraño para un marino como él.

»—En esta época del año, una tempestad como la que soportamos ahora tiene que extrañar a todo hombre que conozca bien las cosas del mar. Supongo que los elementos se han puesto aquí al servicio de fuerzas que escapan a nuestro entendimiento. No cabe duda de que, en esa isla, existe algo secreto, digno de guardar...

»—Sin duda —respondí—. Lo que venimos a buscar no es tan corriente.

»—¡Pardiez! —gruñó—. A decir verdad, yo no he creído jamás en ello... Nos han prometido una magnífica recompensa. Yo no me preocupaba demasiado por ello, ni me importaba gran cosa; pero pagaban bien el viaje y la molestia, sin mirar el resultado.

Pueda ser que este resultado esté a punto de ser alcanzado. Entonces se piensa, en seguida, en la formidable prima...

»Yo me preguntaba adónde quería ir, pero guardé silencio. Su puño cerrado golpeó la mesa como un martillo de herrero.

»—En donde el marino pierde el tiempo, el hechicero puede ser un buen consejero, y tu compadre, que seguramente tiene tratos con el diablo, no nos ha impuesto tu repugnante presencia sin haberte dicho algo de todo esto.

»—¿Habla usted del honorable señor Cassave? —pregunté suavemente.

»—Es el apellido del personaje que nos paga —respondió con voz ronca—. Y no me ha parecido hombre que gastase su dinero inútilmente.

»—Claro que no, claro que no...

»—Nada de palabras inútiles, Doucedame —rugió—, si no quieres que arroje tus tripas a los peces.

»Yo sonreía, porque, a través de los estallidos de su cólera, le notaba ansioso e irresoluto, y dispuesto a suscribir mis deseos, si no mis exigencias.

»—El honorable señor Cassave —dije—, me ha parecido un hombre asombroso. Es muy joven aún y, sin embargo, su sabiduría es tal cual la de un anciano. Le creo versado en muchas ciencias, algunas de las más misteriosas. Yo he estudiado mucho, monsieur Anselme; conozco el latín, el griego y hasta las lenguas jóvenes del mundo. Por medio de sus libros, he tenido trato continuo con los historiadores, los médicos, los humanistas, los benedictinos, los alquimistas... La espagiria, la nigromancia, la geomancia y otras ciencias relevantes de la magia negra, roja y blanca, se han dignado hacer confidencias a mis velas estudiosas. Pero me he sentido un pobre ignorante en presencia del honorable señor Cassave, cuyo saber se enraiza en la sabiduría de los siglos más antiguos y tiende hasta los arcanos del futuro... Para el caso de que descubriéramos lo que él deseaba, me ha armado de algunos poderes, muy débiles en realidad, pero los cuales me gustará utilizar con prudencia y discernimiento.

»—En tal caso... —exclamó.

»Pero una llamada del vigía le cortó la palabra.

»—¡La niebla se disipa!

»Corrimos al puente.

»El mar se calmaba como por arte de magia; las nubes, huyendo hacia poniente, dejaban al descubierto el azul maravilloso del cielo del Atico.

»En ese momento, los marineros se pusieron a correr como locos, gritando, de terror.

»¡Oh, no! Anacarsis no había mentido, y la prueba de ello es que perdimos tres hombres de la tripulación, que murieron de susto.

* * *

»De pie, sobre una colina herbosa, con los brazos alzados en señal de poder... del que me había provisto el señor Cassave... pronuncié fórmulas fantásticas.

»Y ante mí, el cielo tembló de temor y el infierno se sometió gimiendo.

»¿Hemos cumplido por entero la colosal misión?

»No. Tiemblo al pensar que la Muerte sube a tales altitudes que no puedo extender mi poder más que sobre lo que Ella ha dejado.

»Ah, qué divinidades he reducido a dócil cautividad y cómo el poder que me prestó el gran Cassave se proponía hacer una montaña de los granos de arena!

»¡En marcha! ¡Izad todas las velas! ¡Huyamos a alta mar, por miedo a que el mundo de las tinieblas, furioso por la enorme expoliación, se arroje sobre nuestra estela!

* * *

»¡Cassave se ha hecho cargo de nuestro cargamento!

»Maldita... mil veces maldita la casa donde él osó depositarlo, llevado de su terrible mano sacrílega.

»Malpertuis es su nombre.

»Huyamos otra vez, aunque las bolsas rebosantes de oro hagan nuestra marcha difícil.

»¿Existe un rincón, en alguna parte de nuestro planeta, donde se pueda gastar el oro en todos los goces y que, tanto el Cielo como el Infierno, lo ignoren?»

* * *

Aprisionado en mi propio juego, me dejo ir a una digresión muy breve.

Doucedame el Viejo no dirá más del asunto.

No puedo evitar el temblar ante la idea de las cuentas que habrá tenido que rendir este hombre audaz y perverso; sin embargo, creo que la intercesión de Doucedame el Joven habrá atenuado un poco los horrores del infierno al ser que fue de su propia sangre.

¡Pobre padre Doucedame!

Me lo imagino sollozando de terror el día en que estas hojas amarillentas, escritas por su antepasado, cayeron en sus manos.

Más tarde, una vez tranquilizado un poco, cogería su querida pipa y se pondría a fumar largamente en silencio, con los ojos perdidos en el vacío.

Me represento la escena que, según lo que he podido imaginar, debió de situarse en un seis de enero.

Ante él, largas filas de libros se iluminan de reflejos rojos, por el capricho de las llamas de la amplia chimenea. Todos sus grandes y silenciosos amigos están allí, dispuestos a fertilizar aún más su hermoso espíritu de investigador: Epicteto, Terencio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Raimundo de Peñafort, Santo Tomás de Aquino, Scaliger... y, junto a un magnífico antifonario de San Gregorio, una transcripción del temible libro de Enoch hecha por Rawlinson.

La noche de la Epifanía, oscura y desgarrada de viento y lluvia, se santifica a lo lejos por algunas canciones infantiles.

—¡Noche maravillosa en que el más siniestro humor de los elementos es incapaz de apagar el brillo de la estrella! —debió murmurar el padre—. ¿Alumbrará ella mi lúgubre ruta tenebrosa?... ¡Ay! Soy un pobre hombre y un miserable pecador y no tengo ningún

derecho a la luz.

Debió coger las hojas y meterlas de nuevo en la hermosa vaina de piel, que ahora tengo delante de mí, moviendo tristemente la cabeza.

—Y cuando al fin haya descubierto lo que creo es el verdadero y repugnante misterio de Malpertuis, ¿habré salvado las almas de las garras del Maligno? ¿Me permitirá Dios a mí, su indigno servidor, trabajar para su gloria, ganando estas almas para el Cielo?

Veo a Doucedame el Joven sumirse en penoso sueño, morir lentamente el fuego de la chimenea y borrarse en la noche la sonrisa amistosa de sus libros.

SEGUNDA PARTE

EURYALE

CAPÍTULO VII

LA LLAMADA DE MALPERTUIS

¿Es el sueño o la vela lo que me ha traído la verdad?

Mrs. BLAVATZKY

Durante siete lunas, los hechiceros de las montañas de Tesalia, conservaban vivos estos hermosos ojos, en vasos de plata; luego se hacían con ellos adornos, que lloraban perlas durante siete años.

WICKSTAIED: *Le grimoire*

Tras las pocas hojas debidas a Doucedame el viejo, que el lector acaba de leer y que, sin duda, habrán arrojado alguna luz en estas tinieblas, yuxtapongo aquí la continuación de las memorias de Jean-Jacques Grandsire.

* * *

Me despertó un ruido lejano, como el de la respiración de un gigante.

No conocía el dormitorio, muy blanco, con paredes de nieve endurecida y ventanitas luminosas.

Se estaba caliente como en un nido de gorriones donde, en la época de los huevos, se mete la mano.

Un fuego claro jugaba tras las rejillas de una salamandra.

Un ruido de pasos resonaba en una habitación vecina, y cuando cerraba los ojos a medias, vi entrar a una mujer desconocida, coloradota y reluciente de salud. No se quedó mucho tiempo. Quitó un platillo de la mesa, lamió un fondo de taza lleno de posos y se marchó. Por un momento, su enorme posadera obstruyó la puerta.

Pensé en una popa de barco en la que me hubiera gustado inscribir, en un destello de alegría infantil, un nombre encantador que contrarrestase tanta grasa y pesadez.

Afuera, muy cerca de la ventana, estalló, vibrante, una curiosa disputa aérea. Alcé un poco la cabeza y vi el cielo azul espumado de nubecillas, como colada de muñecas, atormentado de formas nerviosas.

«¡Gaviotas!», exclamé para mí. E inmediatamente añadí: «¡El mar!»

Limitaba el horizonte con una banda de acero empenachada de humos huidizos.

—¡Ven a ver! —exclamé otra vez, sin saber a quién me dirigía.

Me había dado cuenta de que las habitaciones que rodeaban a la mía habían estado hasta hacía un momento llenas de voces confusas, pero de repente quedaron silenciosas.

Una puerta golpeó y oí una voz, que esta vez me era completamente familiar:

—¡Dios del Cielo!... ¡Ya ha vuelto en sí!

Un vendaval de faldas invadió el dormitorio, unos brazos nervudos me abrazaron, y unos besos húmedos mojaron mis mejillas.

—Jean-Jacques... Señorito Jean-Jacques... ¡Jiji!... ¡Oh, no debiera haberte dejado nunca! Elodie estaba allí, sollozante, vibrante como un arpa feliz.

—¡Sabía muy bien que el buen Dios me lo devolvería!

Pero yo continuaba mudo, lleno de exorbitante estupor.

Elodie tenía una magnífica cabellera negra, que estiraba enérgicamente sobre su cabeza, formando duras placas de cera; pero me di cuenta de que se trataba de un casco plateado lo que yo veía contra mi pecho.

—Elodie, ¿qué nos ha pasado?

Ella había comprendido, sin duda, porque su boca se torció, descontenta.

—Nada, pequeño mío, nada que debas recordar. Escucha. Hemos tenido una suerte enorme: un magnífico médico vive en los alrededores. Se apellida Mandrix. Acaba de verte. Te curará con toda seguridad.

—¿Me curará? Pero si yo no estoy enfermo...

Elodie me miró perpleja y apartó de mí los ojos.

—Andas un poco... dificultosamente.

Quise mover las piernas...

¡Dios! Eran de plomo y no obedecían a mi voluntad.

Elodie debió apercibirse del penoso descubrimiento, porque movió enérgicamente la cabeza.

—Ya te he dicho que te curará... ¡Oh, es estupendo! Ha viajado mucho. Perteneció en otros tiempos a la Marina. Ha conocido a Nicolás..., tu padre.

Compasivo hacia su turbación, cambié de conversación, preguntándole dónde estábamos.

Se serenó y se puso a hablar con volubilidad, a lo cual yo no estaba acostumbrado por su parte.

Nos hallábamos en el Norte, cerca del mar, en una casa perdida en las dunas. Por las noches se veía un faro alumbrar los navíos que navegaban hacia las tierras de aventuras.

La mujer gorda se llamaba Katie. Pesaba cerca de ciento diez kilos y hacía los trabajos de la casa que era un primor.

A una legua de allí existía una villa marítima, un pueblecito de juguete, construido de ladrillos multicolores. Pasearíamos por allí... Sí, sí, claro que en un cochecito, hasta que yo pudiera hacer uso otra vez de mis piernas. Tal vez me sería suficiente con un bastón, porque el doctor Mandrix era estupendo. Comeríamos sopa de mejillones y panecillos de anguilas. ¡Pura maravilla!

Un pescador acababa de traer seis hermosos lenguados.

¡Qué fiesta en perspectiva! Porque Katie iría al pueblo en el carro del pescadero y traería licores y un montón de cosas buenas. Porque era preciso festejar, y festejar, y festejar...

¿Por qué?

Pues..., pues por mi curación; al menos, por mi convalecencia, ¿no?

Una triste lasitud se apoderó de mí. La desacostumbrada alegría de Elodie; este cambio de su ser tranquilo y austero; la atmósfera, calma y luminosa del dormitorio; la brisa marina que nos rodeaba por todas partes; estas promesas, que se arrojaban en manojos al niño recuperado, y tantas cosas más que me ponían un gusto amargo en la boca...

No me atrevía a confesarme aún qué, desde mi retorno a la vida, me faltaba la pimienta de las tinieblas, de la angustia, hasta del espanto.

Un espléndido, sol invernal doraba el ambiente, hería mis ojos de nocturno, acostumbrados a las sombras y a las velas temblorosas que los espíritus impuros amenazaban sin piedad.

Hubiera dado con gusto todo el yodo y toda la sal del mar inmenso, hasta los efluvios de la misma vida, por los olores de muerte que se estancaban en Malpertuis.

Malpertuis me llamaba, igual que las fuerzas milenarias hacen señas a los emigrantes inquietos a través del espacio.

Cerré los ojos, llamando en mi socorro a la sombra de los párpados cerrados. Lentamente me iba sumiendo en el abismo de terciopelo del sueño, cuando sentí que una mano se posaba sobre mi brazo.

La reconocí: era grande, muy bella, esculpida en marfil antiguo.

—Buenos días, amigo mío; soy el doctor Mandrix.

Un hombre, de alta estatura, de rostro grave, se hallaba en pie junto a mi cama.

Moví la cabeza.

—Usted no me dice la verdad —murmuré.

Nada se movió en su rostro, pero una llama se encendió y se apagó en el fondo de sus grandes ojos negros.

—Escuche..., he reconocido su mano.

—Andará usted —dijo el doctor con voz lenta y profunda—. ¡Puedo hacer eso por usted!

Volví a sentir una impresión extraña en las piernas, como si las taladrasen mandíbulas de insectos.

—¡Levántese!

Me sacudió un inmenso temblor.

—¡Levántese y ande!

Era la orden de un Dios que utiliza el poder de su milagro.

El doctor Mandrix no era más que una sombra.

La mano se borró, dejando una estela de fuego en mi brazo.

Las fibras secretas de mi alma vibraban como un eco ensordecido a la llamada de una campana misteriosa perdida en insondables lejanías.

Luego, el sueño volvió a apoderarse de mí.

* * *

Andaba.

No pensaba en asombrarme por ello exorbitantemente. Sin duda, Elodie y la gente que le rodeaba se habían equivocado al crearme clavado en el lecho por una inexplicable parálisis.

Andaba por encima de la arena, suave como fieltro.

Era uno de esos hermosos días que enero destina, a veces, a los pueblos situados a orillas del mar, pleno de luz y de suavidad primaveral.

Una columna de humo subía de una hondonada de la duna y descubrí allí una casita de pescador. Al acercarme oí el chirrido de una muestra de hierro pintada.

Inscripciones torpes cantaban la bondad de la cerveza y del vino de sus bodegas y la excelencia de su cocina. El retrato de un hombre gordo color canario, de ojos bizcos y cabeza rapada, terminada por una larga y delgada trenza, anunciaba al transeúnte que el albergue aislado se llamaba «El Chino Sagaz».

Empujé la puerta y me encontré solo en una especie de cuadrado, de paredes de madera de pino americano, alrededor del cual reinaban acogedoras banquetas de cuero.

El mostrador, que limitaba al fondo, estaba cubierto de frascos y de canecos y los licores lucían en ellos con tonos de oriflama.

Llamé, golpeando la madera sonora del mostrador.

Nadie me contestó, y, a decir verdad, yo no esperaba a nadie.

De repente sentí la angustiosa sensación de no estar ya solo.

Miré a mi alrededor y viré sobre mis talones con lento movimiento de rotación para que nada pudiese escapar a mis ojos.

La taberna estaba vacía, pero la presencia era innegable.

Hubo un momento en que yo creí descubrirla en un rincón de la banqueta del fondo.

Pero no, no era más que un nuevo engaño de mis sentidos. La mesa brillaba, vacía y limpia, y el humo no era más que un juego de reflejos.

Al minuto después, la ilusión se renovaba; esta vez puramente auditiva.

Oí el choque de un vaso que se deja y el chirrido de una pipa al encenderse.

Mis miradas se deslizaron a lo largo de las banquetas y se posaron en el otro ángulo, el más oscuro de la sala. Vi la forma.

A decir verdad, no vi más que los ojos, negros y hermosos.

—¡Nancy! —exclamé.

Se velaron y desaparecieron.

No tardaron en reaparecer, más cerca, casi a la altura de los míos.

Alargué la mano, muy suavemente, en un gesto de caricia. Tropezó con algo liso y frío.

Era un vaso de grueso cristal, en forma de urna, de un azul apenas transparente. Me estremecí a su helado contacto.

—¡Nancy! —exclamé una vez más, con la garganta oprimida.

Los ojos no desaparecieron. Estaban fijos en mí, ahora con indescriptible dolor: *¡estaban en una urna de cristal!*

De pronto se elevó una voz, suplicante, asustada :

—En el mar... yo te conjuro allí... ¡Arrójame al mar!

Y de aquellos ojos, desmesuradamente abiertos, empezaron a brotar terribles

lágrimas.

—¡Vete!

Otra voz resonó de repente, imperiosa, procedente de la mesa donde yo había visto el vaso y el humo.

Era una fuerte voz de hombre que manda, pero la noté más triste que hostil.

El vaso había vuelto a posarse sobre la mesa; la pipa humeaba... Pero también vi al fumador.

Era el comandante Nicolás Grandsire.

—¡Papá!

—¡Vete!

Veía su cara. No estaba vuelta hacia mí, sino hacia la urna azul donde los ojos de Nancy continuaban llorando con lágrimas de dolor.

Oí abrirse la puerta.

La imagen de mi padre desapareció, así como el vaso y el humo. De la urna surgió un último sollozo y la atroz visión se borró.

Una mano se posó sobre mi hombro y me obligó, con lenta presión, a volverme.

El doctor Mandrix me llevó afuera.

Anduvo a mi lado sin hablar, su pesada y hermosa mano obligándome a seguirle y prohibiéndome que mirase hacia atrás, hacia la misteriosa taberna de las dunas.

—Sé quién es usted —dije, de pronto.

—Quizá —respondió dulcemente.

—¡Eisengott!

Anduvimos en silencio, a lo largo del mar, que iba oscureciéndose.

—Es preciso que regreses a Malpertuis —dijo él, de pronto.

—Mi padre... ¡Mi hermana! —exclamé con desesperación—. ¡Quiero volver allá!

—Es preciso que regreses a Malpertuis —repitió.

Y, de repente, una fuerza irresistible se apoderó de mí, transportándome lejos.

No volví a ver ni «El Chino Sagaz» ni la casa de las dunas donde Elodie debía esperarme, ni a la propia Elodie.

Me encontraba de nuevo en mi ciudad, en plena noche, en medio de casas cerradas con ventanas apagadas.

Mis pasos resonaban en el silencio nocturno de las calles desiertas y yo no los dirigía.

Me di cuenta, sin embargo, de que daba la espalda a Malpertuis y creí por un instante que me dirigía al Quai de la Balise, hacia nuestra casa.

No era así.

Pasé el puente y seguí el agua murmurante del río hasta la explanada herbosa y desnuda del Pré-aux-Oies.

Una lámpara solitaria velaba a lo lejos en la oscuridad, al fondo de una callejuela tenebrosa.

Iba directo hacia ella, y por tres veces tiré del pomo sucio de una campanilla.

Me abrieron.

Un gato de ojos enormes huyó en las tinieblas.

Dando un suspiro, me dejé caer sobre amplias pieles blancas y tendí mis manos

heladas hacia la fantasía dorada y roja de un maravilloso fuego.

Había encontrado asilo en la calle de la Tête Perdue, aquella casa infamante de la tía Groulle.

* * *

Ahora bien, solo en los primeros momentos de esta indigna retirada fue cuando me puse a pensar en *la razón de Malpertuis*.

¿Por qué, desde hacía meses —que, por otra parte, en el tiempo tomaban perspectivas de años—, estoy esclavizado a terrores sin nombre?... ¿Por qué me he sometido sin rebelarme a un placer tan cruel y misterioso?

¿Cuáles fueron los designios del difunto Cassave, el cual, por ser nuestro tío abuelo, nos trató en otros tiempos como extraños, imponiéndonos esta residencia de pesadilla?

En el fondo, desde que se manifestó el poder maléfico de Malpertuis, y eso apenas tardó, he hecho débiles tentativas para comprenderlo, y los que me rodeaban hicieron muchas menos.

Mi buen maestro, el padre Doucedame, dijo:

—Insensato el que tiene la ilusión de explicarse.

Eso se encuentra en los comentarios que no han tenido más que un penoso *imprimatur* de las autoridades eclesiásticas, y una frase final fue tachada rabiosamente por el censor: «Ni a Dios ni al diablo se le deben razones.»

Y ahora... ¿Por qué me he refugiado en esta abra infamante que es la odiosa casa de la tía Groulle?

* * *

No me quejo. Jamás he gozado de tanta tranquilidad, de tan completo reposo. Nunca mi alma ha descansado tanto como desde entonces.

Probablemente me olvidan los perseguidores de la sombra, como sucedía a intervalos en el propio Malpertuis.

Vivo en la reconfortante idea de una libertad de acción y de ademanes casi absolutos.

El barrio de la ciudad donde yo resido está aislado del resto de la población por un río y un canal, que franquean solamente dos puentes, relativamente alejados el uno del otro.

No conozco allí a nadie; porque, antes de mi entrada en Malpertuis, he llevado, al lado de Elodie, de Nancy y hasta del padre Doucedame, una vida retirada, que mi excelente maestro tenía la bondad de titular mi vida interior, en gran parte vuelta hacia los deseos del alma.

Eran hermosas palabras que sonaban a huecas, pero cuya vanidad noto ahora.

La tía Groulle responde a mis campanillazos a la hora de mis regresos y acepta con ávido gruñido, los liberales escudos que deposito en su garra de ave de rapiña.

La habitación blanca y malva, perfectamente preparada, se presta a mis largas y apacibles ensoñaciones. Sería para mí maravilloso esperar allí el final de mi existencia,

aunque haya prestado su decorado a una de las tragedias más tenebrosas de mi vida.

He descubierto, cerca del canal, una taberna agradable donde marineros taciturnos vacían abundantes platos de comida y enormes jarras de cerveza. Nadie ha intentado trabar amistad conmigo y agradezco a todos esta feliz indiferencia.

He hecho excepción en esta regla de paz y de olvido con una jovencita de modesta condición y cuyo papel en la taberna me parece poco definido: criada, camarera, acaso prostituta, aunque esto muy discretamente. Se llama Bets. Sus cabellos son de estopa dorada, y su talle, un poco abultado.

Por la noche, cuando los tres o cuatro marineros que se retrasan a propósito prestan toda su atención a una complicada partida de naipes silenciosa, la muchacha viene a sentarse a mi vera, en una mesa alejada de los jugadores, y no desdeña el jarrito de vino caliente con especias que le ofrezco.

De la forma más sencilla del mundo hemos llegado a hacernos confianzas mutuas.

Y una de estas noches le conté todo.

No faltaba mucho para la medianoche cuando dejé de hablar.

Los clientes pagaron sus consumiciones y se retiraron después de un lacónico «buenas noches». La dueña, persona insignificante y de tosca indiferencia, abandonó el mostrador, dejándonos solos.

Afuera el viento silbaba y se encarnizaba con las contraventanas.

Bets, con las manos posadas sobre sus rodillas, miraba por encima de mi cabeza la larga llama del gas, aprisionada en un cilindro de cristal.

Estaba callada y su silencio me fue penoso.

—No me crees —murmuré—. Según tú, acabo de contarte la más descabellada de las historias.

—Soy una muchacha muy sencilla que apenas sabe leer—respondió Bets—. De muy niña, guardé ocas. Más tarde ayudé a mis padres, que eran ladrilleros, a sacar la arcilla roja de las malas praderas. Fui educada en el temor de Dios y en el horror al diablo... Creo todo lo que acabas de contarme, porque no ignoro nada del poder del demonio y de cuantos le sirven... A los dieciséis años fui prometida a un muchacho de buena reputación y, según decían, de magnífico porvenir. Era hijo único del pescador de los estanques comunales y estaba llamado a suceder a su padre... La noche de la Candelaria, que, como sabes, es terrible para las personas, se dejó tentar por el Malo y aceptó una piel de lobo dañino. Supimos más tarde que bajo esa repugnante forma había causado daño a muchos viajeros que se retrasaban junto a las encrucijadas malditas... Un día mi padre descubrió la piel del monstruo en el hueco de un sauce llorón. Encendió inmediatamente una gran hoguera de madera seca y arrojó a ella el peligroso pellejo... Oímos un grito desgarrador elevarse a lo lejos y vimos correr a mi prometido, loco de rabia y de dolor... Quería arrojarle en el brasero, para arrancar la piel que se quemaba; pero los ladrilleros le retuvieron y mi padre empujó más la piel dentro del fuego hasta que las llamas la redujeron a cenizas... Entonces mi prometido lanzó lamentables clamores, confesó sus crímenes y murió en medio de espantosos tormentos.. Yo abandoné mi pueblo, porque el recuerdo de aquello me lo hacía odioso... ¿Por qué, pues, no voy a creerte?

Pareció recogerse y continuó:

—Si mi pobre prometido hubiese tenido el valor de arrojarse a los pies de los sacerdotes y confesar su pecado, hubiérase salvado aún en este mundo y su alma no conocería ahora los suplicios eternos. Si él se hubiese atrevido a hablarme como tú lo has hecho, creo que hubiera podido socorrerle.

—¿Debo entender por eso que tú querías ayudarme? —pregunté en voz muy baja.

Una sonrisa muy dulce iluminó su rostro.

—¿Que si querría? ¡Claro que sí! No hay que ponerlo en duda, pero no sé muy bien cómo... ¡Todo lo que te rodea y te sujeta me parece tan sombrío y tan complicado!... Debes dejar que reflexione toda una noche. No es mucho. Pero durante las horas de reflexión el rosario no abandonará mis manos. Procede de Tierra Santa y en su cruz se encuentra una reliquia que dicen todopoderosa.

Sonrió otra vez, y en ese momento dieron tres fuertes golpes en los postigos.

Su mano se posó sobre la mía.

—No hace falta salir. ¡Es un muerto quien llama!

Inmediatamente quedamos paralizados de estupor. Nuestros ojos se interrogaban en medio del terror.

Una voz se elevaba en la calle, donde el aire se había callado de repente.

—*¡Yo soy la rosa de Saaron!*

El Cantar de los Cantares subía como oleaje de inmenso dolor y reconocí la voz de Mathias Krook.

Bets había cerrado los ojos y todo su ser temblaba.

La canción se alejó de pronto, perdiéndose en las alturas.

Bets me miraba de nuevo. Sus ojos estaban bañados en lágrimas.

—No, no —murmuró—. No es un muerto el que canta. Es algo más terrible aún y tan espantosamente triste, que mi corazón se desgarró al solo pensar que lo he oído.

Me levanté y quise marcharme, atraído, por una fuerza que me llamaba afuera,, pero Bets me retuvo con energía:

—No te marcharás... Ahora hay otra cosa al otro lado de la puerta. No sé qué..., pero es terrible ¿me oyes?, ¡terrible!

Oí un chirrido y vi aparecer en las manos de mi amiga un rosario de cuentas oscuras y brillantes.

—¡Procede del Huerto de los Olivos!

Me incliné hacia ella.

—No me marcharé, Bets.

Apagó la llama del gas y me empujó suavemente hacia la oscura escalera.

Fueron unas bodas extrañas, muy dulces; me dormí en su hombro, mi mano en su mano, que no había abandonado el rosario de cuentas tres veces benditas.

* * *

A la mañana siguiente, Bets me dijo:

—Hay que intentar encontrar a Eisengott.

Al hacerle mis confidencias, no creía haber insistido particularmente en el papel

misterioso de Eisengott; por tanto, le pregunté:

— ¿Le conoces por casualidad?

— Pues sí. ¿Quién no le conoce? Vive a tres pasos de aquí, a la vuelta del canal puede decirse, en la plaza de Ormes, esquina a la calle Martinet, en una casita muy limpia, donde se venden cosas antiguas y muy bonitas. ¿Ves este peine de concha? Fue él quien me lo vendió por un escudo. Le estiman mucho en la vecindad porque no niega ayuda ni consejo a nadie.

¿Plaza de Ormes?... ¿Calle Martinet?... Recordaba, en efecto, una tienda de anticuario, entrevista en Otros tiempos. Y, de pronto, me di cuenta de que, por la parte de atrás, la casa debía de lindar con la de la tía Groulle. ¿Qué era preciso concluir de eso?

— Bien — dije —. Iré.

No me moví de mi silla, y Bets me sonrió.

— En efecto, tienes tiempo suficiente.

— ¿Y por qué no me acompañas tú, Bets?

— Es verdad: ¿por qué no te acompaño?

Un grupo de marineros empujó la puerta e hizo una entrada más ruidosa que de costumbre.

Habían formado tripulación con los fletadores de madera que conducían, por el camino de las aguas, enormes balsas de pinos, desde el fondo de la Selva Negra hasta las orillas marinas de Flandes y Holanda.

Hlabían ganado mucho dinero y se disponían a gastarlo.

— ¡Vino Para todos y que nos sirvan algunos platos bien condimentados! — pidió uno de ellos, que tenía una cara alegre.

No había que pensar en abandonar la taberna en aquel momento. Bets tenía que hacer su servicio y yo no podía negarme a la invitación de aquellos hombres.

Bebimos clarete, Luego aparecieron largas botellas de vino del Rin sobre las mesas, a fin de abrir el apetito a todo el mundo.

La cocina se llenó de ruidos y de humo. Se oía el chocar de las cacerolas y el chirriar de la manteca en las sartenes.

— ¡Bebamos! — ordenó un marinero gordo—. ¡No es hoy cuando se apoderará de nosotros el holandés Michael!

Un malestar se apoderó de repente de todos mis compañeros.

— ¡No hay necesidad de hablar de ese malvado! — murmuraron algunos.

El gordo se rascó la cabeza con la expresión de alguien que se nota en falta.

— Es verdad, amigos míos; nos han enseñado a no jurar en falso el santo, nombre del Señor, Y menos aún el de este triplemente maldito diablo!

— ¡Nada más nombrarle, puede aparecer! — se lamentó otro.

Dejé el vaso, que me llevaba a los labios, sobre la mesa: una sombra acababa de caer sobre ella, sombra que provenía de la ventana, cuya claridad interceptaba.

Una cara estaba pegada a ella, tratando de ver el interior de la taberna.

Mis nuevos amigos no le prestaron ninguna atención. Y, sin duda, ni siquiera se dieron cuenta. Quizá la visión no fuese, tal vez, más que para mí.

Sin embargo, no tenía nada de terrorífica; al contrario. Pero mi corazón se puso a latir

apresuradamente.

El rostro, completamente blanco, estaba encuadrado por la sombra de un fino capuchón de lana; los ojos, medio cerrados, me sonreían, con una ligera llama de esmeralda entre las largas pestañas bajadas.

Reconocí a Euryale.

De un salto me encontré en la calle.

Nadie se encontraba delante de la ventana y la calle estaba desierta, pero al volver la esquina vi que avanzaba, bamboleándose, la figura repugnante de la tía Groulle, con el gato Lupka agarrado a su hombro, sus enormes ojos guiñando dolorosamente al sol.

* * *

Los marineros abandonaron la taberna a la hora del crepúsculo.

Bets, libertada de su carga y de sus molestos cometidos, se echó una capa de lana oscura sobre los hombros y me hizo señas de que la siguiera.

—La casa de Eisengott no está lejos de aquí. A esta hora le encontraremos en su tienda, mirando la calle y fumando la pipa.

Anduvimos a lo largo del canal de aguas verdosas, donde las primeras luces se encendían a bordo de las pinazas.

Bets se apoyaba un poco pesadamente sobre mi brazo. Yo la sentía feliz y confiada, y su presencia derramaba una gran calma en mi corazón atormentado.

—¿En qué piensas? —pregunté, de pronto.

—En ti, naturalmente —respondió con aquella magnífica sencillez que era innata en ella—, pero también en mi pobre prometido... Mi pueblo se extiende a lo largo de las orillas de los grandes lagos, de los enormes estanques que se comunican con el mar por medio de anchas acequias... Las aguas son ricas, pero las tierras desoladas. Sin embargo, los buenos monjes blancos, que Dios bendiga, han construido allí su convento... Si mi prometido hubiese tenido confianza en mí, yo le hubiera conducido allí y los monjes habrían sacado el demonio de su cuerpo... Si quieres, iremos a visitarlos un día. Sabrán protegerte contra los misteriosos peligros que te acechan.

Le apreté tiernamente la mano.

—Iré a todos los sitios que tú quieras, Bets.

—Cuando la campana de su convento repica, se oye muy bien que ella dice: «Ven a mí..., ven a mí...». Y encima de la puerta se encuentra inscrita en letras doradas la siguiente frase: *Si entras, paz y alegría... Si pasas de largo, ¡que Dios te acompañe!*

—¿Y si yo entrase?...

—Yo me quedaría en el pueblo. Sin embargo, la vuelta sería para mí muy dolorosa, y miraría desde lejos el campanario del convento, diciéndome que él te guarda y te protege.

Atravesamos algunas callejuelas que ya estaban invadidas por la noche y cuyas puertas y ventanas, acababan de cerrarse, ya que la gente se iba a dormir.

—¡Ahí está la calle Martinet!

También estaba oscura y desierta, y se alejaba del canal hacia un viejo paseo de plátanos sin hojas.

—¡Es extraño! —murmuró mi amigo.

—¿El qué, Bets?

No respondió y apresuró ligeramente el paso.

—¿Dónde se encuentra la tienda de Eisengott? —pregunté.

Noté que su brazo temblaba sobre el mío.

—Voy a decirte lo que encuentro. extraño —respondió con un suspiro de angustia—. Estamos atravesando la calle Martinet y, sin embargo..., ¡oh!, ¿cómo decirlo?, ¡esta no es la calle Martinet! No obstante, me es muy familiar. ¡Continuemos!

Habíamos alcanzado el pequeño paseo silencioso; el cielo estaba claro y cuajado de estrellas.

—Hemos equivocado el camino—dijo de repente—. ¿Dónde tengo la cabeza? ¡Ahí está la calle!

No era tampoco. Bets se dio cuenta cuando la hubimos recorrido en toda su oscura extensión.

—Estoy hecha un lío —gimió—. Sin embargo, iría allí con los ojos cerrados. Tenemos que encontrarla..., ¡tenemos que encontrarla!

Por tres veces aún la muchacha creyó haberla encontrado, y cada vez tuvo que reconocer que no era así.

—¡Oh!—se lamentó—. Diríase que estamos dando vueltas alrededor de un círculo encantado. ¡Ya no sé dónde estoy!... ¿Dónde crees tú que estamos?

No habíamos franqueado ninguno de los dos. puentes y me daba perfecta cuenta de que habíamos sido atraídos hacia otro puente de la ciudad. De pronto, me paré lanzando un grito ahogado.

—Allí..., allí...

Nos encontrábamos delante de Malpertuis.

La casa del tío abuelo Cassave surgía en la oscuridad, enorme y negra como una montaña. Sus postigos estaban cerrados como los párpados de los muertos y el porche tenía profundidades siniestras de abismo.

—¡Bets!—exclamé—. ¡Vámonos!... ¡No quiero entrar!

No respondió y no sé si estaba aún a mi lado.

Parecía como si suelas de plomo se hubiesen adherido a mis pies. Los arranqué del suelo con dificultad y eché a andar con pesado y torpe paso de sonámbulo.

Andaba... Andaba...

Todo mi ser gritaba de terror y de rebeldía, y, sin embargo, me dirigía hacia el porche.

Subí la escalinata, parándome en cada peldaño.

La puerta se abrió, o acaso estuviera abierta.

Y, en medio de la oscuridad de la noche, entré en Malpertuis.

CAPÍTULO VIII

EL QUE APAGABA LAS LUCES

Su delito, según los dioses, fue haber socorrido la miseria de los hombres...

HAWTHORNE.

Al fondo del enorme vestíbulo, una estrella azul me miraba avanzar, y reconocí la lámpara de cristal grueso que ardía delante del dios Termo.

Aduve hacia ella, como viajero perdido en un pantano maldito que responde a la llamada engañosa de un fuego fatuo.

Al pasar por delante de la caja de la escalera de caracol vi las sombrías alturas de la casa, estrelladas a su vez de núnúsculas llamas: todas las velas de Lampernisse estaban encendidas.

Con toda la fuerza de mi desesperación lo llamé:

—¡Lampernisse! ¡Lampemisse!...

Recibí una respuesta muy singular.

Fue un ruido enorme y fofo, como el de una vela desprendida golpeando al viento.

Y en todo lo alto de la escalera vi cómo se desvanecía una estrella.

Entonces, inmóvil, incapaz de romper un encanto cruel que me tenía sujeto al suelo, con la espalda contra la pared, asistí a la muerte lenta de las velas.

Fueron sopladas una a una, y, a cada eclipse, el ruido se repitió, feroz y bronco.

La sombra se acercaba a mí, pasito a paso. Ya las alturas de la caja de la escalera eran tan negras como la tinta y la pez.

En un nicho del piso debía de arder todavía una vela. No la veía, pero su débil claridad amarillenta se expandía sobre los peldaños y la barandilla.

Una nube se deslizó por el descansillo, más negra aún que la noche ambiente, y, de pronto, la extinción de la vela se acompañó, no del ruido anterior, sino de un grito monstruoso, como un rechinamiento de cadena gigantesca.

La oscuridad se extendía sobre mí como bóveda tenebrosa.

Todavía persistían dos luces: la de una bella lámpara de llama redonda, que ardía corrientemente en el fondo del descansillo grande y de la que yo no podía ver más que un débil y lejano reflejo, porque se encontraba muy alejada de mí, y la de la linterna veneciana de vivos colores, pero que daba muy poca luz.

La gruesa y fiel lámpara debió rebelarse durante unos instantes, porque su luz parpadeó, disminuyó y volvió a reanimarse.

Una sombra pasó, desapareció y reapareció, acompañada de golpes y de gritos de furor, y, la lámpara, vencida, cedió.

Quedaba la linterna.

La veía perfectamente, porque se balanceaba al extremo de su cable, casi por encima de mi cabeza. El tenebroso agresor debía mostrarse si quería hacerle sufrir la misma suerte de las otras luces.

En efecto, le vi, si puede decirse que se ve la sombra perfilarse en la sombra.

Algo de imponente envergadura, una especie de humareda rápida, picoteada de doble luciérnaga roja, se lanzó hacia los colores tornasolados, que no lucieron más.

Pero en aquel momento trágico recuperé mis movimientos.

Una sola luz permanecía encendida en la casa diabólica: la lámpara azul del dios Termo.

Me lancé hacia ella y me la apropié, completamente decidido a defenderla contra no importa cuál entidad de las sombras.

Entonces se elevaron quejas.

Jamás oí otras más desgarradoras, más desesperadas, y, de repente, mi nombre se encontró mezclado en estos clamores de sufrimiento inhumano.

—Amito... ¡Luz, amito!

Era Lampernisse quien me llamaba desde alguna parte de las opacas tinieblas del piso.

Apresuradamente, avivé la mecha de la lámpara azul y una hermosa luz nació al extremo de mi puño blandido hacia la amenazadora oscuridad.

—Lampernisse... ya voy... ¡Animo!

Subí, de cuatro en cuatro, los anchos escalones, rodeado de luz azulada y desafiando con el ademán y con la palabra al desconocido enemigo.

—¡Ven, si te atreves, a arrancarme la lámpara!

No se manifestó, y pude alcanzar el amplio descansillo del primer piso donde se elevaban las quejas de Lampernisse.

La luz saltó delante de mí, manchando de claridad azul las paredes y los entrepaños, reanimando sombras fantásticas.

—¡Lampernisse!

Estuve a punto de tropezar con él y, cuando le vi, me fue preciso todo mi valor y toda mi rabia para no dejar caer la lámpara ante tanto horror.

Mi pobre amigo yacía en el suelo, negro y lleno de sangre, en espantosa desnudez, con una herida atroz abierta en su esquelético costado.

Intenté tender hacia él una mano auxiliadora, pero hizo un débil gesto de negación.

Sus brazos esbozaron un ademán de impotencia y volvieron a caer con ruido de hierro. Entonces vi que enormes cadenas le atenazaban al suelo.

—Lampernisse—supliqué—, dime...

Hipó terriblemente.

—Promete...—murmuró.

—Sí, sí, todo.

Abrió unos ojos vidriosos y me sonrió.

—No... *no es eso*... ¡Luz! ¡Oh, misericordia!

Cayó sobre el costado, con los ojos cerrados, el pecho palpitante...

Algo venía hacia mí desde el fondo de la oscuridad, y una garra monstruosa surgió a

la altura de mis ojos.

Un ave, de un tamaño descomunal; un águila de terrible majestad, que haría temblar a las estrellas, se alzaba en la claridad azulada. Sus ojos ardientes me miraban fijamente con furor, y su pico se abrió para dejar paso al espantoso chillido de rabia que asediaba a Malpertuis desde mi llegada.

* * *

La garra de hierro negro me arrancó la lámpara de las manos y la arrojó lejos.

Las tinieblas se cerraron a mi alrededor como muros de granito.

Oí al monstruo arrojar sobre su presa y el ruido de la carne que él laceraba.

—¡Promete!

Una voz muy débil, aérea, lo murmuraba en mi oído.

Y se hizo el silencio.

Luego oí abrirse una puerta.

De nuevo hubo un poco de claridad surgiendo al fondo de la oscuridad: la de una vela o la de una linterna sorda llevada en alto.

Pasos titubeantes, aventurándose prudentemente en la oscura escalera, se acercaban.

La claridad se hizo mayor, saltando a lo largo de los escalones.

Vi la vela.

Iba metida en un candelabro vulgar de gres verde y, llevado por una mano temblorosa, se movía de un lado para otro.

Una mano gruesa, de dedos cortos y amortiguados, protegía la llama.

Cuando la luz cayó sobre mí, el portador se paró y le oí gruñir.

La gruesa mano dejó de proteger la llama y, avanzando hacia mí, me agarró por el brazo.

—¡Vamos! ¡Ven por aquí! —dijo una voz maligna.

La vela se separó y su luz reveló, al fin, un rostro: el de mi primo Philarete.

Balbucí su nombre, pero no me contestó.

Sus grandes ojos me cubrían con una mirada triste, y su mano, apretando más mi brazo, me arrastró a la fuerza.

Un soplo suave y glacial me dio, de pronto, en la cara. Noté que me volvía ligero, casi inmaterial.

Sin embargo, una sensación de rudeza me dobló por los riñones como si un luchador me hubiese rodeado con sus brazos. Una culebra se retorció alrededor de mis piernas y subió hacia mis puños.

Me sentí deslizar en un agua profunda y muy fría.

* * *

—Tú ves, tú oyes, pero te aseguro que el sufrimiento te será evitado.

En mí permanecía la sensación de agradable ligereza, pero estaba condenado a una inmovilidad absoluta. Me estaba prohibido todo movimiento. Es cierto que yo no pensaba

intentarlo siquiera: tan dulce era para mí esta inercia.

—Debería odiarte un poco, pero soy un anciano que no conoce el rencor. Sin embargo, tú no quisiste nunca traerme la polla de agua que habría sido una hermosa pieza para mí, y cuando pudiste capturar uno de esos feos geniecillos de las buhardillas, perdiste la ratonera cuya construcción me había llevado muchísimo tiempo y habilidad.

Yo estaba tendido boca arriba sobre una mesa muy fría.

Encima de mi cabeza pendía una araña de múltiples brazos, cada uno de los cuales estaba provisto de una gruesa vela de cera. Todas ardían con una llama alta y tranquila, expandiendo una suave claridad dorada.

Yo había reconocido la voz del primo Philarete, pero no le veía. Mi campo visual, por ser muy limitado, no me dejaba ver más que el techo de profundas vigas guarnecidas de sombras, así como la parte más alejada de la habitación.

—Si pudieses volver la cabeza, verías los compañeros con los que te unirás muy pronto. Sin duda, volverás a encontrarte con ellos con singular placer, pero no puedes moverte y, por tanto, haré que aparezcan delante de ti.

Las llamas de las velas vacilaron un poco.

Tres formas demacradas avanzaron entonces contra las vigas y oí al primo Philarete reírse y golpearse los muslos con grosera satisfacción.

—Ahí los tienes... Los reconoces, ¿verdad? Solo que no puedo más que hacerlos bailar en el techo como lo que son en realidad: tripas vacías.

Su voz expresaba malestar.

—En efecto, yo no soy de los suyos... Lampernisse me lo enviaba a decir cuando había ocasión de ello. ¡Ah! Ése... Desgraciadamente, no puedo unirle a vosotros. Goza de cierto privilegio, ¿comprendes? En cuanto a ti...

Se calló durante un momento que me pareció infinitamente largo.

—Yo no estaba muy seguro con respecto a ti... y, a decir verdad, aún no lo estoy. Para haber sido el más fiel servidor de Cassave, no fui su confidente: pero hace muchas semanas que no tengo ningún género a mano. Deberías comprender mi sufrimiento. Ya no tengo ningún escrúpulo respecto a ti, pequeño mío. Ya ves que me han dejado al gordo Tchiek y, sin embargo, su caso no estaba muy claro, si creo en los extraños terrores que inspiraba a los Griboin. Vamos, vamos... Ha vuelto el buen tiempo para el bondadoso primo Philarete. Vamos a poder trabajar; es decir, vivir y gozar de todas las alegrías de la existencia.

Oí el ruido argentino de los instrumentos y de los vasos que movía.

—Hum..., hum —gruñía—. ¡Antes que intervenga esa inexplicable cosa que me quitó a tía Sylvie!... Otra excelente materia que se me escapó, pero yo no podía trabajar con una estatua de piedra, la más dura que vi jamás.

De nuevo tintinearón los instrumentos de acero y los vasos.

—Y el pobre Sambucque... Yo le quería mucho y hubiera querido asegurarle la conservación eterna. ¡Puah! No me dejaron más que sus cenizas. Fue una verdadera desgracia, y estimo que en esa ocasión hubo falta de delicadeza... Vamos, vamos, manos a la obra... Me ha parecido oler a tabaco, lo cual quiere decir que ese padre trapisondista no anda muy lejos. No es que esté por aquí para ocuparse de ti, no; pero yo sé lo que busca y

no lo tendrá. La noche de la Candelaria no está lejos.

Entonces vi al primo Philarete.

Estaba revestido de una larga blusa de tela gruesa y blandía un escalpelo largo y afilado, cuyo filo probaba en la uña de su pulgar.

—Pronto estarás entré ellos —continuó, haciendo un gesto hacia los peleles que se movían suavemente en el techo—. No puedo, ¡ay! conservarte la voz como a Mathias Krook. No entra en mis poderes. Supongo que él debía gozar también de cierto privilegio, aunque lo dejaron en mis manos... Yo no estoy aquí para solucionar problemas. Soy hombre sencillo.

El escalpelo se hallaba a la altura de mi cuello, y la mano que lo sostenía vacilaba un poco.

No experimentaba temor alguno. Al contrario: me parecía que llegaba a la linde de una gran paz, de una serenidad sin límites.

Pero la hoja brillante no descendía.

Se había puesto a moverse febrilmente de pronto, como si la mano que la dirigía hacia mi cuello acabase de ser azotada por el temor o la inquietud.

De repente desapareció de mi campo visual para ser reemplazada por el propio rostro de Philarete.

Estaba lívido, y sus ojos en forma de huevo reflejaban el más abyecto de los terrores.

Su boca se retorcía, dejando escapar hipo y palabras de súplica.

—No, no..., no quiero. ¡No tiene derecho a...

A mi espalda se abría una puerta chirriando suavemente sobre sus goznes.

Philarete balbució por última vez:

—Soy hombre sencillo... El tío Cassave me dijo...

Su boca se cerró con un golpe seco, como el de una tapadera que se baja a la fuerza, y una extraña transformación se operó en sus rasgos.

Sus ojos se vaciaron de vida y reflejaron la claridad amarilla de las velas de cera; las arrugas de sus mejillas se ahondaron, llenándose de sombras; su frente se volvió reluciente como el mármol.

De golpe, vaciló y desapareció de mi vista.

Un ruido sordo conmovió el suelo, seguido de un gran estrépito de piedra rota.

Una voz se elevó a mi lado:

—¡No mires! ¡No abras los ojos!

Unos dedos, suaves como la seda, se posaron sobre mi cara y cerraron mis párpados.

Una vez más chirriaron los goznes de la puerta y se alejó un paso ligero.

Bruscamente sentí que el encanto que me tenía cautivo sobre la mesa del taxidermista acababa de desaparecer. Me incorporé, y una mano segura me ayudó a ponerme en pie.

Reconocí aquella mano.

—¡Eisengott!

Estaba a mi lado, bajo su forma primaria: levita verde, larga barba cubriéndole el pecho y ojos graves fijos en los míos.

Pero, en aquel momento, vi en ellos otra cosa aparte de la severidad acostumbrada:

una extraña emoción que, según me parecía, dejaba brillar en ellos la dulzura de las lágrimas.

—¡Estás salvado! —exclamó.

Di un grito de angustia.

—¿Por qué tenía que volver aquí, a esta casa infernal? —sollocé—. Le reconocí allá, a orillas del mar. Usted era el doctor Mandrix, y me hizo volver aquí.

Continuaba mirándome con sus grandes ojos eminentemente tristes, y una palabra incomprensible cayó de sus labios:

—¡Moirá!

Tendí hacia él manos suplicantes.

—¿Quién es usted, Eisengott?... Es usted terrible y, sin embargo, no es tan malvado como muchos de los otros que estuvieron aquí, a mi lado.

Un suspiro se elevó de su pecho y una patética desesperación turbó, a lo largo de un breve minuto, su máscara de cera antigua.

—No debo decírtela.. Las horas no han llegado aún, mi joven amigo.

—Quiero marcharme —sollocé con más fuerza.

Asintió suavemente con la cabeza.

—Te marcharás... ¡Ay! Abandonarás Malpertuis, pero Malpertuis te seguirá por la vida. Así lo ha querido...

Se calló y vi cómo temblaban sus bellas y vigorosas manos.

—¿Quién, Eisengott?

Por segunda vez, la enigmática palabra cayó de sus temblorosos labios:

—¡Moirá!

Ahora inclinaba la cabeza como vencido por una fuerza irresistible.

—Marchémonos —dije de pronto.

—Bien. Pero ¡te llevaré de la mano, te dejarás guiar por mí y no abrirás los ojos si quieres escapar a la suerte más terrible!

Obedecí.

Franqueamos la puerta, bajé los escalones del brazo de mi singular protector.

Las losetas del pasillo resonaron bajo nuestros pasos.

De repente nos detuvimos, y sentí el enorme cuerpo de Eisengott temblar contra el mío.

Un himno sombrío y salvaje se elevaba a lo lejos, en lo más profundo de la noche.

—¡Los barbusquiiios! —gritó Eisengott con terror—. ¡Vienen! ¡Se acercan! ¡Salen de la muerte!...

Temblaba como arbolillo azotado por el huracán.

—¿Tiene usted miedo de ellos? —pregunté en voz baja.

Suspiró.

—No —respondió—. Sino de lo que representaban para mí... ¡la nada!

Una fresca brisa barrió mi cara. El himno se calló bruscamente.

—¡Estamos en la calle! —exclamé con alegría.

—Sí; pero te suplico que continúes con los ojos cerrados.

Anduvimos en silencio, uno al lado del otro, hasta el momento en que me levantó la

extraña prohibición.

Me encontré delante de la taberna de Bets, donde una luz velaba aún tras las cortinas.

—Adelante, amigo mío. La paz ha vuelto a ti —dijo Eisengott, soltándome el brazo.

Le retuve.

—Allá, en la orilla del río, volví a ver a mi padre y...

Las palabras tropezaron en mi garganta.

—...y los ojos de Nancy —terminé con dificultad.

Movió lentamente la cabeza.

—¡Cállate!... ¡Cállate! No has visto más que fantasmas, reflejos de cosas ocultas. ¡Que las grandes voluntades que rigen los mundos hagan que ellas no permanezcan para ti, amigo mío!

Se alejó con tal rapidez, que no le vi desaparecer en la oscuridad.

Empujé la puerta de la taberna: Bets, con el rosario en la mano, alzó hacia mí unos ojos tranquilos y sonrientes.

—¿Me esperabas? —le pregunté.

—Sí —respondió lacónicamente—. Sabía que volverías pronto y que podía esperarte, puesto que he estado rezando todo el tiempo.

Me arrojé en sus brazos.

—Quiero partir lejos de aquí, ¡contigo! —sollocé.

Bets me besó prolongadamente en los ojos.

—Es también lo que yo quiero, querido mío. Vendrás conmigo a mi pueblo. Te llevaré a casa de los bondadosos padres blancos —añadió, suspirando.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—«Ven a mí... ven a mí...» Es así cómo habla su campana. Mientras yo rezaba por ti, la he oído como si sonase muy cerca, cuando en realidad está lejos, muy lejos...

* * *

Aquí terminan las memorias de Jean-Jacques Grandsire.

CAPÍTULO IX

LA NOCHE DE LA CANDELARIA

En la Candelaria, el demonio, enemigo de la luz, tiende sus más terribles trampas.

Folklore flamenco

Las páginas que van a continuación se deben a Dom Misseron, en religión Padre Euchere, abad del monasterio de los padres blancos, cuyo nombre está rodeado de cierto prestigio literario.

En efecto, se poseen de él algunos relatos de viajes y de aventuras, porque fue, antes de su piadoso adiós al mundo, un gran viajero ante lo Eterno.

Las memorias de Jean-Jacques Grandsire durmieron muchos años en los archivos de este hombre de bien, y conviene hacerle esta justicia: que no hizo cortes de ninguna clase.

Por otra parte, nunca tuvo intención de darlas a la publicidad. Fue precisa la intervención del indiscreto sin probidad que yo soy para que eso se llevara a cabo.

Así, pues, la historia de Malpertuis, que hubiera podido acabar en un misterio absoluto, continúa y se deshace algo... aunque muy poco, ¡ay!... de los velos tenebrosos que la rodean celosamente.

El buen hermano Morin no tuvo que hacerse rogar mucho para que me hiciera un fiel relato de la llegada del visitante.

Cantados los maitines y cuando los conventuales se dirigían al refectorio, el hombre surgió de la niebla y atravesó, con paso cansino debido al cansancio, el prado sobre el cual se abre la puerta sur.

El hermano Morin, que tenía la misión de vigilarla y que se disponía a dejar pastar en libertad a tres de nuestras vacas que un prolongado encierro en el establo las había adelgazado visiblemente, le vio llegar y se apresuró a salirle al encuentro.

—Quiero evitarle el rodeo por el prado grande, que está muy húmedo y cuyo sendero está intransitable debido a las lluvias invernales —le dijo—. A decir verdad, no debería hacer esto, ya que está ordenado que los desconocidos se presenten por la puerta principal y sean recibidos por el hermano tornero. Pero usted me da la impresión de estar muy cansado.

El hermano Morin, aparte de ser un santo varón, era bastante charlatán y nada le placía más que un ratito de palique.

El hombre llevaba una levita de eclesiástico que la niebla y la lluvia matinales habían empapado, y un golpe de viento debía de haberle llevado el sombrero, porque iba con la cabeza descubierta y los cabellos pegados en la frente y en el cuello.

—Hay un magnífico fuego en la cocina —continuó el hermano—, y el café está

caliente. Como ayer se coció el pan, lo comerá usted recién salido del horno, y le aseguro que no hay quien lo haga mejor. El queso proviene de la leche de nuestras ovejas. Es bueno, aunque algo escaso ya en esta estación.

El viajero murmuró vagas palabras de agradecimiento.

—¿Pertenece usted a la Iglesia? —preguntó de golpe el hermano Morin, que no había prestado atención, hasta entonces, a la indumentaria del visitante.

—Soy el padre Doucedame —respondió el otro—, y he venido a ver al muy reverendo padre Euchere, para el que no soy un desconocido, según espero.

—Pero no antes de haberse recuperado convenientemente —replicó el buen hermano Morin—. Nuestro santo abad me reconvendría seguramente si yo le dejase llegar hasta él en el estado en que usted se encuentra.

El padre Doucedame se dejó conducir al rincón del fuego, aceptó una gran taza de café con leche, pero rechazó el enorme trozo de pan con mantequilla y el grueso triángulo de queso de oveja.

—No podría tragar ni un bocado —confesó—. Mi garganta está dolorosamente inflamada y me duele todo el cuerpo. He caminado durante toda la noche, en medio de la lluvia y el viento, por senderos espantosos. Si no hubiese oído a través de la niebla el repicar de su campana, creo que me hubiera tendido al borde de la carretera para dejarme morir.

—¡Misericordia! —exclamó el hermano Morin— No irá a caer enfermo, ¿verdad? ¡Me sentía tan feliz por ver, al fin, a alguien!... En esta época son muy raros los visitantes.

—Quisiera hablar lo más rápidamente posible con el padre Euchere —murmuró el padre Doucedame.

—¡Corro a avisarle!... —exclamó el excelente Morin—. No, no. Quédese al lado del fuego. ¡Nuestro santo abad se sentirá muy contento desplazándose para recibirle!

En efecto, dejó inmediatamente la taza de leche humeante y las tostadas de pan caliente que saboreaba..., lo confieso avergonzado... con verdadera gula, y, seguí al parlanchín hermano Morin hasta la cocina.

El padre Doucedame se encontraba allí junto al hogar crepitante, rodeado de un vaho gris que se desprendía de su vestimenta mojada y con la cabeza inclinada sobre el pecho, respirando con dificultad.

—¡Se ha dormido, el pobre! —exclamó, apiadado, el hermano Morin.

Le puse la mano en la frente y la noté ardiendo de fiebre.

—Que le metan en la cama inmediatamente con dos botellas de agua caliente a los pies y que le preparen una taza de leche hirviendo con ron —ordené.

Lo que se hizo sin dilación.

Fui a verle, dos horas más tarde, cuando hube despachado la mayor parte del trabajo de la mañana, y, con gran descontento por mi parte, lo encontré despierto y casi dispuesto a levantarse.

—Le prohíbo que abandone el lecho —le dije con severidad—. Ha cogido frío, y una imprudencia podría costarle caro. Vacíe esta taza, que voy a ordenar que le traigan otra.

Me estrechó la mano agradecido.

—¿Le ha dicho el hermano lego mi nombre? —preguntó.

Asentí.

—Mi querido padre Doucedame —dije—, no sé si se extrañará mucho si le digo que le esperaba.

Inclinó la cabeza y me echó una mirada inquieta.

—Claro que, no, padre Euchere... Eso quiere decir que él está aquí.

Hice una nueva afirmación con la cabeza.

—Sí, mi querido Doucedame, él está aquí y espero protegerle bien contra los poderes infernales de que fue víctima.

—¡Ah padre Euchere! —exclamó, con lágrimas en la voz—. ¡Bien puede usted asegurarlo! Pero, hasta para un santo varón como usted, la tarea será terrible, si no imposible.

Debió de leer en mi rostro la reprobación con que acogí esta duda, indigna de un eclesiástico, porque añadió ¡inmediatamente:

—Perdóneme... El mayor de los pecados es la falta de confianza en la bondad infinita de Dios.

Tras un momento de silencio, preguntó en voz baja:

—¿Y... cómo está?

—Tranquilícese —respondí—. Su vida no corre riesgo alguno; pero su alma parece deslizarse peligrosamente por las pendientes del abismo... Una joven de la comarca, que abandonó en otros tiempos su pueblo por la ciudad, lo ha conducido hasta aquí... Durante su travesía parecen haber tenido aventuras que le han asustado y abatido atrozmente... Se lo he confiado a nuestro hermano enfermero, quien le cuida con devoción, y me parece que está satisfecho de su estado actual... Las reglas del convento nos prohíben recibir aquí mujeres; si no, yo hubiera permitido con mucho gusto a esa valerosa y bondadosa muchacha que permaneciera a la cabecera de su cama.

—Aventuras... —murmuró el padre Doucedame—. Ahora y siempre...

—Usted supondrá, mi querido Doucedame, que yo he interrogado a la muchacha, que se llama Bets y cuya muy honorable familia conozco perfectamente. En efecto, pero no ha podido decirme gran cosa. Hablaba únicamente de una espantosa aparición que surgió de repente en medio de la niebla. Eran tres monstruos repugnantes que intentaron ,en varias ocasiones, cerrarles el paso..., pero que se retiraron cada vez porque una voz clara los interpelaba desde el fondo de la bruma... Entonces, los horribles fantasmas huían gritando: «¡Euryale! ¡Euryale!», y parecían muy asustados también, según Bets. La valiente niña no ha cesado de rezar, y estima, a justo título, que de esa forma los secuaces del Malo no podían nada contra ella ni contra su compañero... Pero éste temblaba de fiebre cuando ella nos lo trajo, y su mente estaba embrollada. ¿Comprende usted algo de todo esto, mi querido padre?

—Me temo que sí —respondió con voz sombría.

Yo continué:

—Bets me entregó un rollo de papeles, diciéndome que su amigo se había pasado tres días y tres noches redactándolos. Ella no había tenido tiempo ni curiosidad de leerlos, pero estaba convencida de que yo podría sacar de ellos algunas enseñanzas.

Me callé y me sentí muy perplejo.

—He leído y... ¿cómo decir?... Dios enloquece a los que quiere perder. Pero, ¿por qué desearía la perdición de este pobre muchacho contra el cual se encarnizan tan tenebrosos poderes? En verdad, Doucedame, mi corazón se vería libre de un peso enorme, si yo estuviera seguro de que esas páginas son la obra de un demente.

—¡No lo son! —afirmó Doucedame con fuerza.

—Es lo que yo me temo —dije simplemente—. ¡Entonces, que Dios le proteja!

—Confíeme esos escritos —me pidió el padre.

—Con mucho gusto, a condición de que se encuentre lo bastante fuerte para leerlos. No olvide que usted también está enfermo, querido amigo.

—Pero no hasta ese punto —corrigió—. Por otra parte, padre Euchere, si he venido aquí es porque todo en mí grita que las horas son preciosas.

—Tal vez tenga razón —dije, tras algunos instantes de reflexión—. Voy a entregarle ese rollo. ¡Acaso pueda usted proyectar alguna claridad entre tantas tinieblas!

Fui a reunirme con él al mediodía, cuando el hermano cocinero le llevaba una reconfortante colación, que apenas tocó.

—¿Los ha leído usted? —pregunté, con la garganta apretada por la angustia.

El padre Doucedame alzó hacia mí ojos agrandados por el terror.

—Los he leído... ¡Ah, padre Euchere, mi joven amigo no ha mentado! Todo esto es terriblemente cierto.

—¡Misericordia! —exclamé—. ¡Dios no podría permitir tal abominación!

El padre se pasó la mano por la frente, húmeda de sudor.

—Es preciso que me reconcentre, que reflexione, que pueda coordinar muchas cosas aún, y entonces, padre Euchere, espero poder aportar esa poca de claridad que usted pide. Por el momento...

Titubeó visiblemente.

—Tengo que hacerle un ruego, que pedirle un servicio enorme, por incomprensible que le parezca. Se trata de una cosa..., ¡ay!..., personal..., horripilante entre todas.

—Hable —dije—. Se hará cuando esté en mis manos y en las del convento.

—Hoy inscribimos en el calendario... —dijo con voz apenas perceptible.

—Estamos a último de enero, fiesta de Santa Marcela, que nació en Roma el año trescientos cincuenta y murió a principios del siglo siguiente. Su vida, muy edificante, es poco conocida, desgraciadamente, y los tratados de hagiografía nos dicen poco sobre tal tema. Créame, amigo mío, que lo deploro.

—Mañana... —continuó el padre Doucedame, con los ojos perdidos en el vacío.

—Día de la Purificación. Nos preparamos a celebrar dignamente la Candelaria, que es al día siguiente.

—¡La Candelaria! —gritó el enfermo—. Sí, sí. He oído bien: ¡La Candelaria!

—Ese día, todo el mundo comienza novenas. No ignora usted que son muy eficaces. En el pueblo se encienden cirios benditos y se hacen barquillos, rosquillas y tortas, una parte de los cuales vienen al convento... Hasta nos regalan alguna que otra liebre cogida con cepe y numerosos e infortunados conejillos rinden su último suspiro en la cacerola, sin hablar de los pollos y de los patos... Esta fiesta me, produce siempre una alegría pagana.

¿No es la fiesta de la luz?

—¡La luz! —exclamó el padre Doucedame—. ¡Ah, padre Euchere! Ella no es perfecta y absoluta más que en la vecindad de Dios. En nuestro triste mundo, las tinieblas se pegan a ella como infernales ventosas.

Estaba muy, enervado y yo atribuí su excitación a la fiebre que le consumía.

—Me ha hablado de un servicio que he de hacerle —dije, abandonando aquel tema.

Jamás leí una súplica más intensa en los ojos de un hombre.

—No me pregunte la razón de ello, por lo menos de momento —gimió—. Acaso Dios tenga piedad de mí y me ahorre los tormentos que preveo y que temo inevitables. La Candelaria... Padre Euchere, la noche de la Candelaria tendrán que encerrarme en una habitación cuyas ventanas estén protegidas por barrotes a prueba de toda evasión.

—¿Cómo? —exclamé extrañado—. Nadie podría llegar junto a usted.

—No es eso lo que temo —respondió—. No se trata de descartar intrusos improbables, sino de protegerme contra mí mismo. Necesitaré una habitación de la que no pueda salir, que nadie me permita abandonar. ¡Oh, padre Euchere, no sabe el trabajo que me cuesta tener que dirigirle tal súplica, sin poder darle una explicación razonable!

Le impuse silencio.

—Todo se hará según sus deseos, mi querido hermano, y ahora nos ocuparemos de su curación.

Una sonrisa de descanso se deslizó sobre su rostro y, poco tiempo después, se dormía tranquilamente.

Al día siguiente le encontré reposado, pero débil y hablando con mucha dificultad. El hermano enfermero le encontró la garganta muy inflamada y prescribió un remedio de hierbas cauterizantes muy eficaz. Al mismo tiempo, este humilde, pero útil servidor me hizo saber que la postración en que se hallaba sumido el joven Grandsire desde su llegada no se disipaba; por el contrario, se complicaba con períodos agitados y turbulentos, durante los cuales el enfermo era víctima de penosas pesadillas. Los mejores calmantes parecían no hacerle ningún efecto.

Esto me perturbó bastante, porque la preparación de la fiesta del día siguiente exigía casi todo mi tiempo.

Poco después del mediodía, el hermano tornero me anunció una visita.

Era un hombre del pueblo, vestido toscamente, aunque confortablemente, portador de un paquete envuelto en tela fuerte.

—Mi nombre es Piekenbot —me dijo—. Soy zapatero en mi región. He tardado dos días en venir hasta aquí y el viaje fue muy desagradable.

—Sea bienvenido —respondí— y Dios me guarde de preguntarle la razón de una caminata tan larga y tan cansada.

—Sin embargo, yo se la diré —dijo, frunciendo las cejas, que eran pobladas y duras—, aunque me parece tan singular como se lo parecerá a usted.

Con su dedo ennegrecido por la pez y el betún, me señaló el paquete envuelto en tela.

—Es preciso entregar este paquete a un tal padre Doucedame.

—¿Sabe usted, pues, que se halla aquí? —pregunté extrañado.

Movió la cabeza y su frente se arrugó más.

—Soy un obrero de corazón sencillo y de buen sentido —respondió— ¿Es razonable para un hombre semejante creer en un sueño y, sobre todo, obedecerle?

Reflexioné antes de contestar, porque la pregunta me pareció demasiado seria para tratarla a la ligera.

—A veces, el Señor, en su infinita sabiduría, se sirve del sueño para enviar a sus criaturas saludables avisos y hasta órdenes.

—Es lo que yo pensé —dijo, y su rostro se serenó un poco—; pero, ¿todos los sueños proceden de Dios?

Le miré con terror.

—No —respondí—. Desgraciadamente, no. No olvidemos que el Malo es un ángel caído y que dispone de medios formidables para inducir a los mortales a la tentación y empujarlos hacia el error.

Piekenbot aceptó esta observación moviendo enérgicamente su gruesa y morena cabeza.

—Es lo que yo me decía. Como no tengo por qué ocultarle nada, le diré por qué he venido. Yo tenía un amigo, llamado Philarete, que poseía el oficio de embalsamador de animales y un pequeño gabinete de naturalista. Hace algunos meses, lo abandonó para establecerse en una casa señorial. Según se dice, por cuestiones de herencia. Hace tres días lo vi en sueños; ahora bien: tengo que hacerle observar que yo no sueño nunca. Sea como fuere, le vi y me asustó mucho su actitud. Se hallaba en pie delante de mí, inmóvil como una estatua; sus ojos estaban muertos y fríos, y daba miedo verlos. Solamente sus labios se movían:

«Piekenbot —dijo—, harás lo que yo te ordene si no quieres que las grandes desgracias caigan sobre ti. Mañana, cuando amanezca, encontrarás a la puerta de tu casa un paquete envuelto en tela gruesa, paquete que te guardarás mucho de abrir. Te pondrás inmediatamente en camino hacia el Norte y llegarás al convento de los Padres Blancos, donde se encuentra el padre Doucedame. Este paquete está destinado para él.» Cuando terminó de decir esto, vi vacilar a Philarete y caer pesadamente al suelo. Juzgue mi terror cuando me di cuenta de que se había roto en pedazos y de que la tierra estaba regada de gruesas piedras. Claro que en los sueños hay que admitir las cosas más asombrosas, ¿no es verdad?... A la mañana siguiente de mi sueño encontré el paquete en el sitio indicado y comprendí que era preciso obedecer las órdenes recibidas en el sueño.

A pesar de mi insistencia, Piekenbot se negó a quedarse como invitado nuestro y se despidió de prisa después de haberme pedido la bendición.

Inmediatamente me puse a rezar.

—¡Señor, ilumíname! —supliqué.

¿Me oyó el Altísimo?

Sin duda.

Al alzarme del suelo, mis ojos cayeron sobre el paquete que Piekenbot había dejado sobre la mesa y un indecible terror invadió mi alma.

Lo cogí y lo encerré con triple vuelta de llave en un armario donde guardo algunos objetos de valor.

Me pareció muy pesado y me atrevo a afirmar que el poco tiempo que mis manos lo tocaron experimentaron una sensación de quemadura.

Y decidí no entregárselo al padre Doucedame, cuyo extraño deseo recordó mi mente.

Llegó la noche. Un viento desapacible agitaba los árboles, y cuando ya era noche cerrada, se puso a silbar como si fuera una tempestad.

Había llegado la noche de la Candelaria.

* * *

Fiel a mi promesa, en cuanto llegó el crepúsculo hice transportar al padre Doucedame a una habitación de la torre Oeste, que en otras ocasiones había servido de cámara fuerte.

La puerta era de roble con clavos de acero y provista de tres potentes cerraduras exteriores. La única ventana, alta y estrecha, estaba provista de una doble hilera de barrotes incrustados en el muro.

Cuando los hermanos legos lo depositaron allí sobre una litera, un último rayo del sol poniente incendió el reducto, y el enfermo me pareció rodeado de llamas y de sangre.

Concebí por ello un nuevo terror, y decidí pasar una gran parte de la noche rezando por la salvación de los huéspedes que estaban a nuestro cuidado.

Profeso una veneración especial por San Roberto, abad de Moleme, fundador del monasterio de la selva de Citeaux; pero debo confesar que este piadoso culto se debe a vanidad muy indigna.

Resulta que Dios quiso hacerme a imagen de este santo fundador y estoy inmerecidamente orgulloso de ello, lo cual no impide que jamás haya hecho una petición en vano a aquél del que no soy, en el sentido físico de la palabra, más que un pálido reflejo.

Le invoqué y le pedí que me guiara a través de las tinieblas y el misterio que me rodeaban.

Hacia medianoche consideré que podía dedicar un rato al descanso; pero en ese momento, unos golpes discretos fueron dados a mi puerta.

Era el hermano Morin, al que había apostado, con otros dos buenos servidores, a la puerta del padre Doucedame, para el caso muy improbable en que, por cualquier razón o causa, esta puerta se abriera en contra de mis órdenes.

* * *

El pobre hombre me pareció muy asustado. Estaba pálido y todos sus miembros temblaban.

Siempre tengo a mano un vulnerable e hice que lo cogiera. Pareció reconfortado y me explicó la razón de su venida.

—¡Andan por la cámara! —dijo.

—¿Cómo?... Puede ser que el padre Doucedame haya abandonado el lecho, aunque me daba la impresión de estar muy bébil para hacerlo.

—¡Oh, padre, no eran los pasos de un enfermo que apenas puede mantenerse en pie, ni siquiera los de un mortal vulgar y corriente! —exclamó el hermano Morin—. Son los pasos de un gigante... de un animal, mejor. Son saltos y golpes que hacen estremecer las paredes y hasta las losas del pasillo.

Le acompañé sin mediar más palabras. Sabía que el hermano Morin era muy inclinado a la exageración; pero, apenas doblada la esquina del pasillo, me dí cuenta de que no había mentido.

La puerta de la triple cerradura era sacudida con un furor extremo, y, aunque ella hubiese desafiado a un ariete, me esperaba a cada momento verla saltar fuera de sus goznes.

—¡Padre Doucedame! —grité—. ¿Qué sucede?

Llegó la respuesta, tan espantosa que todos emprendimos la fuga hasta el fondo del pasillo.

Un rugido de tigre habíase elevado; luego, una voz monstruosa, vomitando injurias y blasfemias de las más asquerosas. Al mismo tiempo, oímos el ruido de cristales rotos con furor.

Invoqué el santo nombre del Señor y el de mi protector, San Roberto. A continuación me coloqué delante de la puerta.

—¡Dousedame! —grité—. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo os ordeno que permanezcáis tranquilo.

Una risa demoníaca desgarró la noche y oí el ruido frenético de garras tratando de arañar la gruesa madera de la puerta.

El convento empezaba a conmoverse. Se abrían puertas. Voces asustadas preguntaban qué pasaba.

De repente, la campanilla de la puerta principal fue agitada con fuerza y oí, a lo lejos, al hermano tornero hablar por la mirilla con un visitante nocturno.

Inmediatamente el hermano se presentó a mí, con una linterna en la mano.

—Padre —balbució—, es la joven hija del ladrillero, ya la conoce usted. Bets se llama. Suplica que la dejemos entrar... Dice que hay un diablo envuelto en llamas que trata de salir por la ventana de la torre del Oeste.

Di rápidamente las órdenes.

—Por lo que pueda suceder, guarden bien esta puerta. Alcen la cruz frente a ella y digan las plegarias del exorcismo. Y usted, hermano tornero, queda autorizado para dejar entrar a esa joven. Yo iré a reunirme con ella en seguida.

La encontré en la habitación donde poco antes había estado rezando. La muchacha estaba lívida y su cara, aunque azotada por el frío glacial que soplaba, brillaba de sudor.

—Padre —gimió—, sé lo que es...

Dejó de hablar bruscamente, y sus ojos, agrandados por el terror, se volvían hacia el armario...

Yo la imitaba, y mi terror no era menor: golpes violentos acababan de sonar en el interior del armario.

Vacilé antes de abrir, y, de repente, saltó a lo lejos la cerradura y el paquete de tela rodó al centro de la habitación.

No. Digamos más bien que saltó dentro de la estancia, porque destrozó una de las gruesas sillas colocadas delante de la mesa.

Me puse a implorar a todos los santos y empecé una retahíla de frases terribles que hacían huir al demonio, porque una vida repugnante agitaba aquella cosa informe.

Vimos romperse la tela, estallar, y una forma asquerosa retorcerse en la abertura, tratando de liberarse de sus ligaduras.

Bets se arrojó sobre esa forma, gritando:

—¡Al fuego! ¡Al fuego!

Había fuego en la chimenea y las llamas danzaban aún sobre los gruesos leños que yo había echado durante la noche.

Vi a Bets luchando con un extraño y repugnante monstruo lacio: una terrible piel de lobo provista de atroces convulsiones.

—¡Al fuego! —repitió Bets, desplegando un insospechado vigor.

Las primeras llamas mordieron al infernal despojo y Bets amontonó de prisa sobre ella toda la provisión de leños secos que se encontraban a un lado de la chimenea.

En el mismo instante un clamor enorme hizo tambalearse el convento. Era un concierto monstruoso de quejas, de rugidos, de gritos de sufrimiento inhumano, de imprecaciones y de súplicas.

A eso se unían los gritos de terror de los monjes, que corrían por todas partes.

—¡Arde! ¡Arde! —gritaba Bets, la cual, insensible a las quemaduras, sujetaba sin cesar la piel de lobo dentro de la hoguera.

Al fin, cayó inerte y, pocos segundos después, no era más que una masa informe de nausebundas cenizas.

Una inmensa queja se elevó a lo lejos, en el pasillo, así como los llores de un ser que sufría las torturas más horribles.

Bets me miró con ojos llenos de lágrimas.

—Pienso en mi pobre prometido —dijo—. Vamos a buscar al hombre que ha dejado de ser lobo, pero cuyas horas están ahora contadas.

Sin decir una palabra, corrí a la habitación de la torre de donde salía el espantoso llanto.

—Abra —ordené al hermano Morin—. Dentro no hay más que un alma que sufre.

Obedeció temblando.

De la mano del hermano tornero cogí la linterna y dirigí la luz hacia la litera donde el padre Doucedame se retorció en medio de un dolor sin nombre.

Era terrible verle. Su piel se alzaba, en algunos sitios, formando grandes bultos, y en otros, su carne no era más que una llaga sanguinolenta.

Pero, en sus ojos, brillaba, a pesar de los tormentos, una extraña alegría.

—¡Salvad mi alma! —emitió con dificultad.

Lo repito: el hermano enfermero era hombre hábil. Pronto tuvo en sus manos bálsamos y compresas curativas.

—Padre —dijo el padre Doucedame, con voz que, de pronto, se había vuelto tranquila y clara—. Dios no permitirá que abandone esta tierra sin haber hablado... ¡Que el día de la Candelaria sea, al fin, el día de la Luz!

Una de sus manos se destacó de su cuerpo.

Estaba completamente calcinada, pero él se durmió, con una sonrisa de beatitud en sus ennegrecidos labios.

CAPÍTULO X

EL PADRE DOUCEDAME HABLA...

De la fe de los hombres han nacido los dioses...

VOLTAIRE

Ha sido suficiente un sueño de mujer o de poeta para hacer nacer un dios.

STERNE

Cuando su tienda estuvo clavada en el suelo, hubo cazado y pescado, tallado flechas y afilado arpones, cortó una rama de árbol e hizo de ella un dios.

ZABELTHAU : *Les âges d'or*

Las vendas y las hilas habían transformado la cabeza del padre Doucedame en una grotesca esfera blanca, manchada de sombra en el sitio de los ojos y de la boca. Los ojos estaban brillantes y poseían una profundidad de agua marina, como se los he visto en diferentes ocasiones a los que hacen emocionantes adioses a la vida.

Hablaba sin gran dificultad y su mente era clara. Me afirmó que sufría muy poco y que reconocía en ello una prueba de la infinita misericordia del Señor.

—Padre —dijo, en cuanto tomé asiento a la cabecera de su cama—, soy nieto de sacrílego. ¿Acaso le explica esto el espantoso drama de esta noche?

—Hermano —respondí, bastante desconcertado por un problema del cual nos tiene alejado la sabiduría eclesiástica—, temo que caiga usted en la superstición...

—...que es la hija natural de todas las religiones del mundo —terminó Doucedame con un dejo de ironía—. Podría citarle obras de bastante autoridad que reconocen que los hijos de los sacerdotes toman, hasta la sexta generación, la forma de lobo monstruoso en la noche de la Candelaria. Algunos afirman que esta maldición desaparece mucho antes, pero no puedo consagrar las horas que me quedan de vida a inútiles cambios de puntos de vista... Mi abuelo Doucedame fue ordenado sacerdote y fue, que el Cielo haya tenido piedad de él como de mí, un indigno servidor de la Iglesia. Sin embargo, la espantosa revelación no me llegó hasta muy tarde en la vida, en una tierra lejana donde me esforzaba por ganar pobres almas paganas para la gloria del Redentor. Un solo hombre estaba al corriente de esta fantástica tara: el capitán Nicolás Grandsire, y yo creo que hizo todo lo posible para ayudarme y liberarme... Sí. Cuando me llamaba el bondadoso Tatu, hacía alusión a la sombría amenaza anual, y eso sin malicia, creyendo ponerme en guardia contra el peligro infernal... Eso fue lo que me obligó a abandonar el país de los antípodas,

esperando que el demonio no me siguiera más allá de las lejanas latitudes... Él me confió, en parte, la guardia de sus hijos que él dejó en el país, imaginando que, al contacto con las jóvenes almas puras, la mía se libraría del asedio de Satán... ¡Ay! Pronto me di cuenta que no se desprende uno tan fácilmente de la rueda del destino, sobre todo cuando el Tentador la hace rodar a su capricho y en su provecho... Cassave me descubrió muy pronto, considerándome como cosa suya, y su primo Philarete, el odioso, naturalista, me hizo saber desde nuestro primer encuentro que él me destinaba *una magnífica piel de lobo*.

*Yo había decidido no interrumpir el último discurso del pobre padre
Douce dame, pero no pude evitar el hacerle una pregunta.*

— ¿Quién es o fue ese enigmático Cassave?

— Padre Euchere, pronto me volveré hacia ese terrible personaje. No he querido consagrar a mí mismo más que el número de minutos necesarios para mi perdón. El pecado original hace legítimo el castigo de los hijos por las culpas de los padres, pero él le permite aspirar a la remisión del pecado... Dios admite ciertas excepciones a la terrible ley del castigo de los sacrílegos, pero dejará, de cuando en cuando, alzarse lobos demoníacos entre los hombres. No puedo más que alabarle por ello... Hablaré de mí mismo y de mis delitos sólo cuando me acerque por última vez a la santa mesa de la penitencia para suplicarle que me absuelva... Ahora, me dedico a la espantosa tarea que he tomado entre manos: arrancar la máscara de Malpertuis... ¡Ay! Padre, han sido estériles todos mis esfuerzos y solo puedo servirle débiles frutos. Tengo mucho miedo de que, después de haberle dicho lo que yo pude saber, se considere sumido en tinieblas más profundas aún.

* * *

— ¿Quién es o quién fue Cassave?... ¿Quentin Moretus Cassave?... No se sobresalte, padre, no crea que la fiebre me inspira: lo descubro por primera vez entre esa extraña secta de iluminados que se funda hacia el año mil seiscientos treinta en Alemania y cuyos secretos jamás fueron revelados: los Rosacruces.

»Así pues, me preguntará usted si ese extraño y nefasto individuo había alcanzado más de dos siglos de edad...

»Le contesto a usted que es imposible que ignore que, tanto sabios como investigadores, han confesado con disgusto y repugnancia que los Rosacruces pudieron descubrir perfectamente el elixir de larga vida.

»Algunos de ellos, Rosenkranz por ejemplo, ¿no sobrepasaron el siglo en varios lustros? Y lo que es más turbador aún: se encuentra el testimonio de su desaparición, pero nunca el de su fallecimiento.

»Quentin Moretus Cassave poseía una cultura enorme. Era doctor en ciencias ocultas y herméticas. Descubrí un tratado de demonología y nigromancia, ampliado con un epítome, claro y terrible, sobre la Cábala, escrito por su propia mano y que arrojé sin remordimientos al fuego, tan espantoso me parecía.

»Fue un notable helenista y no consideré imposible ni un momento siquiera que,

purificada su alma, se hubiese dedicado con cariño a la búsqueda de la belleza eterna, riqueza imperecedera de la antigua Grecia.

»¡Ah, cómo me desengañé después! ¡Qué aspiraciones monstruosas se ocultaban tras el velo de oro y de luz!

»Cassave promulgó una ley que esperaba explotar en su propio provecho: los hombres hicieron a los dioses ; por lo menos, contribuyeron a su perfección y a su poder. Se prosternaron ante esta obra inmensa de sus manos y de su espíritu, sufrieron su voluntad, se sometieron a sus deseos como a sus órdenes; pero, de la misma forma, los condenaron a muerte...

»Los dioses mueren... Sus extraños cadáveres flotan en alguna parte del Espacio... A lo largo de siglos y milenios, se van terminando lentamente, en alguna parte de este Espacio, en monstruosas agonías.

»Cassave viajó poco. Solo su mente emprendió exploraciones considerables, y eso debió bastarle.

»Por otra parte, apenas existía el tiempo para él, si admite usted lo que acabo de revelarle sobre su fantástica longevidad...

»Un día dio órdenes... Un navío, equipado por encargo suyo, partió para el mar Atico.

»Mi abuelo Doucedame, hombre perverso pero cultísimo, iba a bordo. El padre de Nicolás Grandsire, el capitán Anselme, mandaba el navío.

»Las instrucciones recibidas eran, al menos, extrañas:

»*Tenían que encontrar a los dioses moribundos de la antigua Grecia.*

»No me he equivocado al decir moribundos, porque todos los dioses paganos no están muertos. Aún les queda un grano de arena en el reloj de su vida.

»Escuche, pues, sin estremecerse, una de las espantosas ideas de lo que continuaré llamando la Ley de Cassave:

»Los hombres no nacen del capricho o de la voluntad de los dioses; por el contrario, los dioses deben su existencia a la fe de los hombres. Si esta fe se extingue, los dioses mueren. Pero esta fe no se sopla como la llama de una vela. Se enciende, arde, irradia y agoniza. Ahora bien: las divinidades del Atica no han desaparecido aún del corazón ni de la mente de los seres humanos. La leyenda, los libros y las artes han continuado alimentando la hoguera que los siglos han sobrecargado de cenizas. «No busquen los cadáveres del Olimpo —decretó Cassave—, sino recojan los heridos. ¡Yo haré algo con ellos!»

»Usted ha leído las memorias del pobre Jean-Jacques.

»¿Qué piensa usted ahora de ello?»

Levanté unas manos temblorosas.

—¡Dios mío! ¿Tendré que creer que fueron hallados?

—¡Créalo! —exclamó el padre Doucedame, con voz fuerte—. Pero...

* * *

En este instante el relato del enfermo quedó interrumpido por un acceso de debilidad

caracterizado por dos síncope sucesivos que me llenaron de terror.

El hermano enfermero me pidió autorización para administrarle un enérgico remedio, que le haría reanimarse, pero que le acortaría la vida en unas cuantas horas.

Tras una vacilación muy comprensible por mi parte, tomé la responsabilidad del asunto.

El padre Doucedame revivió e inmediatamente volvió a hacer uso de la palabra. De todas formas, la claridad y la precisión primeras habían sido alteradas fuertemente, y la continuación de su relato no fue más que un penoso monólogo, entrecortado de largos silencios y cuyo hilo se rompía en innumerables sitios. Sin duda, la fiebre representaba en ello un papel preponderante, y sólo puedo atribuir a lo que sigue un valor puramente documental.

—Flotaban en el aire. Algunos estaban muertos y se iban por entre masas de nubes. Mi abuelo Doucedame trazaba de ellos una imagen sacrílega, diciendo que la carroña divina se fundía a los cuatro vientos del espacio.

»Otros palpitaban siempre con un residuo de vida: aquellos a quienes les prestaban aún, como afirmaba Cassave, la fe elirizada en algunos corazones humanos.

»Otros conservaban una vida larvaria; otros más, miserables después de todo, habían escapado a la decadencia.

»Gracias al espanto, más vivo en el corazón de los hombres que la fe, los poderes de las tinieblas sobrevivieron más numerosos.

»Tras los matorrales, se hallaba agazapada una última diosa, desnuda y miedosa: se trataba de la última Gorgona, que había conservado todo su poder y toda su trágica y suprema belleza... Sobre la arena, las hijas del Tártaro, amedrentadas, esforzábanse por mantener vivo un fuego de algas secas...

»¡Ajá! ¿Los ve usted? Vulcano arrastra la pierna; las Furias retuercen sus manos como garras; Juno, marchita, arranca los crisantemos para alimentarse, y hasta un único Titán, escapado al castigo de Júpiter, está enfermo y sirve a Vulcano...

»Están allí, furiosos, desesperados, impotentes ante las armas mágicas de los hombres nuevos que iban a reducirlos a la esclavitud.

»Cassave, gran maestro de las ciencias herméticas, había armado a Doucedame de fórmulas formidables, de sortilegios que hacen estremecerse a las estrellas de la bóveda celeste. Los utilizó sin vergüenza.

»¡Ah, ah! ¡El engaño! Él se apoderó de todo lo que quedaba aún de vida humana... No me pregunte por el momento... Su pluma de ganso no se hubiera atrevido a confiar al papel semejante revelación.»

* * *

Aquí, durante una larga pausa, el moribundo deliró por espacio de una hora o más. Cuando se tranquilizó un poco, me fue muy difícil seguir su relato febril y entrecortado.

—Fueron arrancados de su patria milenaria... guardados presionemos en una nave nauseabunda..., ¿cómo?..., ¿bajo qué forma?... ¿Lo sé acaso?

»Doucedame no dijo nada. Pero los Rosacruces y, sobre todo, el temible señor

Cassave, ¡poseían tal riqueza de inhumanos secretos...!

»Y Cassave los recibió como si fuera un cargamento en regla... ¡Ajá!

»Los dioses, o lo que quedaba de ellos, fueron vendidos como piezas de carnicería a cambio de buenas libras de oro y escudos... ¡Ajá!

»Si yo he visto bien, a Cassave. no le sirvieron según sus deseos.

»La cesta se había desfondado. Tuvo que contentarse con los restos podridos del Olimpo. ¡Ajá! Ya se los he citado: Vulcano, o, para estar más de acuerdo con el Atica, Hefestos, lo más feo de los cielos, acoquinado con una pequeña deidad de cuatro cuartos. Las Euménides, envejecidas en su dañina impotencia. Una ruina de Titán que servía a Vulcano por no tener ya Cíclopes a quien mandar. Un doncel del Olimpo, que el propio Cassave no se atrevió a identificar con el maravilloso Apolo...

»Y otros más... sin duda, sin duda...

»Cassave, ¡ajá!, el bribón que hizo la ley a los dioses... pronto se dio cuenta de su impotencia cuando quiso darle forma y vida después de su maléfica captura.

En vano consultó los más espantosos tratados. Tuvo que recurrir, al fin, a un primo suyo, un ser que parecía la misma imagen de la estupidez más sórdida y del cual, por befa o por cualquier oscuro e incomprensible designio, había hecho, si no su confidente, por lo menos el legatario de una ínfima parcela de su infernal sabiduría. Este estúpido lacayo poseía una pasión extraña y morbosa: la taxidermia. ¡Era el bondadoso Philarete! Philarete confeccionó para las divinidades tripas de buey con apariencias humanas. Forró a los dioses de la antigua Tesalia con sacos, dentro de los cuales apenas eran hombres.

»Escuche: una de ellas... era hermosa. Los siglos la habían respetado. Se trataba de la última Gorgona. A dos ineptos lacayos, quienes, como Philarete, eran de su propia sangre, confió esta diosa como si fuera su hija... A Dideloo, un estúpido escribiente de Ayuntamiento, y a su mujer, una antigua prostituta del barrio del Puerto... ¡Ajá! La última Gorgona, hermosa y poderosa, era Euryale.

* * *

Hacia la caída de la tarde, el padre Doucedame se amodorró y nuestro bondadoso hermano enfermero le suministró una poción calmante, convencido de que ella le ayudaría poderosamente a pasar sin sufrimientos de la vida a la muerte.

Me procuré un poco de descanso; pero, al dar las diez de la noche, el hermano Morin, que me había sustituido a la cabecera del moribundo, vino o buscarme apresuradamente para anunciarme que el padre se había despertado y parecía muy lúcido.

* * *

—Padre Euchere —dijo Doucedame—, me ha llegado la hora. No creo haberle dicho todo. Mis minutos están contados. No me diga que no. Lo noto.

»¿Quién es, quién fue Quentin Moretus Cassave? Yo mismo me hago la pregunta.

»¿Encarnó en él el demonio? No lo creo, pero pienso que el Malo contó con él al abandonar en sus manos, como un feudo, la casa maldita, Malpertuis, donde iba a

dedicarse a la espantosa experiencia.

»¿Cuáles fueron sus designios al encerrar en ella, después de su muerte, a las criaturas que usted conoce?

»Yo no lo sé, pero me atrevo a formular una hipótesis atrevida: confió el final de la experiencia al propio destino, al propio azar.

»Ahora me parece que, durante su estancia en Malpertuis, los habitantes estaban sometidos a imprevistas alternativas de deidad y de humanidad. ¿Cuál de ellas primero? ¿Podría asegurarse? Encerrados en grotescos despojos, soportaron el peso de ellas. ¿Pasaron por etapas de juicio? Esto sí me atrevo a afirmarlo, pero me parece que, aun en esas horas de lucidez, no sabían servirse de su poder divino. A pesar de todo, continuaban siendo pobres criaturas. Y cuando llegaban los largos períodos de olvido, no recordaban siquiera que eran dioses. Vivían en un extraño estado humano y vegetativo, con una especie de ansiedad, con una consciencia difusa de su verdadera esencia, por momentos...

Hubo una nueva interrupción por mi parte:

—Usted ha hablado de otras divinidades sin citar sus nombres.

Doucedame parecía haber previsto mi pregunta, y se disponía a contestarla, cuando un nuevo colapso le privó del sentido. Sin embargo, se recuperó otra vez y continuó en el uso de la palabra:

—La tienda de pinturas... es un símbolo..., la luz... Lampernisse... ¡Oh, sí!... ¡Recuerde usted el último grito de su vida!

—Lo recuerdo: « ¡Promete! »

—Y añadió: *¡No es eso!... ¡Ajá! Veo a Lampernisse, que solloza porque le soplan la luz de las lámparas; el águila, que le desgarran las carnes; las cadenas, que le clavan al suelo, ennegrecido por su sangre : ¡Prometeo!*

Lancé un grito de horror.

—Encontraron a Prometeo en su agonía eterna y se lo llevaron para hacer de él Lampernisse —murmuró el padre Doucedame—. ¡Oh burla cruel! ¡Cassave dotó a Prometeo de una tienda de pinturas y de aceites para lámparas!... Prometeo, que gozaba en Malpertuis de un estatuto especial, debido tal vez al hecho de que el propio Destino le había asignado una eterna agonía... Lampernisse, que fue quizá el único, entre los dioses cautivos del satánico Cassave, que conservó siempre una semiconsciencia, por lo menos, de su esencia divina... ¡Y que no la olvidó jamás!... Los otros tenían prolongados períodos de olvido y de aturdimiento... El águila de Prometeo, el águila del castigo, debió olvidarla él mismo durante mucho tiempo. Eso fue lo que permitió al lamentable Lampernisse entablar contra ella, a golpe de colores y de luz, durante meses, un bufo, combate, cuyo trágico fin estaba escrito, no obstante, en la rueda lamentable del Destino...

El padre calló un momento.

—El águila... —continuó—. A veces he sospechado que estaba ligada al paso de Euryale, que le servía de alguna forma. ¿Quién sabe? ¡Ah, he creído tantas cosas!... Pero ¿quién podría censurármelo? En el fondo, ¿qué importa comprender? Yo tenía que cumplir una doble misión: la de proteger a Jean-Jacques y a Nancy y la de reparar la inmensa culpa de un hombre de mi sangre. ¡Y esta sí que era terrible!

De repente, un violento estremecimiento conmovió al Padre Doucedame. Sus ojos se

abrieron desmesuradamente.

—Los geniecillos de las buhardillas... Recuerde usted los diminutos dioses penates, tan numerosos, a veces buenos, a veces malvados... La nave del capitán Anselme solo recogió lo que encontró.

»Eisengott... Las Cormelon... ¡Ajá! Seguramente habrá usted adivinado quiénes eran... En cuanto a mí, he investigado más lejos todavía, siempre más lejos... Tan lejos, que terminé por preocupar a los lacayos de Cassave, Philarete y Sambucque, a los cuales había legado algunas migajas de su ciencia gigantesca y tenebrosa... Me deslicé en Malpertuis ignorándolo todos, hasta el pobre Jean-Jacques Grandsíre... Philarete y Sambucque temblaban de ansiedad sólo al olor de mi tabaco... Estaban espantados ante la idea de que yo terminase por descubrir el Gran Secreto, lo cual me hubiese armado para salvar a Jean-Jacques y darles el castigo que se merecían... ¿El castigo?... Otro poder se encargó de ello... Yo no llegué al final de mi tarea... Dios, en su Sabiduría infinita, quiso que el destino se cumpliera... ¡Alabado sea su Santo Nombre!... Pero algunas parcelas de verdad llegaron hasta mi débil cerebro... Griboin, escupiendo al fuego, era Vulcano sin duda alguna. Pero ¿quién era su mujer?... ¿Puede creerse que exista una decrepitud tal que hubiese convertido a la hija del Mar en la vieja Griboin?... ¿Tchiek no era más que la grotesca supervivencia del Titán escapado al castigo de Júpiter y que llevó Anselme Grandsire?... Recuerde lo que decía Lampernisse con respecto a él... ¿Quién fue Mathias Krook?... Ya le he dicho que el propio Cassave no lo supo jamás y dudó en identificarle con Apolo... ¿La tía Groulle?... ¿Por qué no sería la propia Juno, en el límite extremo de la caducidad?... ¡Dideloo! ¡Su mujer! ¡Philarete! ¡Sambucque! Ya le he hablado de ellos: eran seres humanos, sencillamente; lacayos de Cassave; en cierta forma, sus ejecutores testamentarios... ¿Y Elodie?... ¿Quién podría definir jamás el papel de esta mujer humilde, piadosa y devota, en el seno de esta tormenta de potestades infernales?... Y, por último, queda... *Ella*...

El padre Doucedame se incorporó en la cama y, con ademán violento, separó sus brazos mutilados.

—¡La llevaron a la casa en la plenitud de sus fuerzas, en la plenitud de su espantosa belleza!... ¡Señor, protege a tus hijos contra ella!

Le obligué amablemente a que volviera a acostarse.

—¿Habla usted de Euryale? —pregunté, temblando.

Pero el pobre padre Doucedame no podía responderme ya: la luz se extinguía en sus ojos.

—¡Es suficiente! —exclamé—. ¿Qué me importan esos misterios ni siquiera la luz que usted quiere darme de ellos?... ¡Piense en su alma!

Le administré los Santos Sacramentos y pronuncié la absolución, diciendo las palabras que abren el cielo a los que van hacia Él confiados en su Justicia y en su Bondad.

Cuando me alcé, tras las últimas oraciones, el padre Doucedame no era ya de este mundo.

CAPÍTULO XI

LOS IDUS DE MARZO

No hay sobre la tierra ninguna ley que no evoque a las Euménides.

PETIT-STENN: *Portefeuille*

...¡y cuántos dioses se han pasado al lado del diablo!

WICKSTEAD: *Le grimoire*

¡Oh, una voz, una voz para gritar!

EDGAR POE: *El Pozo y el péndulo*

El hermano Morin, que en su juventud fue algo cazador y del que sospechaba que aún tendía algunos cepos, me anunció que los tordos, que habían invernado en los bosques de coníferas, estaban inquietos y que la lechuza salvaje había cambiado su grito.

En los pantanos, las caladomitas chillaban y destrozaban los cañaverales con el nerviosismo de sus vuelos. Al caer la noche, los chorlitos huían a ras del agua llorando, y, una vez noche cerrada, las quejas de las primeras grullas cenicientas clamaban al cielo.

Morin tomó un aire misterioso para confiarme que el ave del misterio crepuscular, el chotacabras, había adelantado en más de tres semanas su silencioso retorno.

—Es mal presagio— afirmó.

Y yo le amenacé con penitencia por atreverse a darse a la superstición.

Pero ¿podía censurárselo?

Una atmósfera deletérea, formada por vagas angustias e inquietudes, nos rodeaba.

Los bondadosos padres estaban nerviosos y de ello se resentían los ejercicios piadosos.

Por otra parte, mi propia aflicción era grande, porque el estado del joven Jean-Jacques Grandsire apenas mejoraba.

Su mente parecía haberse oscurecido en el transcurso de pruebas demasiado duras, pruebas que le habían sido impuestas; su memoria no se despertaba. ¿Podía lamentarme por ello? No lo creo.

Reconocía a Bets, por quien yo continuaba infringiendo la sana norma de nuestro convento, al permitirle largas visitas al enfermo, el cual me veía acercarme a su cabecera con alegría, aunque tan pronto me llamaba su querido padre Doucedame como su pobre Lampernisse.

Hacia la mitad del mes de marzo, durante una jornada casi primaveral animada por

los primeros cantos de las cercetas azules, pareció recobrar un poco su lucidez.

Sin embargo, no dio señal alguna de temor ni evocó ningún recuerdo de la casa fatal que le había tenido aprisionado.

—Si vuelvo a ver al doctor Mandrix le preguntaré qué ha sido de mi hermana Nancy, cuyos ojos vi llorar —dijo.

Le dije convencido que eso no había sido más que una pesadilla, pero movió tristemente la cabeza.

—Mandrix o Eisengott..., no lo creo malo.

Puso su delgada mano sobre la mía

—Lo espero... Puede ser que venga mañana —dijo.

Luego reclamó imágenes, porque gozaba mucho mirando los antiguos volúmenes de nuestra biblioteca, que habían enriquecido de espléndidos grabados algunos religiosos de talento.

Durante la tarde el tiempo cambió bruscamente, y el viento, transformado en huracán, trajo abundantes nubes de lluvia y de nieve.

Dos hermanos legos, de regreso del pueblo, me señalaron importantes crecidas en el río y en los arroyos cercanos, y decidí organizar puestos de vigilancia ante el temor de eventuales inundaciones.

Yo mismo me negué el descanso nocturno y me refugié en la biblioteca, cuyas ventanas daban a los estanques y por las que podría vigilar la crecida si, por desgracia, se producía.

La biblioteca era una sala larga, tapizada de libros, muy agradable durante las horas de luz del día, pero provista de una iluminación artificial poco considerable, la hacía especialmente oscura una vez caída la noche.

Al principio de mi vigilia tuve que hacer grandes esfuerzos por luchar contra el sueño. La dulzura de la oración murmurada hacía presión sobre mis párpados y tuve que recurrir a uno de mis libros piadosos preferidos para mantenerme en vela. Era un *Palmera celeste* o entrevistas del alma con Nuestro Señor Jesucristo, edición muy bella, de la que me gustaba, por encima de todo, la magnífica oración universal.

Murmuré con alegría:

—Dios mío, hazme prudente en las empresas, valeroso en los peligros, paciente en los fracasos, humilde en los éxitos. Que no olvide nunca poner atención en mis oraciones, exactitud en mis cometidos y confianza en mis resoluciones. Señor, inspírame...

Por tres veces repetí: «Señor, inspírame», porque la invocación me parecía más apropiada que nunca al momento, cuando mi voz pareció encontrar eco.

Alguien había repetido: «Inspírame», pero había sustituido el nombre del Todopoderoso que yo invocaba por otro extraño.

La voz en la oscuridad suplicaba:

—¡Moira, inspírame!

Me volví, asustado e indignado a la vez. Me ha sido preciso a veces combatir, con gran aflicción por mi parte, entre los hombres de gran piedad, predisposiciones heresiarcas.

Creía en la presencia de algún fraile estudioso que se hubiese deslizado detrás de mí

en la biblioteca con intención parecida a la mía ; es decir, evitar el sueño para estar vigilante ante el peligro amenazador.

— ¿Quién está ahí? —pregunté, ya que no podía ver a través de la espesa oscuridad, apenas estrellada por la lamparilla de estudio—. ¿Y qué dice?

La voz replicó, con una entonación infinitamente triste que me sobrecogió el corazón:

— ¡Moira, inspírame!

— ¿Qué significa?... —exclamé, claramente alarmado esta vez.

Había retrocedido mi silla, y mi lámpara envió rayos de luz sobre los estantes próximos de los antifonarios.

Una alta figura se hallaba en pie, inmóvil, de espaldas a los libros.

El rayo de luz se posó en las manos juntas, grandes y bellas, luego, en una larga barba plateada, y, por último, un rostro noble y triste surgió de las sombras.

— ¿Quién es usted? Usted no pertenece a esta casa... ¿Cómo, cuándo y por qué ha venido? —pregunté de un tirón.

— Me esperan —respondió—, y si piensa darme un nombre, llámeme Eisengott.

— ¡Dios mío! —balbucí.

E hice la señal de la cruz.

Le vi estremecerse.

— Su gesto no puede nada contra mí —murmuró—. No pertenezco a los que desean el mal a los hombres.

— Si es así —dije, recobrando el ánimo y sintiéndome de pronto tranquilizado respecto a él—, rece conmigo.

Su temblor se acentuó.

Se acercó más a mí y pude verle mejor.

Jamás podré explicar por qué sentí en ese instante que una inmensa tristeza invadía todo mi ser.

— Por desgracia —exclamé—, ¿le ha sido negado el divino consuelo de la oración? En tal caso, dígame quién es usted y si puedo procurarle alguna ayuda.

Volvió hacia mí dos ojos brillantes como dos estrellas.

— ¡Que el que usted invoca le proporcione este dato! —exclamó con pasión—. Si no, ¡usted no conocerá ya la paz en esta tierra!

Una violenta ráfaga de aire se lanzó contra las paredes del convento en aquel instante; oí el chirrido apagado de las veletas, las bruscos golpeteos de las contraventanas desprendidas de sus pestillos y un rugido torrencial de lluvia. Casi al mismo tiempo, una enorme claridad iluminó el espacio, por las ventanas, la extensión agitada de las aguas presa del asalto furibundo de los elementos.

El desconocido alzó sus largos brazos al cielo en un ademán de terrible invocación.

— ¡Llegó la tempestad! —exclamó—. ¡Y sobre sus alas monstruosas vuelan las fuerzas del mayor espanto! ¡Vienen! ¡Dentro de un instante se hallarán sobre nosotros! ¡Servidor del Nazareno y de su Cruz victoriosa, llame a su Señor en su socorro!

Una de sus grandes y bellas manos blancas se abatió sobre mi hombro y me pareció tan pesada como el plomo.

De pronto, más cegadora que los rayos que despedían los cielos, me deslumbró una

revelación.

— ¡Eisengott! ¡Eiseingott es Zeus! ¡El dios de los dioses!

Me esperaba un retroceso furioso de su parte; tal vez un brusco y terrible retorno a su antigua omnipotencia,

Pero sus ojos se llenaron de una angustia infinita que me desgarró el corazón y me arrancó lágrimas.

— Venga — dijo con suave firmeza —. Tenemos que asistir a Jean-Jacques Grandsire.

Era una orden más que una súplica y me di cuenta de que, a pesar de mi disgusto y mi turbación, no hubiera podido sustraerme a ella.

Le seguí, sin decir palabra, por los pasillos donde los frailes desvelados corrían, de acá para allá, murmurando plegarias protectoras o sollozando de miedo.

El convento temblaba en sus cimientos.

Torrentes defuego celestial, acompañados de formidables truenos, unían la nube con la tierra; una de las ventanas fue arrancada de cuajo y por la abertura se introdujo una ola de agua negra.

Por dos veces fui derribado por la violencia del viento antes de alcanzar la habitación del joven enfermo.

Nos lo encontramos incorporado en la cama, con los ojos llenos de terror, vueltos hacia el cielo en furia.

Eisengott se arrojó sobre él, gritando:

— ¡No mire! ¡Baje los ojos!

Pero el joven no parecía oírle.

Vi a Eisengott echar sobre él una manta de la cama y cubrir la cara del enfermo.

— ¡Procure que no mire... procure que no vea! — suplicó el anciano.

En el pasillo se produjo una galopada y oí la voz ahogada del hermano Morin:

— ¡Los demonios! ¡Los demonios!

La mano de hierro de Eisengott pesaba sobre mi brazo.

— Cuando le diga que no mire más, aparte los ojos si no quiere perder la vida al instante — ordenó—. Ahora puede mirar y quizá comprenda lo que sucede.

Una potente autoridad emanaba de sus palabras y, abandonando toda resistencia, seguí con la mirada su largo brazo que señalaba el cielo.

Los rayos se sucedían sin cesar, manteniendo en las alturas una claridad de horno encendido.

— ¡Mire! — ordenó Eisengott.

Miré.

Tres figuras de espanto, tres horrores sin nombre, surgidas del fondo de los infiernos, evolucionaban allí sobre alas tan amplias como velas de barco. Por dos veces sus rostros se hicieron visibles y por dos veces grité con todas mis fuerzas; tan grande era mi terror.

Se trataba de máscaras lívidas y grotescas, retorcidas por un furor demoníaco y coronadas por cabelleras de serpientes animadas de locura rabiosa.

Eisengott se rió estrepitosamente.

— ¿Las reconoce usted, padre Euchere? ¡Las Euménides! ¡Ahí tiene usted una de las abominaciones vivientes que Anselme Grandsire llevó al gran Cassave! ¡Las Euménides!

¡Tisifone, Megera, Alecto!. ¡Las Cormelon, si así lo prefiere! Reclaman a Jean-Jacques...

En las garras de los monstruos alados acababan de aparecer enormes antorchas encendidas. Su vuelo se acercaba peligrosamente a nuestras paredes y oía los silbidos rabiosos de las serpientes.

De pronto, Eisengott se echó para atrás.

—¡La lucha! —le oí murmurar.

Del fondo del cielo avanzaba otra figura con una lentitud que me pareció más espantosa que la velocidad increíble de las tres furias.

Una aparición de llamas lechosas, de donde surgió un rostro. Pero ¡qué rostro!... Jamás belleza tan terrible había surgido del misterio de la creación.

Planeaba, con vuelo inmenso y silencioso, sobre la furia de las hijas del Tártaro.

Éstas vacilaron; luego, de común acuerdo, se lanzaron hacia ella. El rostro de fuego blanco se inclinó.

—¡No mire más! —tronó Eisengott.

Y con su grande mano blanca me tapó con rudeza los ojos.

Oí un triple rugido de demencia y de dolor, seguido del trueno de un inaudito derrumbamiento.

—¡Se acabó! —oí murmurar.

Abrí los ojos. El cielo estaba vacío, y solo, hacia el Norte, huía una enorme estrella fugaz.

De repente, una voz lejana sollozó:

—¡Euryale!

Eisengott lanzó un grito de desesperación:

—¡Maldición!... ¡Ha mirado!

Me Volví hacia la cama del enfermo.

Estaba vacía, pero Jean-Jacques Grandsire se hallaba de pie en medio de la habitación, el rostro frío como de mármol vuelto hacia el tranquilizado firmamento.

Extendí mis manos hacia él, pero las retiré inmediatamente lleno de horror.

Acababa de tocar una estatua de piedra, ¡sin vida, sin alma!

Las palabras de Eisengott cayeron en el silencio como gotas heladas.

—¡Así mueren los que se atreven a alzar los ojos hacia la Gorgona!

Girando por completo a mi alrededor, corrí como un loco por los pasillos, arrancándome de los brazos que intentaban detenerme y gritando sin cesar:

—¡La Gorgona! ¡La Gorgona!... ¡No la miren!

CAPÍTULO XII

HABLA EISENGOTT

Jehovah, lleno de misericordia, dijo a Júpiter:

—No os envío la muerte, sino el descanso.

—¡Os sería fácil destruirme!

—No lo haré. ¿No sois mi her mano mayor?

HAWTHORNE

Los dioses estaban sometidos a la ley del Destino y no podían nada contra él...

La Mitología

Yo, a quien los lectores de la tenebrosa historia de Malpertuis llamarán siempre «el ladrón de los Padres Blancos» —y que acepto este calificativo injurioso a título de penitencia—, llego ya al término de mi labor.

Una débil luz... demasiado débil, ¡ay!..., habrá paseado su rayo tenue y vacilante sobre las sombrías paredes de Malpertuis y los destinos más sombríos aún de sus habitantes.

Queda ante mí un montón enorme de hojas amarillentas, de las que no he hecho uso. Es la continuación del manuscrito debido a Dom Misseron.

Pocas cosas de las contenidas en estas páginas merecen ser publicadas; además, la mayor parte de ellas no tienen más que una ligera relación con Jean-Jacques Grandsire y Malpertuis.

Bastará al lector saber que el santo padre cayó gravemente enfermo después de la escena relatada en el capítulo precedente; que su razón también vaciló y que, durante más de un mes, permaneció sumido en una especie de coma sembrado de sueños espantosos. Tras lo cual, y gracias a los devotos cuidados de los conventuales, pareció volverle la consciencia y continuó redactando la memoria que tengo ante mi vista y que era, sin duda, para él una especie de manía, porque en ella se encuentran reunidos los materiales más desiguales en un desorden inquietante.

Casi no tiene interés alguno reproducir un incoherente estudio sobre los «hermanos llamados barbusquinos», que produce fatiga cerebral, por no emplear un término más severo.

Dom Misseron los llama «fantasmas terroríficos y vengativos al servicio de Nuestro Señor Jesucristo, para combatir a los espíritus infernales mantenidos cautivos sobre la tierra por el horrible doctor en magia que fue Quentin Moretus Cassave, en su maldita mansión de Malpertuis».

Este estudio es tanto más sospechoso cuanto que está entremezclado con relatos

hagiográficos absolutamente imaginarios sobre San Anschaire y el ilustre fundador de los Chartreux, San Bruno; páginas absurdas de Historia Natural donde se habla de la migración de pájaros completamente inexistentes o de flores misteriosas suscitadas por los rayos de luna y capaces de atraer a los vampiros y a los endemoniados.

No obstante, importa transcribir, aparte de este maremágnum, las siguientes líneas turbadoras:

«Eisengott me dijo

»—Yo no fui jamás prisionero de Cassave ni de sus sicarios. Yo seguí voluntariamente el espantoso exilio de mis pobres amigos.

»—Por tanto —le pregunté, temblando—, ¿os queda, pues, ¡oh criatura temible!, algún poder, verdad?

»—Quizá... El que me concede aún, por lástima, el inmenso Dios que tú sirves, Dom Misseron.

»—Entonces, puesto que ese poder lo poseéis aún en parte, ¿por qué no habéis salvado a Jean-Jacques?

»—Porque, por encima de los deseos y de las aspiraciones de los hombres, por encima de la voluntad de los dioses y de la mía propia, existe la ley inflexible del Destino. Lo que está escrito sobre la rueda tiene que cumplirse...

»—¿Vos no habríais podido... ?

»—¡Nada!... He hecho cuanto he podido por Jean-Jacques... En su trágico destino estaba escrito que él sería amado por dos diosas cautivas de las fórmulas de Cassave: Euryale, la última Gorgona, y Aleto, la tercera euménide... De ese doble amor nació un espantoso drama de celos igual que algunos de los que conoció el Olimpo en tiempos remotos... Cuando, durante la noche de Navidad, Euryale proyectó por primera vez su mirada sobre Jean-Jacques, tratando de petrificarle para conservarle para ella sola, sus ojos lloraban... Las lágrimas dulcificaron el fuego de aquellos ojos y el encanto sólo se verificó a medias... Gracias a eso pude curar a Jean-Jacques... Usted ha asistido al final del drama; usted ha visto la lucha de las Euménides con la Gorgona...

»—De la que fue víctima el pobre Jean-Jacques...

»—¡Había desobedecido!... Euryale acudió, aquella noche, únicamente para protegerle de las Euménides, que querían apoderarse de él... Fue Jean-Jacques solamente el responsable de lo sucedido: ¡se atrevió a mirar a la Gorgona!... Por otra parte, Euryale le amaba apasionadamente y le protegió... ¿Recuerda la suerte que hizo correr a Philarete el día que este lacayo de Cassave quiso poner las manos sobre él?... Sin ella, las Euménides le habrían castigado, hace tiempo, por su crimen...

»—¿Por su crimen?

»—¿No se había hecho amar por una diosa, él, que no era de los nuestros?... ¿Recuerda la suerte del tío Dideloo, que creyó poder reducir por amor a una hija del Tártaro?... Los dioses se inclinan, a veces, ante las ofensas de los humanos armados de poderes robados; pero la hora del castigo llega siempre... Ese poder nos lo ha dejado vuestro Dios Inmenso... ¡Dideloo!... ¡Philarete!... ¡La prostituta Sylvie, que imponía a la última Gorgona su despotismo maternal!... ¡Sambucque!... ¡Todos!... Hasta Jean-Jacques...

Sin embargo, él no era solamente un hombre: ¡un reflejo del Olimpo aureolaba su frente!...»

Es imposible saber dónde y en qué momento tuvo lugar esta entrevista, tan extraña, entre Eisengott y el religioso. Más adelante, este último escribe:

«A pesar de la viva oposición de los conventuales, mandé inhumar el cuerpo petrificado de Jean-Jacques en tierra sagrada, aunque separado del lugar donde se hallan las sepulturas de nuestros santos frailes.

»Junto a ella crecen florecillas exóticas que se deshojan al solo contacto del dedo, cayendo sobre la tumba en forma de polvillo, y plantas de un olor tan repelente que sólo puede uno acercarse a ellas al precio de náuseas. A mí me parecen muy semejantes a los altramuces del diablo, hierbas malditas y nocivas.

»En varias ocasiones he visto a una joven de gran belleza sentada, inmóvil, junto a esta tumba.

»He querido dirigirle la palabra; pero, cada vez que me encaminaba hacia ella, la veía desaparecer como el humo. Sin embargo, he podido ver que llevaba una venda negra sobre los ojos y que su cabellera, roja como cobre encendido, era muy rara.

»En otra ocasión, vi salir de la cerca de boneteros con que los frailes han rodeado la sepultura, a un joven de rostro dolorido, cuya frente sangraba. Le dirigí la palabra, preguntándole si podía prestarle asistencia.

»De un salto se refugió en el macizo de boneteros y oí una voz muy dulce, pero infinitamente triste, cantar de forma pagana y detestable profundas palabras bíblicas: «¡Yo soy la rosa de Saaron!»

»Los bondadosos hermanos dicen que, ahora, viven en la ciénaga gruesos y peligrosos peces que devoran a las carpas, anguilas y lucios, que, desde tiempo inmemorial, hacían las delicias de nuestra mesa.

»Morin pretende que los destructores son serpientes y asegura haberlas visto. Pero no se puede dar mucho crédito a lo que cuenta este excelente hombre, de gran corazón, pero de escaso juicio.»

Más adelante, en medio de una pesada disertación sobre los famosos barbusquinos, Dom Misseron escribió:

«Era un hombre alto y robusto, cuyos cabellos y barba apenas envanecían.

»Se hallaba delante, de mí, sin que le hubiera visto llegar, y me produjo cierta inquietud. Continuamente oigo su voz desgarrada, al decirme...

»¡Oh, tengo que torturarme la memoria, pues no recuerdo el relato que me hizo, pero puedo afirmar, por mi salvación eterna, que fue tan terrible como la confesión de un maldito!

»No obstante, recuerdo estas frases: «Mi padre, Anselme Grandsire, salvó a una diosa de los maleficios del innoble Doucedame. Yo nací de sus breves amores en la isla de los Dioses muertos, y, después, solo he vivido para la obra de venganza y de evasión de

los dioses robados y mantenidos en sórdido cautiverio.

»¿Se da usted cuenta, servidor del Dios triunfante en la Cruz, de que mis hijos Jean-Jacques y Nancy eran también dioses?

»Como tales, sufrieron el raro perjuicio de la ley de Cassave. Pero, para el implacable Rosacruz, ellos eran objeto de turbio orgullo... En efecto, un poco de su sangre corría también por sus venas. A este respecto, Cassave era especialmente atento y sensible. Presentía el amor de Euryale, y la unión de esta espantosa deidad con mi hijo, su sobrino nieto, tomaba a sus ojos proporciones apoteóticas. Tal vez preveía cosas enormes en el futuro; pero Moira, que hace la ley a los propios dioses, detenta sola los secretos del mañana. Mis hijos eran dioses, y, como tales, fueron amados por los dioses. Sin embargo, también eran seres humanos. Quizá por eso les llegó el castigo: Nancy, cuyos ojos lloran en una urna, amó a un dios de luz; Jean-Jacques robó el amor de dos diosas terribles...

»¡Oh! ¡Qué huecos tan enormes se horadaron en este momento en mi alma!

»Vi abismos donde volaban inmensas aves; luego, una cara gigantesca que invadía el espacio, y el hombre gemía con terror:

»—¡Moira! Ante la cual el mismo Dios de los dioses tiene que inclinar la cabeza... ¡El Destino! ¡El Destino!

»No recuerdo ya lo que siguió: si hubo una continuación a estas desgarradoras palabras o a estos hechos.

»Pero doy gracias al cielo por no recordarlo, porque debieron de ser impías y mortales para las almas que viven en Nuestro Señor Jesucristo.»

* * *

Sólo añadiré una cosa más: he tratado de saber algo más sobre Dom Misseron, sobre este inocente padre Euchere, al cual le fue otorgado el terrible privilegio de asistir al último acto del último drama del Olimpo.

Me he atrevido a volver al convento de los Padres Blancos con un pretexto piadoso, a fin de informarme sobre el asunto.

Mi cosecha fue escasa.

Todo lo que conseguí saber es que, hacia el final de su existencia terrenal, el padre Euchere cayó en la locura y se le alejó de su querido monasterio.

Construía con papel y madera fina extrañas casitas que llamaba Malpertuis y que arrojaba, inmediatamente, al fuego purificador de un auto de fe, proclamándose el instrumento de Moira y de los dioses...

* * *

Mi tarea está terminada.

La última hoja fue leída y colocada en el lugar que yo juzgaba más adecuado para esclarecer esta notable y sombría historia.

He permanecido mucho tiempo pensativo al considerar que un amor horroroso se encuentra en la base de este drama misterioso: una Euménide y una Gorgona

disputándose el corazón de un pobre muchacho de veinte años, el cual no sabía, sin duda, que era hijo de dioses.

¿Cuál fue el destino de los que sobrevivieron?

¿Envejecieron como seres humanos y sufrieron la inexorable ley de la tumba?

¿Participaron de la inmortalidad o, mejor dicho, de la longevidad de los dioses?

He escrito que mi tarea está terminada. ¡Y no lo está!

Siento que una voluntad, misteriosa e imperiosa, me empuja: es preciso que busque y que encuentre la Ciudad y la casa...

* * *

Partiré inmediatamente.

Antes de partir para esta expedición que me hace temblar más que todas las otras de mi existencia aventurera, he leído por última vez las páginas de esta historia maléfica y he dado algunos retoques a su coordinación. En efecto, es preciso que todo esté perfectamente ordenado para el caso en que...

Los años han vuelto amarillas las páginas de la Memoria y el tiempo ha debido de deslustrar las piedras de la ciudad.

Pero los dioses, ¿no han sobrevivido?

EPÍLOGO

EL DIOS TERMO

De esos dioses que son sordos, aunque tengan oídos...

JEAN DE LAFONTAINE

Me contará usted el último secreto de Huckebrecht. ¡Líbreme, libreme de las miasmas de este miserable infierno!

HERMAN ESSWEIN: *Der Gespensterfritz.*

¡He encontrado la Ciudad!

Llegué allí una noche por medios de locomoción muy modernos.

Era tarde, y las casas dormían bajo la luna.

Sin embargo, el ambiente no me pareció que hubiera cambiado mucho: lloviznaba, las luces estaban amortiguadas, los peatones eran escasos, algunos edificios nuevos desentonaban del conjunto arcaico, obstinadamente fiel al pasado.

Las últimas puertas se cerraban, y los postigos de las ventanas se ajustaban sobre pesados sueños provincianos.

No obstante, encontré una taberna con ventanas rojas y la puerta entreabierta, por donde se escapaban unos agradables olores a asado.

Oí risas, trozos de canciones y el atrayente ruido de vasos y botellas.

Entré, confiando en el buen humor que parecía reinar al otro lado de la puerta.

Encontré allí una compañía alegre que comía a dos carrillos y que acogió bien al desconocido.

En mi honor volvieron a pedir algunos manjares y tuve que paladear vinos añejos y de excelentes bodegas.

En un rincón de la sala, la camarera disponía de cuando en cuando en una mesita las sobras de las bandejas y los fondos de las botellas ante dos ancianos que engullían todo lo que les servían.

Mis compañeros de una noche habían llegado a un estado de embriaguez muy próximo al entorpecimiento, y la conversación languidecía lentamente, deslizándose como una plomada.

Dirigí la vista hacia los dos viejos tragones.

El hombre tuvo que ser en otros tiempos un gigante, pero su espalda se encorvaba hasta el punto de hacerle terriblemente jorobado; en cuanto a la mujer, era de una fealdad tal que su vista ofuscaba la mirada.

Ella acababa de desplegar sobre la mesa un pañuelo de una suciedad indescriptible, depositando en su interior las sobras de la comida.

—No hagas eso... —murmuró el viejo.

Su compañera movió la cabeza con ira.

—Es para Lupka... No piensas en ella... ¡Claro! ¿En qué podrías tú pensar, viejo infame?

—¡Cállate! —amenazó el otro.

—Más amable, mi querido amigo —se burló la fea—. ¡Acabarás por creerte alguien!

Hice señas a la camarera y le pregunté quiénes eran los que ella daba de comer por caridad.

La muchacha se encogió de hombros.

—Es un viejo relojero ambulante que va de feria en feria. Aún es bastante mañoso y acaba de arreglar todos nuestros relojes. Cuando lo hace, le proporcionamos alojamiento y comida durante varios días.

La vieja continuaba:

—¡Eh, eh!... Sin duda, piensas en la hermosa presumida de ojos negros, ¿verdad? ¡Ajá! Yo se los arranqué de la cara y los metí en una urna de seis cuartos.

—¡Cállate! —repitió el triste anciano.

—¡Ah! —chilló la fea de pronto—. Con el tiempo... ¡ajá!..., se hubiera convertido en una ternera... ¡Io! ¿La recuerdas?... ¡Como Io!...

Sonó, seca y dura, una bofetada, y se oyeron gritos de rabia y de dolor.

La camarera se enfadó por la bofetada.

—¡Eso no lo consiento!... ¡Si los mendigos se ponen a pelearse y a cascarse, los echo a la calle y no los admito más!

El viejo se levantó de su asiento sin protestar, arrastrando a su trepidante compañía.

Ya en la calle, oí que ella hacía una última protesta:

—¡Y pensar que aún me quedaba por terminar el cordero con judías!...

* * *

Tres días después descubrí Malpertuis.

Me ayudó en mi búsqueda la descripción que hizo Jean-Jacques Grandsire de la recargada fachada.

Malpertuis se alzaba, negro y hostil, en todas las arideces de sus puertas y ventanas cerradas.

La cerradura no era complicada y apenas se hizo rogar.

Encontré el gran vestíbulo, el salón amarillo y algunas habitaciones más tal como fueron descritas.

El dios Termo estaba en su sitio.

Lo examiné sin pensar mal.

¡Pardiez!... Hasta los dioses muertos se encuentran allí para inducir a los pobres mortales a la tentación.

Era una pieza rara... y yo creo conocer bien el asunto..., de una ejecución digna de la mutilada de Milo.

Llevaba un abrigo muy amplio que me prestó grandes servicios en tiempo de mi laboriosa existencia, y me vino muy bien para esconder convenientemente la solitaria

divinidad, símbolo de la honestidad rural del gran pasado.

La ganga ponía término a mi curiosidad. Decidí portarme como un buen chico hacia Malpertuis y restituirlo, a cambio de mi magnífico hallazgo, a su misterio, cuando un ruido de pasos furtivos atrajo mi atención.

En mi carrera hice un estudio profundo de los pasos que se elevaban en el silencio de las casas dormidas, lo mismo que los detectives se forjan sus ideas a la vista de la ceniza de pipas y cigarros.

Se distingue perfectamente el paso de una persona que está al acecho y advertida del de otra que avanza sin desconfianza.

Sin embargo, me fue difícil clasificar los pasos que se deslizaban hacia mí en medio de la penumbra.

Mi oficio... Sí. Me veo obligado a echar mano de mi oficio; ha hecho de mí, necesariamente, un nictálope.

Para mí no existe oscuridad completa. Por tal razón, la oscuridad de Malpertuis no me privaba de mis medios de defensa o de huida.

Me hice sombra entre las sombras para ganar la puerta de la calle.

Los pasos bajaban la escalera con la indolencia que se presta a las marchas majestuosas.

De pronto, me paré, pasmado.

El ruido se elevaba a mi izquierda y, sin embargo, veía la escalera a mi derecha.

Pero inmediatamente comprendí la causa de aquello: la escalera, de la que veía su potente y maciza barandilla, se reflejaba en un inmenso espejo incrustado en la pared de la derecha.

Y fue en ese espejo donde apareció el espanto.

Por la barandilla se deslizaba una garra de hierro brillante; otra se le unió; luego, dos enormes alas de plata se desplegaron.

Vi una criatura de inmensa belleza, pero terrible como Dios, inclinarse y quedar inmóvil en la sombra.

De pronto, sus ojos se iluminaron, verdes como las llamas de un monstruoso fósforo.

Un sufrimiento inaudito se enroscó en mi ser; mis miembros se volvían de hielo..., de plomo.

Sin embargo, si me era posible moverme aún, deslizarme a lo largo de la pared, me encontraría en situación de apartar mis ojos de aquellas horribles lunas, que brillaban en el espejo.

Y, lentamente, el encanto mortal disminuyó de poder; los ojos perdían su ferocidad viridina y vi que lloraban gruesas lágrimas de claro de luna.

Gané la puerta y me evadí del sepulcro.

La venta del busto del dios Termo me proporcionó una fortuna... Sí, una fortuna.

La cuarta parte de ella era suficiente para compensar los pergaminos, los incunables y los antifonarios robados a los Padres Blancos.

Mañana se los enviaré pidiéndoles que recen... y no solo por mí.

Pero me he quedado con la Memoria.

Me debían eso.

NOTA FINAL

NOTA FINAL

Hace años que he descubierto Malpertuis, y hace años que la busco.

Tal vez haya pasado muy cerca de ella en el transcurso de mis viajes a Gante o a cualquier puerto anseático envuelto en la bruma, en la niebla.

En algunas ocasiones Jean Ray me acompañaba, y si hemos pasado por junto a la casa terrible, nunca ha hecho la más ligera indicación de conocerla. Mejor todavía: siempre ha fingido ignorar el fin de mis investigaciones..., no puedo decir de «nuestras» investigaciones.

¡Como si fuese capaz de ignorar lo que pasa en la cabeza de los hombres este viejo hechicero, al que supongo tiene hecho un pacto con quien ustedes saben! A menos que sea él mismo quien todos sospechamos...

Puedo permitirme hacer la pregunta que sea a Jean Ray, porque ambos navegamos en el mismo barco, y eso sin que él tome su aspecto de puerta de prisión.

Sin embargo, cada vez que yo le hablé de Malpertuis, tomaba un aire de misterio, hablaba de otra cosa y me dejaba sin contestación a la pregunta, divirtiéndose, por sombríos subterfugios mentales, en embrollarme más.

Y cada vez sentía unos deseos locos de agarrarle por la corbata para obligarle a responderme. Pero es muy difícil agarrar a Jean Ray por la corbata. Este tigre hecho hombre no gusta de caricias.

Un día, no hace mucho tiempo de eso, le cogí desprevenido a él, que no se sobresalta por nada, ni siquiera ante un cartucho de dinamita que le estallara a los pies.

Estábamos sentados, frente a frente, en una hostelería de Gante cuyos antiguos aguilones se elevan sobre el estribor de Saint-Bavon, dando fin a una excelente comida regada de succulenta cerveza.

Cuando la emprendíamos con el Irish Stew, ataqué, cogiendo a mi compañero en su cuarto de hora tonta.

—Vamos, Jean Ray: ¿va a decirme usted dónde se encuentra Malpertuis?

Sonrió como un tiburón que acaba de engullirse las preciosas piernas de una bailarina.

Parecía contento de sí.

Contento, quizá, de haberse dejado coger de improviso, para cambiar.

Con su dedo corto y grueso de marino, se golpeó la frente.

—Esa maldita casa salió de aquí dentro —acabó por decir—. Tardé más de diez años en imaginarla, en poblarla... Quiero decirte que padecí de una aguda crisis de pereza... Por otra parte, no; no la inventé del todo. Está compuesta de varias casas de Gante, de Hildesheim y de Hannover, la más bella ciudad del mundo... Casas que he visitado, en las que he vivido... En mi espíritu, se trata de una casa: mejor dicho, de un antiguo hotel del siglo dieciocho, de estilo neoclásico, construido sobre las ruinas de un monasterio de la Edad Media... Un monasterio de barbusquinos..., frailes que solo existieron, por otra parte, en la imaginación de Elodie, la vieja criada que me educó y que, cuando yo no era

estudioso, lo cual ocurría con muchísima frecuencia, me decía: «Los barbusquinos vendrán a cogerte...»

—¿Y también inventó usted los personajes?... ¿Cassave, Lampernisse, Jean-Jacques Grandsire, el padre Doucedame, Philarete, Euryale, las hermanas Cormelon, Eisengott...?

Me guiñó un ojo.

—Ante todo, tengo que decirte que esos personajes, o casi todos, son dioses... o demonios. Y bien: ¿más o menos, no se los inventa siempre? Pero si quieres saber... Lampernisse era un borracho, un verdadero despojo humano que vivía en la calle Saint-Jean, de Gante, y que desapareció un día sin dejar rastro. Claro que se llamaría de otra forma, pero lo he olvidado. En cuanto a la tienda de pinturas, ha existido en la calle Chantier, y la regentaba un viejo con barbilla, que se llamaba La Cabra y era muy misterioso, porque venían desde muy lejos para verle. Tal vez hubiese descubierto el elixir de larga vida o que curase las enfermedades de la piel con solo ponerle la mano encima, como los reyes de Francia... ¿Euryale, la última Gorgona? Una burguesa llamada Irma. Tenía cabellos color fuego, y ojos verdes. Yo tenía veinte años en la época que la conocí y ya había navegado lo mío; pero fue en ella en quien yo pensaba en el transcurso de las interminables noches marinas... Quizá, después de todo, fuese ella la que me dio la idea de escribir *Malpertuis*.

—¿Y las hermanas Cormelon?... ¿Las Euménides?...

—No se llamaban Cormelon, pero no juraría que no fuesen las Euménides. Lo poseían todo para ello... Tres viejas solteronas que vivían en la calle de Carlos Quinto, de Gante. Eran dueñas de una confitería y feas como urracas. Salvo la más joven, que era bonita... Su verdadero nombre era... Eleonore, creo. Hice de ella Alecta... El padre Doucedame era un cura que conocí muy bien en la época en que yo estudiaba en esta región. Un viva la Virgen, latinista erudito, pero que sólo tenía un defecto: salir por las noches para subir las pendientes, desoladas en aquellos tiempos, del monte Saint-Aubert. Sobre todo, las noches de luna llena... Debía de ser un licántropo,..., un duende... Eisengott, en mi mente, era un hombre bondadoso que siempre he visto por Gante sin conocerle bien. Poseía una enorme barba y una hopalanda verde, y me cruzaba con él casi todos los días en el Ham. Siempre llevaba viejos libros, infolios, bajo el brazo... Philarete, el taxidermista, ha existido. No solamente embalsamaba animales muertos, sino que vendía también, en su infame tienda, pequeños autómatas que podían muy bien oler a chamusquina, tan extraños me parecían en aquella época, y que me maravillaban.

Jean Ray se calló.

Yo insistí:

—¿Y Cassave?... ¿Y Jean-Jacques Grandsire?

Sus ojos se pliegan, escondiendo en parte sus pupilas glaucas, transparentes como un trozo de cristal.

—¿Cassave?... ¿Jean-Jacques Grandsire?... Ésa es otra historia.

Se calla.

¿Es que quisiera decir que Cassave, el mago, poseedor de terribles secretos, es él mismo, hombre, y que Jean-Jacques Grandsire es también él, pero niño, entregado ya a las terribles fuerzas de lo espantoso?

El trozo de Irish Stew se deshace como pasta entre las muelas, semejantes a un cepo, y Jean Ray continúa:

—Y en la base de todo está, seguramente, esta vieja casa, hotel destartado e insalubre, donde mis padres vivían, en el Ham, y en el umbral del cual, Wantje Dimez, la vieja narradora de cuentos, nos enseñaba a pasar las tardes con cuentos que eran capaces de poner los pelos de punta al mismo Belcebú...

De repente, me enfado. Con un amplio ademán de la mano, barro toda esta confesión, y gritó:

—¡Miente, Jean Ray!... Una vez más trata de embrollarme las pistas... Sé que Malpertuis existe y continuaré buscándolo...

El terrible rostro de verdugo se vuelve serio. La boca se cierra como ventana de guillotina. Los ojos minerales se estrechan. Y, sin que sus labios se muevan, Jean Ray me lanza esta advertencia:

—Continúa buscando Malpertuis... De acuerdo... Pero no olvides que, si no la encuentras, esta maldita casa del infierno te encontrará tal vez a ti... Y entonces...

HENRI VERNES.

**FIN DE
«MALPERTUIS»**